CUADERNOS
DE LA
UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ

MENSUARIO DE DIVULGACION CULTURAL

34

QUINTO CURSO
(OCTUBRE 1950 - DICIEMBRE 1951)

LA HUELLA DE LOS SIGLOS

Talleres de
Octubre, 1951 EDITORIAL LEX 20 cts
LA HABANA

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

. . . .

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE se trasmiten todos los domingos de 5 a 6 p.m. por el

CIRCUITO CMQ

RADIOCENTRO

LA HABANA, CUBA

AÑO III — Octubre 23 de 1951 — No. 34

Período de tirada: Mensual.

Director: Dr. Jorge Mañach. Administrador: Miguel A. Martín.

Redacción: Circuito C.M.Q.-Radiocentro.

Imprenta: Editorial Lex, Amargura 259.

Suscripción anual: $2.00

Solicitada la franquicia postal e inscripción como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana.

Gustavo Pittaluga

El Auge de las Ciencias

HAY una evolución formal del pensamiento científico, a partir del Renacimiento. Quiero decir que la forma de plantear los problemas y resolverlos, el modo de pensar y trabajar para desentrañar los fenómenos y las leyes de la Naturaleza, en el vasto campo de las Ciencias, revela cuatro o cinco virajes sucesivos, desde el siglo XVI hasta el siglo XX. Virajes verdaderos, cambios de orientación de la mente, que parecen coincidir con las centurias; como si durante cada siglo tres o cuatro generaciones se sintieran llamadas por una luz hacia un camino determinado, y luego la luz cambiara de sitio para desviarlas por otra senda; todas ellas, por supuesto, convergentes hacia la misma meta.

En el Renacimiento, —siglo XV y XVI—, está el impulso. La Ciencia es una pasión. Pasión de conocer, desde Leonardo hasta Galileo. Desorbitado impulso, primero: luego más ordenado, cuando asoma el método.

Con el siglo XVII el método se afianza, se impone como disciplina mental. La Ciencia es razonamiento. Y el racionalismo cartesiano es a la vez su filosofía y su guía para la aplicación del método científico.

El siglo XVIII se desborda, rico de frutos en la Física, en la Astronomía, en la Matemática, en la Geología, en las Ciencias naturales, desde Newton hasta Cuvier, hasta Lamarck; se lanza a las interpretaciones, a las hipótesis, a las doctrinas. La Ciencia es teoría. Su filósofo es Leibniz.

El siglo XIX se entrega, como iluminado por las teorías, pero no deslumbrado, a una inmensa tarea de investigación. La Ciencia es descubrimiento. Certidumbre de los hechos. Evidencia de las

verdades objetivas. Su base filosófica es el Positivismo. Creer en el saber.

Y el siglo XX es, sobre todo, aplicación técnica de las verdades científicas; perfeccionamiento, —hasta límites increíbles—, de los medios técnicos, por un lado para la misma investigación científica, más severa, más precisa; y por otro lado para la utilización multitudinaria, para elevar en la práctica el nivel de vida de las comunidades humanas. Es, hasta ahora, el siglo de la Técnica, por ahora, carece de una Filosofía.

Se puede afirmar que el auge de las Ciencias, su máximo esplendor como operación intelectual y su máximo rendimiento en el campo de los descubrimientos, coincide con el siglo XIX. La centuria que corre desde fines del XVIII hasta comienzos de nuestro siglo, no es comparable con ninguna otra por la cantidad y la novedad de las aportaciones al conocimiento objetivo y profundo de la Naturaleza y de sus leyes.

Sin duda se nutre de la savia elaborada en los dos siglos anteriores. Sin ella no hubiera podido dar sus frutos. En el campo de las ciencias físicas habían sido decisivos y le habían marcado inexorablemente la senda los sensacionales descubrimientos de Boyle y de Guerick, sobre los fenómenos elementales de la electricidad, que remontan a fines del XVII, —entre 1675 y 1685—; y los de Benjamín Franklin, nacido en Boston en 1716, muerto en Filadelfia en 1790; y los de los italianos Galvani y Volta, —el primero sobre las contracciones eléctricas de los músculos, el segundo sobre la pila eléctrica, que son de fines del siglo XVIII—; y los de Lavoisier, fundador de la Química, quien alrededor del año 1775 definió los fenómenos de la combustión por la intervención del oxígeno, y utilizó por vez primera la balanza. Del mismo modo la Biología, creada sobre el suelo ya fecundo de la Botánica y la Zoología por Lamarck a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, había tenido sus iniciadores en los italianos Francesco Redi, Spallanzani, Malpighi, estudiosos del organismo animal y humano, pacientes y agudos investigadores de la situación anatómica y de las funciones de los órganos, mediante audaces y repetidos trabajos de autopsia.

Pero el salto desde esta producción original, creadora, y sin embargo limitada, a la cosecha del siglo XIX es extraordinario y en cierto modo milagroso. Milagroso, porque al propio tiempo el siglo XIX ha sido contaminado en su labor científica por grandes y penosos conflictos revolucionarios y guerreros: las revueltas del año 30 y del 48; las guerras de Italia y de Crimea, la del 66 entre Alemania y Austria, la del 70 entre Francia y Alemania, las revoluciones y guerras coloniales de América, la guerra civil de los Estados Unidos; la exploración y conquista del continente africano por Inglaterra y Francia y otros Estados europeos; la guerra entre Rusia y el Japón. Parece como si la encendida pasión del Renacimiento se hubiera renovado, en todos sus aspectos, en el fervor del trabajo y el desencadenamiento de las pasiones. El Romanticismo de la primera mitad del siglo inunda como una tenue llama sentimental las almas cansadas de la renuncia implícita en el Positivismo a los anhelos de una visión trascendente de la vida. Los hombres de ciencia, no obstante, persiguen su incansable faena adoptando como lema la memorable y afortunada sentencia de Herbert Spencer: "Si nos representamos el conjunto de los conocimientos que nos aporta la Ciencia como una esfera que aumenta cada día en su volumen, cada día percibiremos con mayor evidencia que se acrecienta la superficie de contacto con lo desconocido, con las incógnitas que la rodean".

Esta fué la declaración de lealtad conque el siglo XIX llevó a cabo su ingente tarea en la Ciencia.

Así Ampére en 1820 descubre y formula las leyes de la Electrodinámica; así Arago, casi al mismo tiempo, las del Magnetismo; y Faraday las de la Inducción electro-magnética. Así escribe Hamilton, en 1828, su Monografía sobre una Teoría de los Rayos, perfeccionada por Maxwell en 1874. Humboldt, peregrino por el orbe, inicia sobre las bases de la Geología el estudio de la Paleontología y de la Etnografía durante los primeros lustros del siglo. Lyell, en 1830, establece sólidamente la Geología sobre los fundamentos de una observación minuciosa de la corteza terrestre. Helmholtz desde 1847 fija las grandes líneas de la Termodinámica, que Roberto Mayer aplica a los seres vivientes determinando las relaciones entre el trabajo mecánico y la producción de calor.

Y Tyndall, más tarde (1875) perfecciona las leyes de la Termodinámica en su Tratado, no superado aún en la inconmovible precisión de los datos reunidos. En la Matemática superior, Cantor introduce desde el año 1874 la doctrina de los "conjuntos", sobre la cual se construye hoy todavía una gran parte del análisis aritmético y de la Geometría, mientras Frege desde 1879 intenta fundir la Matemática con la Lógica. Los progresos de la Química son increibles, con Liebig en Alemania, con Berthelot en Francia, quien en 1875 descubre la síntesis química, con Ostwald, quien define en 1890 la energía química. En 1872 Pasteur descubre y define los fenómenos de la Fermentación. De sus trabajos y de los de Roberto Koch y sus escuelas surge toda la Microbiología, y con ella la Epidemiología. Desde mediados del siglo, Claude Bernard inventa los métodos para una Medicina experimental, de la cual saldrán luego todos los conocimientos modernos de la Fisiología y de la Farmacobiología. Johannes Müller, en 1856, publica sus trabajos sobre los principios de la Fisiología general de los seres vivientes, mientras Wirchov descubre la constitución celular de los organismos vegetales y animales; y en el mismo año 1856 Kolliker y a partir de entonces una pléyade de colaboradores aplican los procedimientos histoquímicos al estudio de la naciente Histología. En 1859 Darwin comunica el resultado de sus investigaciones sobre el origen de las especies y con los datos acumulados anuncia al mundo su teoría de la Evolución, que cincuenta años después el Pontífice León XIII declarará compatible, en algunos de sus aspectos, con el texto bíblico y con la tesis católica. Casi al mismo tiempo, el astrónomo belga Quetelet (1796-1874) establece las bases científicas de la Estadística. El Abad Gregorio Mendel, en Viena, en 1865, descubre y describe con asombrosa precisión las leyes de la herencia y de la transmisión de los caracteres en los vegetales, que más tarde, entre 1885 y 1889, Weissmann primero, luego Galton, y por fin ya en el siglo XX Morgan y su escuela extenderán a los animales y a la especie humana, creando una nueva rama de la Biología, —la Genética—, la Ciencia de la Reproducción y de sus leyes. Mientras tanto habían nacido la Embriología con Graaf y otros; la Antropología, la Etnografía, la Ecología, la Psicología, la Sociología, la Economía.

Las ramas fecundas de la Biología. Estudio minucioso de la Vida, de los fenómenos vitales, —del organismo, de la mente, de la sociedad, de las comunidades humanas. Este ha sido el objeto, el afán, quizás la angustia, de las generaciones del siglo XIX. Durante sus último años Roengten descubre los rayos X y sus ojos y los de sus contemporáneos penetran estupefactos en las entrañas del cuerpo viviente. Ven los latidos del corazón del hombre. En 1899 Ramón y Cajal cierra el siglo con los tres volúmenes de su "Estructura del Sistema nervioso de los Vertebrados y del Hombre". Y Lorentz en 1900 abre las puertas del siglo XX con su monografía sobre la "Teoría de los Electrones".

Esta menguada enumeración no logra proporcionarnos más que una imagen esquemática, —yo diría torpe e insuficiente—, de la extraordinaria labor llevada a cabo por los hombres de Ciencia durante el siglo XIX.

¿Cuál es el significado de este esfuerzo en la historia de la vida espiritual del hombre? Aunque hubiéramos podido enumerar toda la aportación científica del siglo XIX, en miles y miles de trabajos, ¿qué hubiéramos logrado con ello, si no nos fuera posible enlazarla con la historia de la actividad intelectual del hombre en la trayectoria de la civilización occidental; y por otro lado, con algún principio trascendente, capaz de explicarnos ese esfuerzo, de justificarlo, de desentrañar su génesis, el "pathos" que lo animaba, el "eros" que en cierto modo lo enfurecía, lo doblegaba uncido a la faena y lo erguía enaltecido por los resultados?

La grandeza del siglo XIX está en eso: en haber llevado a cabo esta labor con el solo aliciente del "conocer"; gracias a la sola pasión de "saber"; y en virtud de un solo y puro estímulo: el de la íntima satisfacción de conocer y de saber.

Algunos espíritus hipercríticos y escépticos, —ejemplo máximo el de León Daudet en Francia, —se complacieron en menospreciar al siglo XIX. Les pareció estúpido. En todas partes hay gentes que se divierten poniendo en ridículo a los que trabajan honradamente.

Las generaciones del siglo XIX trabajaron con ahinco centuplicando la herencia de los grandes iniciadores del XVII y del

XVIII. Fué un siglo laico con alma religiosa. Vertió en obras su religiosidad recatada y como escondida. El legado que de él ha recibido nuestro siglo es el resorte secreto de la Técnica triunfante. Pues la Técnica, harto ufana y presuntuosa por la ostentada riqueza de su producción, debe sus principios científicos a la incesante labor de los hombres de ciencia del siglo XIX, que hallaron en sí mismos, en su propio espíritu, en su pasión por la verdad, los fundamentos éticos para llevar a cabo esa labor.

La Técnica no parece haber encontrado todavía su Etica. Pero la encontrará. A través de muchos avatares, el siglo XX la encontrará. Se percatará un día de la esterilidad de lo "útil". Porque la vida humana no se contenta de un "modo de vivir", por muy cómodo que éste sea, que es lo que le suministra la Técnica; —anhela descubrir una "finalidad" para la vida misma. Las generaciones del siglo XIX la hallaron en el "conocimiento". Creyeron en el "saber".

En esto consiste lo que ellas lograron: el auge de las Ciencias.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Yo me he preguntado muchas veces, amigos de la Universidad del Aire, hasta qué punto todos los oyentes de estos Cursos nuestros podrán apreciar el privilegio que para ellos significa el poder escuchar a hombres de la alcurnia intelectual, de la sabiduría de un Gustavo Pittaluga, al ofrecer, modesta y humildemente, una lección tan admirable como la que acaba de producir. Me parece que huelga cualquier otro comentario en vista de los aplausos agradecidos de ustedes. Y ahora abrimos el interrogatorio al cual el Dr. Pittaluga se presta con su bondad de siempre. ¿Alguno de ustedes desea hacerle alguna pregunta?

R. DOMINGO RAMOS: Por el honor de interrogar. ¿Cree el Dr. Pittaluga que de la misma manera que muy bien es llamado el Siglo XIX el Siglo del Conocer y del Saber, podría decirse del Conocer y del Saber bien. Como él se dirigió hacia el XVII y el XVIII, si nos dirigiéramos un poco al XX, podríamos decir que el XX se caracteriza por el Conocer o empezar a conocer y saber integralmente-

DR. PITTALUGA: Creo que el esfuerzo de conocer implica "a priori" la ida de conocer integralmente. El Siglo XX no hace más en eso que continuar la labor del Siglo XIX; no creo que haya ninguna diferencia esencial.

DR. DOMINGO RAMOS: La integración que digo no se refiere a la integración de la parte que se estudia, sino del todo, de la Naturaleza del hombre.

DR. PITTALUGA: Es posible que mi excelente e ilustre amigo el Dr. Ramos se refiera al exceso de especialización del Siglo XIX, es decir, que quiera con esto decir que la mente del Siglo XX tiende a una fusión de los conocimientos científicos, para alcanzar una mayor unidad entre ellos, mientras el Siglo XIX, en muchas de sus actividades se ha ceñido a una labor monográfica. Creo que eso ha sido el gran mérito del Siglo XIX. Creo también que es muy posible que el Siglo XX alcance un mayor, un más profundo conocimiento de la vida, mediante una unificación en los métodos, para lo cual la técnica quizás sirva mucho, y sobre todo gracias al hecho de que ya intenta injertar un principio filosófico en su labor científica. Solamente con eso se logrará esa integración de que habla el Dr. Ramos.

DR. RAMOS: Si me permite el Sr. Director otro comentario.

DR. MAÑACH: Con mucho gusto.

DR. RAMOS: Muchas gracias, Dr. Pittaluga, por lo del análisis o la especialización. En ese caso podría decirse que llegó el final de la especialización comenzada dos siglos antes, en el Siglo XVIII; pero el Siglo XX positivamente ha comenzado la síntesis y ya que con mucha justeza habla de las relaciones entre la ciencia y la filosofía, diciendo que la filosofía entra en la ciencia, yo iría un poco más allá, quizás atrevidamente y diría que en el Siglo XX se unen la religión, la filosofía y la ciencia.

SR. REYNOSO: Lo mío, más que una pregunta, es casi una meditación frente a las magníficas palabras del maestro Pittaluga. Se reunía el mes pasado la UNESCO en Francia y el Director de la Universidad del Aire pronunció un magnífico discurso que fué transcrito por el "Diario de la Marina"; ese discurso, en la mayoría de la juventud, dejó cierto desasosiego, porque era casi una falta de seguridad, casi vacilación en la fe que la UNESCO tenía en la ciencia. El maestro Pittaluga esta tarde, al hacer un análisis de los éxitos de la ciencia en el Siglo pasado y el anterior, sin contar para nada las muertes, las matanzas, los atropellos, la intransigencia en los sentidos espirituales, ha hecho resurgir un espíritu magnífico de fe; es el espíritu que la UNESCO ha querido llevar siempre. ¿No cree el maestro Pittaluga que ése ha de ser siempre el espíritu que anime y que salve a la generación del Siglo XX, el espíritu que anima la UNESCO en este siglo?

DR. PITTALUGA: Creo que sí, es muy posible; pero la veremos a la obra; ha empezado apenas, no se puede decir nada de lo que hace ni de lo que hará, ni de los términos en que logre influir sobre el espíritu de nuestro siglo.

DR. MAÑACH: Por mi parte me siento más que aludido por el Sr. Reynoso y quisiera decirle que no me extraña nada que él haya interpretado en ese sentido aquel modesto discurso mío, porque incluso allí,

en la propia UNESCO, se le dió esa interpretación apresurada, aunque ciertamente no por las personas que lo leyeron después. El discurso no implica en modo alguno una desconfianza respecto de la eficacia de la ciencia, sino una impaciencia, una noble impaciencia, digámoslo así, respecto de la actividad de la UNESCO misma en general, y una exhortación, sobre todo, a que proyectase más ampliamente su obra, la descentralizase un poco más, de manera que se pudiese ver una mayor proporción entre el aparato que la UNESCO representa y el rendimiento de ese aparato.

¿Alguna otra pregunta al Dr. Pittaluga?

SR. AQUILES DE BERNA: Dr. Pittaluga, ¿usted cree que la doctrina de Darwin dilucidó por completo el problema del origen de las especies?

DR. PITTALUGA: No señor.

DR. MAÑACH: Evidentemente, ampliar esa respuesta escueta del Dr. Pittaluga requeriría otra conferencia, sin duda por eso él la limita a un "no señor"; pero debo decirle al interrogante que posteriormente en el curso habrá una conferencia sobre Darwin, de manera que tendrá nueva oportunidad de inquirir al respecto.

DR. VIÑAS: Dr. Pittaluga, quisiera que me explicara cuál era la filosofía de ese Siglo XIX.

DR. PITTALUGA: Se lo explicará mi ilustre amigo el Dr. Vitier.

DR. VIÑAS: Bueno, pero es que el ilustre amigo hablará sobre "El Positivismo".

DR. PITTALUGA: ¡Pues no hay otra!

Medardo Vitier

El Positivismo

LA Filosofía del siglo XIX contiene varias direcciones en el pensamiento. Todas penetraron en la cultura hispanoamericana. El Positivismo es una de ellas. No se trata de un movimiento de ideas exclusivo del siglo pasado sino de una propensión de la inteligencia, que en grupo de pensadores y en ciertas épocas acentúan el valor de lo real y se atienen a los hechos.

Alguien ha dicho que el **Curso de Filosofía Positiva,** de Augusto Comte, publicado en 1842, puede compararse con la **Crítica de la Razón pura,** con que Kant incitó al mundo filosófico a fines del siglo XVIII. La semejanza no podría referirse, naturalmente, a la tesis sino a la resonancia que alcanzaron las dos obras, en términos de convertirse, una y otra, en eje filosófico y punto de referencia. Toda la segunda mitad del siglo pasado estuvo bajo la influencia de la doctrina positivista, primero con sus seguidores, después con movimientos que venían a innovar. En el último cuarto de siglo, viva todavía la corriente del Positivismo, convive con el Neokantismo y con el Intuicionismo de Bergson, para no recordar sino dos movimientos. Recuérdese que los cursos de Varona comenzaron en 1880, bajo signo positivista, con la salvedad que después haré, y cuando ya en Europa se había oído la voz que predicaba la vuelta a Kant.

En cuanto a la primera mitad del siglo XIX, es decir el período que precede a Comte, se halla bajo la oleada del idealismo germánico, con Fichte, Schelling, Hegel. Este último, sobre todo, señorea gran parte del ámbito filosófico. De modo que si prescindimos de otras figuras, el Positivismo se halla precedido, con Hegel, de una metafísica de sistema, y de 1870 en adelante la

actividad neokantista, centrada en la teoría del conocimiento, corre junto a los positivistas, que va hacia los años finales del siglo habían agotado el mensaje útil de su filosofía.

La transición del siglo XVIII al XIX está dominada en el pensamiento, por las ciencias físicas y naturales y por los estudios político-sociales. Si remontamos más los antecedentes, damos en seguida, con la dirección filosófica de más afinidad con el Positivismo, o sea el empirismo inglés, con Bacon, Locke, Hume. De la misma línea es Stuart Mill, pero éste ya figura entre los contemporáneos de Comte. El contorno de todo este movimiento se completa si nos fijamos en el llamado Naturalismo que brota pujante en el Renacimiento. De él derivan, con matives diversos, las varias filosofías cuyo criterio básico es desentenderse de las soluciones dualistas (materia y espíritu, cuerpo y mente, Universo y Dios), para adoptar credos monistas y sobre todo, para confiar sólo en lo que revelen los hechos a la luz de la observación, el experimento y la inducción. A ese linaje ideológico pertenecen el Positivismo, el Evolucionismo de Spencer, el Pragmatismo... Pero estas doctrinas presentan puntos de diferencia.

En Francia, el Positivismo cuenta, además de Littre, que marcó una disidencia con respecto a la religión de la Humanidad, creada por Comte, con Taine y Renán, cuyas obras deben situarse en lo que hoy se denomina Historia de la cultura. Mi síntesis no me permite detenerme en Taine. Recomiendo la lectura del capítulo III del libro **El problema del conocimiento,** de Cassirer, donde hay páginas aclaradoras sobre el pensador, historiador y estilista de **Los orígenes de la Francia contemporánea.**

En Inglaterra, el Positivismo que ya tenía raíz según observé, en el empirismo (filosofía de la experiencia), influye en la Psicología. Bain, por ejemplo, no representa ya la teoría de las "facultades", al fin desechada. Enseña el asociacionismo o teoría de la asociación de las ideas. La base es orgánica, somática. Cuando Varona, antes del 80, estaba con las manos en la masa, preparando sus cursos, Bain era para él un psicólogo guiador, como lo fueron Wundt y Ribot. En ninguno de ellos aparece para nada el alma, o dígase el substrato del espíritu. Estamos ante una Psicología de base biológica.

En Alemania, el Positivismo, que coincidió cronológicamente con el Neokantismo, se orientó por el cauce de la Teoría del conocimiento. No quiero decir que con soluciones neokantistas. En otros países de Europa la resonancia positivista fué menor: en Italia mayor que en España. Francia, Inglaterra, Alemania, en las direcciones que acabo de apuntar, marcan el auge de la doctrina.

Los invito a fijarse en esta observación mía. No pretendo en esto novedad. Puede ser que alguien lo haya dicho antes, aunque creo que no. Dos veces en la historia del pensamiento ha llamado Francia al orden: la primera, en el siglo XVII con Descartes, la segunda, en el XIX con A. Comte. La filosofía cartesiana, como saben los estudiosos de la materia, hizo un alto para examinar la validez del pensar y del ser. Provisionalmente empezó con la duda metódica y salió de ella con un cuadro de credos, bajo signo racionalista. La filosofía positivista llama, a su vez, al orden mediante una abstención fundamental: no parte de postulados metafísicos ni los busca. Quiere ceñirse, rigurosamente, al estudio de las realidades, por vía científica.

Por cierto que han sido dos modos muy diferentes de llamar al orden: el cartesianismo fué dualista, mientras que el Positivismo, aun rehuyendo caer en filosofía sistemática, fué, en rigor, monista. Por otra parte, el cartesianismo corre por vertiente racionalista, en tanto que el Positivismo confía en la experiencia. Por último, el cartesianismo originó sistemas audaces, al paso que el Positivismo moderó y disciplinó. En Cuba, cuando tímidamente se efectuaban conatos de innovación, antes de la reforma del P. Varela, se hablaba del método cartesiano. Esto hacia 1800, cuando Descartes era ya una instancia histórica; y cuando Varona elaboraba sus cursos, —los del 80—, centraba sus lecciones en credo positivista, aunque no sin advertir que él seguía mucho más la corriente inglesa de esa escuela. Dice explícitamente que apenas pasó por la vía francesa a ese respecto.

Volviendo a Comte, su enseñanza revaloriza la experiencia, de la cual se habían alejado los sistemas anteriores: el cartesianismo, el idealismo germánico, el presunto eclecticismo de Cousin. Recuérdese que Stuart Mill, cuyo tratado de Lógica aparece en

1843, la convierte, prácticamente, en una metodología de las ciencias, con los pasos consiguientes de observación, experimentación, inducción, y el supuesto de todo su sistema, que es la uniformidad de la Naturaleza, garantía de lo que algunos llaman "legalidad física", constancia de las leyes a que se eleva la inducción después de examinar un número suficiente de fenómenos semejantes.

La formación intelectual de Comte fué científica, con buen caudal de matemáticas. Pero éstas no lo condujeron, como en Platón y Descartes, a credo racionalista, sino a rigor empírico. Sin embargo, Comte no convierte su doctrina en una yuxtaposición de ciencias particulares, pues intenta unificar los resultados para lograr así una filosofía positiva. Nótese que **positivo**, en la acepción de Comte, significa real, dado en los hechos. La falla está en que eso, lo real, abarca mucho más que los fenómenos incluídos en las ciencias de la célebre clasificación comtiana. Rocas, mareas, fuerza de gravedad, cohesión molecular, irritabilidad del protoplasma, variabilidad de las especies, etc., son hechos, desde luego, pero un suceso histórico, un episodio de la cultura (como el propio Positvismo), una individualidad original como Comte mismo, son también realidades, tan positivas como las otras. Es más: hoy, con Dilthey y Kickert, por ejemplo, se acude no poco a las llamadas ciencias de la cultura (Historia, Derecho, Filología) para esclarecer dterminados contenidos del conocimiento, por no bastar los hechos pertenerientes a las ciencias de la Naturaleza, únicas que entran en la serie de Comte. Lo que él llama "una inmensa inducción", fundada en la regularidad de los hechos físicos, lo espera de las ciencias particulares que forman su conocida clasificación. Hay que anotar a su favor, eso sí, que combatió el espíritu de especialidad en la ciencia, es decir, la actitud limitada que cierra el paso a la visión enciclopédica y por lo tanto a las explicaciones más abarcadoras. Comte cree que el buscar la unidad es tendencia fundamental del hombre. Eso, sin más, indica que nos hallamos frente a una cabeza filosófica. Algunos seguidores pueden convertir la doctrina en cosa mecánica. En Comte muestra riqueza de elementos, dentro de la cautela antimetafísica, propia de su punto de vista.

Claro que lo **a priori** no hace gasto en la teoría de Comte. Tampoco lo hace en Stuart Mill, a cuyo juicio, vamos, al pensar, de lo particular a lo particular, hasta lograr generalizaciones. Yo recomendaría la lectura de un diálogo de Platón, el Teetetos, donde trata de la idea de la ciencia (**episteme**) según el término griego. Allí resalta lo sutil del **a priori** y lo difícil que es desecharlo de la economía del pensamiento. Los que prefieren exposición moderna del tema, lean el capítulo V de **Guide to Philosophy**, del profesor inglés Joad. Y es que especies filosóficas de esa naturaleza no se pueden despachar con negaciones.

En lo tocante a la metafísica, tampoco puede desecharse. La curiosidad humana universal ofrece su testimonio: el interés que ha tenido siempre el hombre por problemas como la causa primera, los fines últimos, el libre albedrío, el origen y los medios del conociimento, la propensión al Bien, la existencia de los valores humanos, las cuestiones ontológicas, etc., puntos que no se incluyen en las ciencias particulares. El pensador uruguayo Carlos Vaz Ferreira, que debiera ser más conocido, ha fijado en un símil estupendo la pretendida sustitución de lo metafísico por la ciencia. Veámoslo en su texto mismo. "Los ingenuos positivistas de la primera hora aconsejaban abandonar toda especulación filosófica y aplicarse exclusivamente a la ciencia positiva. Si se hace lealmente el ensayo, ocurre como en las telas desflecadas: les cortamos el borde para dejarlo neto y preciso; pero éste se desfleca otra vez; cortamos de nuevo, etc., y la tela se nos va de las manos".

Tiene razón, porque apenas hay problema científico que si se profundiza, no origina una cuestión, inclusive de la más oscura metafísica. ¿Se quiere cosa más positiva que la Física? Pues bien, hoy —y desde hace años— existe toda una revolución sobre la estructura de la materia. Las teorías sobre el átomo son desconcertantes. Y más todavía: el postulado básico de la Física, que es la existencia de la materia es una de las llamadas cuestiones abiertas en Filosofía. De modo que es preferible, creo yo, dejarles los flecos a los hechos, y desde luego al hombre, que es el hecho de más problemas.

D. Fernando de los Ríos me preguntó una vez por la influencia de Varona en Cuba. En mi respuesta me referí al positivismo

y al papel de esta filosofía en el pensamiento del gran cubano. Nunca olvido la exclamación del pensador español: "¡Ah!, me dijo, pero el positivismo suprime los problemas!" Y lamentaba esa posición en Varona. Claro que no hay que tomar literalmente la frase. Su sentido es que el Positivismo rehuye las cuestiones más incitantes para el intelecto y esquematiza el conocimiento en un área de Realidad, sin notar que la Realidad abarca mucho más.

El Positivismo fué, como el Romanticismo, un episodio de la cultura. No hemos de verlo como simple escuela filosófica. Afecta la Literatura, el Derecho, la Historia, la Filosofía, la Pedagogia... Veamos algún ejemplo. En la literatura de creación alienta la tendencia realista de la novela, y aquel crudo Naturalismo de Zola se mueve en ambiente positivista. En la crítica literaria, Taine, con criterio positivo, expone su memorable lección cuando enseña que una obra de arte, (sea poesía, pintura) o un genio, han de explicarse por tres factores: la raza, el medio y el momento histórico. Nótese cómo acude a hechos determinantes. Nadie puede refutar esa verdad, pero es incompleta. Brunetierre se encargó de completarla cuando dijo: el Maestro ha omitido el factor esencial, que es la individualidad misma de las grandes figuras, lo que hay en ellas de peculiar e intransferible. Cierto el reparo de Brunetiere. Con la sola explicación de Taine toda obra maestra estaría regida en su aparición por un puro determinismo, sin margen para la libertad y la gracia de la inteligencia.

En el campo del Derecho, la escuela positiva dejó sentir su influjo frente a la histórica, y sobre todo frente a la clásica del Derecho Natural. Para el jurista que explica el Derecho a la luz de Comte o de los empiristas ingleses, no existe ni aquella identidad de la Razón en que confiaban los defensores del Derecho Natural, ni la elaboración jurídica como genio de cada nación o como desarrollo de los usos consuetudinarios, según preconizó la escuela histórica, sino que el Derecho surge como una necesidad. La escuela positiva no lo concibe como un fenómeno histórico y social sino como un producto de la Naturaleza, como una fuerza en el juego del determinismo universal.

En Educación la escuela estuvo bajo el primado de la ciencia. Spencer propugnó la tesis de lo que él llamó "el saber más útil". ¿Cuál es? La respuesta positivista era consecuente con la doctrina general: el saber más útil es el científico. Por supuesto, se planteó el asunto como una reacción contra los estudios humanísticos. La tesis tiene todavía defensores. Pierden el tiempo. El aprendizaje científico tiene su lugar y el de las humanidades tiene el suyo en la formación de la juventud. José de la Luz, intervino en una polémica sobre el utilitarismo y la iluminó con una de esas sentencias concisas de que tanto gustaba: "Util es un ferrocarril ,pero más útil es la justicia".

Casi nada de lo expuesto hasta aquí se halla en los tratados de Historia de la Filosofía. Hay que buscarlo diseminado en monografías y trabajos de historia de la cultura. Pero las dos tesis quizá centrales de Comte se consignan en casi todas las obras de historia filosófica. Me refiero a la clasificación de las ciencias y a la ley de los tres estados. Apenas me detengo en ellas por ser de más fácil consulta para quienes deseen conocerlas.

El orden serial de Comte es éste: Matemática, Astronomía, Física, Química, Biología, Sociología. Se trata de un orden esquemático en que no aparecen ciencias ya existentes en los días del filósofo. Por ejemplo, excluye la Psicología, por considerarla repartida —digámoslo así— entre la Biología y la Sociología. El sentido y el rigor de la serie consiste en que va de generalidad máxima a la generalidad mínima, pues en los extremos están las matemáticas, cuyas relaciones son las más generales, por razón del espacio, la magnitud, etc., y la Sociología, de relaciones limitadas a los seres humanos. Por otra parte la serie va de la complejidad mínima a la complejidad máxima. En efecto, las matemáticas, en el comienzo, presentan un mínimo de complejidad, pues sus relaciones, siendo las más abarcadoras, son a la vez las más simples, mientras que la Sociología, que abarca menos seres, complica en extremo sus contenidos.

La ley de los tres estados nos recuerda la dialéctica de Hegel que pretendió explicar toda la historia mediante las etapas de la tesis, la antítesis y la síntesis. Comte cree descubrir en el pensamiento humano un período teológico, uno metafísico y uno posi-

tivo. Este último empezaba con la doctrina del propio Comte. Hay elementos de verdad histórica en esa concepción, pero el fluir de las ideas y de los cambios sociales no se deja retener en esa malla, viciada de actitud mental geométrica, como lo estuvo el cartesianismo. La Historia no puede tratarse con mentalidad hecha a las líneas, a los sólidos, con aristas, ángulos, lados... La Historia requiere hasta una metodología especial, según demuestra Dilthey. La Historia es brote tumultuoso por una parte, y crecimiento callado por otra.

Un jurista italiano, Carle, hace una profunda observación en su **Filosofía del Derecho.** Dice: "El Positivismo logra mejores resultados en el estudio del hombre salvaje que en el del hombre culto; en el del niño que en el del adulto; en el estudio de las sociedades animales inferiores que en el de la sociedad humana. Más en el estudio de lo que hay de orgánico y de natural en la sociedad que en lo que ésta nos muestra de superorgánico e ideal".

Comte se desvió de lo rígido de su concepción, y ya fuera por una crisis de su espíritu o por la insatisfacción que la mera ciencia, en sí, deja en el hombre, creó la que denominó Religión de la Humanidad, de sentido laico pero muy elevado. No tengo noticias de que tuviera adeptos en Cuba. Hasta hace poco —no sé hoy— había templos positivistas en el Brasil. Se ha dicho que fué este país la segunda patria del Positivismo. Tobías Barreto, Benjamín Constant, entre otros, difundieron allá la doctrina a partir de 1870.

DISCUSION

DR. MAÑACH: ¿Desea alguno de ustedes hacer alguna pregunta al Dr. Vitier? Aquí hay, amigo Cepero, una mano que se alza muy vehementemente.

SR. CARLOS MARTINEZ: Usted dijo que aquí en Cuba nunca había habido ninguna corriente positivista, ¿se refirió a la religión de la humanidad, o en cuanto al...

DR. VITIER: Exclusivamente a eso. En otro sentido desde luego que la hemos tenido, quizás demasiado.

SR. MARTINEZ: Muchas gracias.

DRA. MARIA ZAMBRANO: Dr. Vitier, no una pregunta, porque no me ha dejado ninguna duda su clara lección, sino tan sólo quiero

ofrecerle un poco de tiempo para que diga unas palabras acerca de la relación entre las filosofías más actuales, más vigentes hoy, y el positivismo, si tiene la bondad.

DR. VITIER: Bien, es una pregunta de mucho contenido, como hay un inmenso contenido cultural en la persona que ha hecho el honor de hacérmela, y sería extenso tratar de eso. Me limito a mencionar el pragmatismo, no quiero decir que sea, en rigor, una filosofía positivista: pero ya indiqué que, a partir del naturalismo del Renacimiento, se generan varias filosofías afines, que tienen un soporte en los hechos, es decir, que descansan en lo empírico. Insisto en esta dirección porque creo que tiene gran afinidad con el positivismo y es tal vez una de las resonancias actuales de aquella doctrina. Estamos padeciendo, este influjo. Yo soy gran admirador de Dewey y he aprendido enormemente en sus libros, de modo que rindo este tributo al maestro, que tiene ahora 90 años. Ustedes saben que cuando él se hizo cargo del Departamento de Filosofía de la Universidad de Chicago, antes de sus 40 años dijo: "Acepto la designación, si me hacen también jefe del Departamento de Educación", porque sus miras eran de un alcance enorme y no se equivocó. Le concedieron aquéllo y empezó entonces el gran movimiento pedagógico educacional norteamericano que nos invade a nosotros y que tiene raíz pragmatista, desde los días, desde luego, de William James. Yo no tengo tiempo de extenderme en esto, permítame solamente expresar la idea siguiente: yo he estado buscando en diferentes libros así traducidos como en libros originales de Dewey, un párrafo consolador, un párrafo en que él me declare que de algún modo acepta lo "a priori". Yo creo que la vida mental del hombre no puede desechar esta especie, y en Dewey encuentro implicaciones, y a veces negaciones explícitas, con que renuncia enteramente a todo lo "a priori" para descansar en lo que él llama "las nuevas situaciones". Jóvenes que me escuchan: ustedes saben lo que son "las nuevas situaciones", **"the new situations"** de Dewey, el hecho de cada día. Como si nuestras creencias fueran a empezar cada mañana iluminadas por los hechos. Yo creo que esa es una filosofía que va a dañar mucho nuestras creencias, y yo vengo repitiendo este lema hace muchos años: "Vivir es creer".

Perdóneme la doctora que yo haya encaminado mi respuesta por este rumbo.

SR. OTTO JAHKEL: Doctor, por casualidad el positivismo con su metodología científica, no le dió el golpe de gracia a la metafísica medieval, o es que ha vuelto a levantar cabeza?

DR. VITIER: La metafísica no es medieval, la metafísica es eterna. Hay en el positivismo una lección provechosa y de vigencia constante, una lección que no muere, y es la lección de disciplina, la lección de método, el llamamiento a la observación de los hechos. Eso tiene una vigencia constante. Pero la metafísica retoña siempre. Acuérdese del símil

que yo cité de Vaz Ferreira: "Cortamos y vienen los flecos de nuevo, no vale la pena".

SR. GERMAN PACHECO: La pregunta que yo quería hacerle al Dr. Vitier es la siguiente: Como yo vengo aquí para aprender, si la pregunta resulta un poco infantil me lo van a perdonar. Yo quisiera que me dijera el Dr. Vitier si él estima que el positivismo es así como la aglutinación de todas las escuelas filosóficas unipersonales anteriores.

DR. VITIER: No señor. Es un atenerse exclusivamente al estudio de los hechos, a la elaboración de las ciencias, y un anuncio de que al unificarse las conclusiones de esas ciencias, habrá una filosofía positiva. pero no tiene el vínculo filosófico que señala el que me ha hecho el honor de preguntarme.

DR. DOMINGO RAMOS: En primera, un poco a defender pragmatismo, siquiera recordando que James fué médico.

DR. MAÑACH: ¿Solidaridad de clase, doctor?

DR. RAMOS: Sí, de clase. Y felicitarme un poco del padecimiento. Sería conveniente recordar que en la bellísima exposición que hizo el Dr. Vitier, insistió mucho en el monismo y en la unidad, hizo insistir a Dewey en lo que pudiéramos llamar monismo, unidad en movimiento, la continuidad. Me gustaría oir algo del Dr. Vitier sobre este asunto.

DR. VITIER: Bien, yo no me he fijado aquí, ni para defenderlas ni para atacarlas, en soluciones monistas ni en soluciones dualistas; quizás si usted me aprieta un poco, tendría que decir que soy un dualista, pero en fin, eso no entra en mi asunto. Yo me estaba fijando en la orientación educacional, pedagógica, iniciada, defendida, elaborada por Dewey y sus discípulos, de raíz pragmatista, que ya creo sinceramente dañina.

Calixto Masó

Los Movimientos de 1948

I

EL período que precede a la revolución de 1848, se caracteriza por el sistema de Metternich que trataba de impedir el desarrollo de los ideales de la Revolución Francesa y cuyos resultados fueron más satisfactorios en lo político que en lo económico pues la soberanía de carácter divino se impuso al principio de la soberanía popular y el régimen absoluto impidió el desarrollo del liberalismo, pero sin embargo, la transformación de la sociedad, a virtud de la revolución industrial estableció las bases indispensables para la revolución social, política y económica que se intensificó a partir de esta fecha.

Puede decirse que la historia de Europa después de los tratados de París y el Congreso de Viena, fué un período de preparación, iniciándose desde este acontecimiento el desarrollo de las ideas liberales y nacionalistas y apareciendo, a partir del tercer decenio la idea socialista que se acentúa desde 1848, planteando el dilema de nuestra época.

Desde entonces actúan en la historia las contradicciones que caracterizan a la época actual por la coexistencia en Inglaterra del socialismo utópico de Roberto Owen y la veneración a los héroes al modo de Carlyle y con la convivencia en Francia de los protosocialistas al estilo de Fourier y Saint Simon, con los románticos del tipo de Musset y Chateaubriand.

Pero a partir de 1830 comienzan a desmoronarse los fundamentos de la sociedad por el ímpetu de la revolución industrial que rompió el marco que encerraba la existencia anterior, preparando lo que con justicia ha sido llamado la "era de la desilusión".

La Revolución industrial afectó seriamente a la sociedad de aquella época. Goethe sintetiza la psicología del comerciante haciéndole decir: **"No quiero muebles, ni atavios ni coches, ni caballos, ni nada superfluo en la mesa, sólo quiero dinero. Mi profesión de fe es hacer negocios, ganar dinero sin preocuparse de nada ni de nadie"**. Bismarck decía por el año 1849: **"Las fábricas enriquecen los individuos, pero crean a la vez masas mal alimentadas y peligrosas para el Estado por la inseguridad de su existencia"**. Y el poeta Heine exclamaba: **"Malditos sean los ricos que nos sacan el último maravedí y luego nos mandan a matar como perros"**.

Inglaterra desde aquellos años estaba henchida de una problemática social de caracteres actuales. En Francia el desarrollo industrial y político presagiaba la revolución. En Italia y Alemania la aspiración unitaria era más bien un ideal romántico ya que en estos países no habían actuado aún las nuevas fuerzas determinadas por la revolución industrial. En Austria por el contrario la aspiración en el imperio era hacia la desintegración y sus hombres más representativos no se daban cuenta de la transformación que se operaba en el mundo, pues Metternich afirmaba que **"Italia sólo era una expresión geográfica"**. Finalmente Rusia, donde el antiguo régimen se mantenía a plenitud, era la representación del absolutismo y la reacción europeas.

En términos generales los descontentos no tenían fuerzas para derrocar el régimen que se desmoronaba, pero los gobiernos con una policía débil y con soldados cuyos fusiles no eran mejores que los de los sublevados, tampoco estaban bien preparados. Las poblaciones con calles estrechas y tortuosas favorecían la lucha de las barricadas, por eso en la revolución de 1848 se enfrentaron dos impotencias, pero los ejércitos rusos dieron el triunfo a las fuerzas reaccionarias, aunque en definitiva como siempre sucede en la historia se impusieron las nuevas ideas que determinaron la transformación social, política y económica de la sociedad.

I I

En Francia fué donde el movimiento tuvo relieves más vigorosos, pues la monarquía de Orleans que representó los ideales

de la revolución de 1830 había perdido sus características burguesas, acercándose cada vez más a los estados absolutistas. Además Francia era después de Inglaterra y Bélgica el país más industrializado del continente, por lo que ya existía un proletariado con ideales revolucionarios que dió significación histórica a la revolución de 1848.

Junto a esto el descontento y la crisis fueron las causas del movimiento francés. La actitud de los ricos industriales que usufructuaban el gobierno con los financieros, determinaron con las malas cosechas de 1845 y la crisis de 1847 el desasosiego del resto de la población que sufría un injusto sistema de contribuciones, mientras que el proletariado se hallaba sometido a una situación abusiva.

La base más firme del régimen era el sistema electoral. El derecho al sufragio estaba reducido a unos 200 mil electores pues para votar había que pagar por lo menos 200 francos de impuestos.

Para canalizar la protesta se organizaron numerosos banquetes de **Reforma** que los sectores de la oposición aprovechaban para criticar los actos del gobierno. La suspensión del banquete señalado para el 22 de Febrero produjo manifestaciones populares, choques con la fuerza pública, barricadas y la caída de la monarquía de Orleans proclamándose la república.

La revolución había triunfado por la colaboración de todas las clases sociales y el gobierno se constituyó con los republicanos burgueses y proletarios y como una concesión a los trabajadores se establecieron los **"Talleres Nacionales"** y se dictó un decreto reduciendo la jornada de trabajo a diez horas.

Las elecciones dieron mayoría a los republicanos azules que unidos a los legitimistas y clericales obligaron a los grupos de izquierda a adoptar medidas violentas, siendo asaltada la Cámara de Diputados y el Ayuntamiento.

La reducción de los créditos destinados al mantenimiento de los Talleres Nacionales, produjo el choque entre ambos grupos, siendo derrotado el proletariado que definitivamente se separó de la burguesía.

III

Las primeras manifestaciones de la revolución de 1848 en Alemania y Austria se limitaron a cambios de Ministros bajo la presión de las masas y a protestas populares en pequeños estados del Imperio, pero poco después fueron afectados los dos grandes estados alemanes, especialmente Austria donde la revolución triunfó con rapidez extraordinaria.

En Hungría donde el espíritu nacionalista era más poderoso, la acción de Kossuoth dió origen a la formación de un grupo radical que luchó por la creación de un gobierno Magiar y por la abolición de los derechos señoriales, habiéndose visto obligado el gobierno, aún antes del estallido de la revolución a autorizar el uso de la lengua nacional en la enseñanza y la administración.

La oposición entre los eslavos, menos poderosa que la magiar, afectó a núcleos importantes del imperio, como a los polacos de Cracovia, los checos de Bohemia, los Croatas, Eslovenos y Dálmatas, caracterizándose estos movimientos por su marcada orientación nacionalista, mientras que los núcleos germanos de Austria se limitaron a mantener las aspiraciones del liberalismo europeo.

Las consecuencias de la revolución fueron el despido de Metternich, la organización de una administración independiente en Hungría y Bohemia, mientras que, en Italia, Venecia y Lombardía se separaron de Austria.

En Alemania la burguesía y el proletariado carecían de fuerzas suficientes en 1848, pero la noticia de los sucesos de Francia provocó desórdenes en Berlín viéndose obligado el monarca a convocar una Asamblea Nacional que fué elegida por medio del sufragio universal. Las deliberaciones de la Asamblea fueron acompañadas por constantes disturbios populares, siendo abolidas las prestaciones personales de los aldeanos y los privilegios de orden feudal.

Las aspiraciones del pueblo alemán encontraron su máxima expresión en la Asamblea reunida en Francfort con la finalidad de unificar a Alemania, discutiéndose una constitución y llegán-

dose hasta designar un ejecutivo provisional alemán que sólo fué reconocido por los más pequeños estados del imperio.

Pero en definitiva la actuación de los ejércitos hizo que el Parlamento de Francfort perdiera fuerzas, ante el poderío que tanto en Alemania como en Austria adquirieron las fuerzas reaccionarios apoyadas por los rusos.

I V

El movimiento revolucionario en Italia, además de ser nacionalista y liberal respondió a la necesidad de expulsar a los extranjeros que ocupaban parte de la península.

El régimen constitucional triunfó rápidamente en Italia pues la monarquía en Francia determinó la promulgación de constituciones en Nápoles, Toscana, Sicilia y hasta en Roma, donde el Papa concedió un Estatuto a los Estados de la Iglesia, pero la sublevación de Venecia y Lombardía dió a la revolución italiana el carácter de guerra por la independencia.

En Venecia fué proclamada la república bajo la presidencia de Daniel Manin y en Lombardía los austríacos fueron expulsados viéndose también obligados a huir los duques de Módena y Parma, que estaban mantenidos por los austríacos.

Después de estos movimientos, Italia aunque desunida, estuvo gobernada por italianos, y para mantener esa situación era necesario derrotar a los austríacos, por lo que el rey de Cerdeña, Carlos Alberto de Saboya puso sus ejércitos a disposición de los patriotas, siendo imitado su ejemplo por el rey de Nápoles y el duque de Toscana.

Los austríacos fueron vencidos en Gioto, pero las disensiones entre los revolucionarios determinaron la derrota de los Piamonteses en Custozza, restableciéndose el antiguo régimen en Parma y Módena, aunque en Venecia se mantuvo la república creada por Manin.

Mientras tanto la situación de Italia era cada vez más crítica. El rey de Cerdeña designó ministro a Gioberti con la finalidad de unir a todos los italianos y expulsar a los extranjeros, pero las complicaciones internas le impieron realizar sus planes.

En Nápoles Fernando II dominó la sublevación de Calabria y derrotó a los sicilianos en Messina. En Roma el Ministro Rossi que mantenía la idea de la formación de una federación de estados italianos bajo la presidencia del Papa, fué asesinado y Pío IX tuvo que abandonar la ciudad dominada por los extremistas que declararon terminado el poder temporal de los Papas. Pero la derrota de los piamonteses en Novara obligó a Carlos Alberto a resignar la corona en su hijo Víctor Manuel iniciándose desde este instante la decadencia de la revolución italina.

V

Los movimientos de 1848 casi no afectaron al resto de Europa. Suiza después de la guerra civil que se inició en 1847, adoptó la constitución federal que resolvió definitivamente los problemas de este país. Inglaterra como dice Macaulay: **"No vió ni un solo día interrumpido el curso regular de su gobierno"**, aunque no puede dejar de citarse la intensificación de la cuestión de Irlanda, que dió origen a movimientos de carácter nacionalistas dominados por la policía. En Holanda el Partido Liberal por medio de una intensa agitación popular obtuvo del monarca una nueva constitución que estableció el sufragio directo y la responsabilidad de los Ministros ante los Estados Generales. Bélgica que poseía la constitución más liberal de la época no tuvo problemas apreciales al igual que los países del norte de Europa y finalmente España, dominada por la dictadura férrea de Narváez, sofocó fácilmente las sublevaciones de Madrid, Barcelona y Valencia.

Sólo nos queda citar a Rusia considerada en aquella época como la representación del absolutismo europeo y cuyas tropas contribuyeron a derrotar a los revolucionarios especialmente en Austria y Hungría.

VI

Los movimientos de 1848, ahogados en sangre, determinaron a pesar de ello el triunfo del régimen constitucional en Europa, pues se promulgaron constituciones más o menos liberales en Suiza, Holanda, Cerdeña, Rusia y Dinamarca, estableciéndose poco

a poco el Derecho Constitucional europeo sobre la base de una mayor independencia del poder Legislativo, la extensión del derecho al sufragio y el reconocimiento de las libertades individuales como las de enseñanza, prensa y reunión.

En el aspecto legislativo la consecuencia más notable de los movimientos de 1848 fué la abolición de los derechos señoriales en la mayor parte de Europa siendo la excepción el Imperio Ruso, dictándose también algunas leyes en beneficio de los trabajadores especialmente en Inglaterra, Francia, y Alemania, prohibiéndose el pago en especie o por medios de vales, impidiéndose en unos casos y reglamentándose en otros el trabajo de las mujeres y los niños, estableciéndose en Inglaterra la jornada máxima de diez horas de trabajo, el descanso dominical en Austria y el sistema de seguros sociales en Francia.

Pero el carácter más importante de los movimientos de 1848, fué que por vez primera colaboraron en la historia con una misma finalidad la burgusía y el proletariado y esto no se ha repetido otra vez en la historia de Europa, pues al contrario cada vez se ha ido acentuando más el carácter de lucha de clases, con que Marx equivocadamente pretende explicar el curso de la historia.

En aquella oportunidad el desconocimiento del derecho al trabajo incluído entre los derechos humanos por la Organización de las Naciones Unidas, produjo en Francia un choque sangriento y ahora, en estos años de incertidumbre y de crisis, tanto burgueses como proletarios tienen que demostrar si la humanidad está preparada para resolver el problema social o si por el contrario está dispuesta a esperar otros cien años de tragedia y de dolores.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Vamos a ver qué preguntas quieren hacerles ustedes hoy al Dr. Masó.

SR. FRANK DUMOIS: Doctor, usted hacía referencia, al principio de su conferencia, al "Culto de los héroes" de Carlyle. Yo quería que usted me explicara qué relación tiene eso con los "Movimientos del 48".

DR. MASO: En mi conferencia hice resaltar cómo en ese momento anterior a la revolución de 1848, se presentaba lo que para mí es la expresión del dilema trágico de nuestra época: individualismo o socialis-

mo. Había al mismo tiempo en Inglaterra el socialismo utópico de Owen y la adoración de los héroes de Carlyle, que es un principio individualista. De manera que lo que hacía es presentar ese ejemplo, como también el de Francia, para decir que en ese momento ya se gestaba lo que para mí es ahora la síntesis del problema contemporáneo: la contradicción entre individualismo y socialismo.

DR. MAÑACH: ¿El Dr. Martínez Bello desea hacer una pregunta?

DR. MARTINEZ BELLO: Ante todo, quería felicitar al Dr. Masó por su magnífica conferencia respecto a las revoluciones europeas del 48, y al mismo tiempo quería preguntarle, ya que en esa época también se produce la publicación del Manifiesto Comunista, ¿cree que existe alguna relación entre el Manifiesto Comunista y esas revoluciones del 48?

DR. MASO: A mi entender no hubo ninguna. Es más, puede afirmarse categóricamente que no hubo ninguna. El Manifiesto Comunista fué concebido por el año 47, en diciembre del 47, y dado a conocer en el año 48. De manera que no podía surtir efecto sobre el proletariado. Además, el proletariado de aquella época no estaba debidamente organizado. Lo estaba en Inglaterra, hasta cierto punto, por los "trade unions", y en Francia también por el movimiento blanquista, pero en realidad no había organización proletaria suficiente para poder captar el Manifiesto Comunista. Marx hizo una gran agitación en Alemania, sobre todo en la época del 48, publicando un periódico titulado: "La Gaceta del Rhin", pero a pesar de eso la acción de Marx fué absolutamente inútil, por lo que puede afirmarse que no tuvo influencia ninguna en los "movimientos del 48" la publicación del Manifiesto Comunista.

DR. MAÑACH: ¿Alguna otra pregunta del público?

DR. DE LA MATA: Dr. Masó...

DR. MAÑACH: Lo hemos estado extrañando a usted mucho Dr. de la Mata.

DR. DE LA MATA: Yo le he extrañado también a usted durante todo este tiempo qne ha estado fuera. Dr. Masó, en la lucha que se inicia, mejor dicho que se continúa durante 1848 hay esencialmente, a mi entender, dos elementos frente a frente: uno, el que constituye la Santa Alianza en defensa del absolutismo, y frente a él, reminiscencias de ideas liberales de la Revolución Francesa, entendiendo que esencialmente es la masonería la que va a desarrollar este tipo de movimientos liberales. A través de toda su conferencia no ha habido ninguna mención de estas actividades. Yo desearía que el Dr. Masó señalase qué importancia tuvo la masonería en esta lucha en defensa de la libertad.

DR. MASO: En parte estoy de acuerdo con lo dicho por el Dr. de la Mata. La Revolución de 1848 representa, más bien que el espíritu de la Santa Alianza, el criterio del antiguo Régimen (mejor es calificarlo así, porque el Antiguo Régimen es anterior a la Santa Alianza) frente al criterio de la Revolución Francesa, que es también el criterio de la Ilustración. De modo que son dos criterios que están en contra, aunque

además en la Revolución del 48, (y eso es gran parte de su importancia) hay que tener en cuenta, también, el proceso de la Revolución Francesa, en la cual influyen ya en cierto aspecto ideales socialistas. El que yo no citase la Masonería se debe a lo siguiente: la Masonería es una institución secreta; no cabe duda, que participó en la Revolución Francesa. Con anterioridad a ella hubo ya actuación de elementos masónicos; ya en la revolución del 30 y del 48 es evidente la actuación del Gran Oriente de la Masonería. El Gran Oriente de la Masonería española influye grandemente en el período del 40 en adelante. De modo que no puede ponerse en duda que la Masonería, lugar de refugio de los elementos perseguidos, fué un factor interesante en las revoluciones europeas y americanas. En Cuba mismo, en la revolución del 1868 fué un lugar importante de reunión de los patriotas cubanos, sobre todo, la Logia "Buena Fe" de Manzanillo, de la que formó parte Carlos Manuel de Céspedes. De modo que no creo que pueda ponerse en duda la participación activa de los masones en los movimientos revolucionarios europeos en general, y en los americanos.

SR. REYNOSO: Escuché sus últimas palabras en las cuales hacía una incitación a la burguesía y al proletariado a buscar más o menos una solución armónica. Esa unidad de la burguesía y el proletariado del 48, ¿no cree usted que se debió más que nada a que la Iglesia y la aristocracia se habían conjurado para combatir al pueblo y al progreso de la ciencia y de la cultura, y que hoy día esa burguesía está, igual que la aristocracia de antaño, a disposición del Clero?

DR. MASO: Yo no soy de los que creen que todas las cuestiones puedan resolverse a costa del clero. Yo creo que el clero tiene, en los movimientos revolucionarios del siglo XIX, una gran responsabilidad, porque muchas veces no supo darse cuenta de la marcha de los tiempos, y me explico el por qué de esa actitud: el Clero y la religión son organizaciones netamente conservadoras, aunque en su origen sean organizaciones, a mi entender revolucionarias, porque he mantenido y mantengo que la Revolución más grande que se ha dado en la humanidad es la revolución de Cristo. Sin embargo la institución clero es una institución conservadora; sin embargo, no creo que sea el factor único; fueron muchos los factores que provocaron la Revolución de 1848; el clero es uno de ellos, pero no el único.

SR. BRETAU: Dr. Masó, usted habló de los Talleres nacionales, ¿podría informarme si esos Talleres nacionales se crearon bajo el concepto actual de nacionalización y si su desintegración y fracaso fué motivada porque la nacionalización no puede ser nunca la socialización?

DR. MASO: La pregunta es muy interesante. En algún sentido también completa algo de lo que dejé de contestar al anterior interrogante. Hay que tener en cuenta que, en 1848, ni la burguesía ni el proletariado estaban completamente organizados. Existía el proletariado en potencia, la burguesía más fuerte, porque ya existía una Revolución Industrial

poderosa en Inglaterra, en Bélgica y Francia. Sin embargo, no tenían esos caracteres, por eso hace posible esa unión en Europa que yo digo que no se repitió en Europa, porque posiblemente en la Revolución cubana del 33 hubo colaboración de burguesía y de proletariado. De modo que es otro ejemplo también de esa colaboración. Pero refiriéndonos ya a los Talleres nacionales; en aquella época existía ya con la teoría de Luis Blanc, principalmente, el criterio de que debía reconocerse el derecho al trabajo, por eso yo hablo del derecho al trabajo reconocido actualmente entre los Derechos Humanos por las Naciones Unidas. Cuando triunfó la Revolución del 48, como colaboraron en ella burgueses y proletarios, se admitió el principio del derecho al trabajo, y por lo tanto a los desocupados se les abrieron talleres nacionales. La desorganización de esos talleres fué la causa fundamental de su fracaso. En realidad, se inscribieron en ellos individuos que la mayor parte de las veces no trabajaban; de manera que en la práctica no creo que fracasó el sistema, sino que fracasaron los hombres. Yo no creo que los sistemas socialistas de intervención en las empresas, de nacionalización del trabajo, sean sistemas malos, como no es mala la democracia y como no es malo ningún sistema político cuya orientación final sea el bienestar de la sociedad o el bienestar de los individuos. Los que somos malos somos los hombres cuando aplicamos esos sistemas. Eso fué lo que hizo fracasar los talleres nacionales; los hombres encargados de aplicar aquel sistema. Ahora se critica mucho la democracia porque hay hombres que no entienden ni practican la democracia, que parece que son demócratas y no lo son. La institución no ha fracasado; los que hemos fracasado somos nosotros, que no hemos sabido ponerla en práctica.

DR. MAÑACH: Eso, sin embargo, plantea un problema más sutil a mi juicio; hasta qué punto la reiterada experiencia, a lo largo de la Historia, de que los hombres no llegan a situarse al nivel intencional de las instituciones, no deja entender que tal vez haya un vacío entre el potencial humano por así decir y las exigencias de esas instituciones mismas. No deja entender, para ser un poco más claro, que la institución resulta inadecuada para las posibilidades de los hombres a quienes tiene que regir.

DR. MASO: Es una pregunta que me gusta que se me haya hecho, porque he pensado mucho en ella. Yo creo que en cuestión de ideas el mundo, desde la antigüedad, las ha expuesto casi todas. Pero posiblemente en lo moral el hombre no ha avanzado en la misma forma que en lo material, y dentro de esa especie de contradicción entre el progreso material y el retraso moral, se sitúan todas esas incapacidades del hombre para adaptarse a sus instituciones. La democracia es una cosa definida desde hace mucho tiempo; sin embargo, prácticamente fracasa, porque los que tienen que aplicarla no lo saben ejercitar. El cristianismo, ha sido definido de un modo claro; sin embargo, hay todavía hombres que no entienden esos principios y supongo que los habrá dentro de 100 años.

Por eso decía yo aquí que si la burguesía y el proletariado están de acuerdo en pasar 100 años de dolores y tragedias, dentro de 100 años pasará lo mismo; que haya hombres que no entiendan esas cosas. A mi entender eso es la causa, la no adaptación del progreso material y del moral.

DR. MAÑACH: ¿Alguna otra pregunta?

SR. CEPERO BRITO: Tenemos una nueva intervención del Dr. de la Mata.

DR. DE LA MATA: En la parte final de su conferencia, Dr. Masó, plantea usted el problema de falta de unidad entre la burguesía y el proletariado, el problema de lucha de clases y de no entenderse el proletariado y la burguesía. Del problema de unidad, se ha hablado mucho últimamente, y yo quiero preguntar: ¿Puede haber unidad cuando no hay la misma finalidad en los individuos? Cuando el burgués entiende que debe de enriquecerse a costa del proletariado, y el proletariado piensa que debe defender sus derechos frente a las exigencias del burgués, no puede haber unidad, tiene que haber lucha de clases forzosamente y creo que esa lucha de clases hace al hombre más digno, hace al hombre saber defender sus derechos, hace al hombre sentirse más hombre y más capaz y que, por lo mismo, esa lucha de clases lleva al hombre a una perfección, y a la sociedad hacia una libertad mayor. Lo peor sería precisamente encerrar en la misma jaula al lobo y al cordero, es decir, suprimir (como lo ha intentado el fascismo) la lucha de clases, estableciendo sistemas corporativos donde el burgués, el patrón, y por el otro lado el proletario tienen que trabajar, quizás para el mismo amo. Yo creo que es la lucha de clases, en efecto, la que mejor soluciona este problema.

DR. MASO: Yo no he afirmado que la lucha de clases sea una cosa inútil; he dicho que la lucha de clases no explica únicamente el fenómeno histórico. He afirmado que en la Revolución del 48 colaboraron burguesía y proletariado porque tenían la misma finalidad; que desde entonces no han vuelto a colaborar, por lo que reafirmo que no tienen idéntica finalidad; pero aspiro, y lógicamente debo aspirar, a que colaboren, porque esa debe ser la aspiración natural. Esa coloboración es un ideal; pero entiendo que cuando se habla de cualquier asunto, hay que hablar en primer lugar del ideal, aunque no desconocer nunca la realidad, como no la desconozco yo nunca.

Antonio Martínez Bello

El Socialismo Científico

EN la exposición de rasgos fundamentales del "Socialismo Científico" que se nos ha encomendado, hemos de separarnos de toda valoración personal, subjetiva o partidista. Consignaremos, en la modesta medida de nuestros conocimientos sobre el tema, los rasgos primordiales en el orden doctrinal que mejor propenda a la intelección, por el auditorio alerta y culto de la Universidad del Aire, de la cuestión ideológica planteada al mundo por el marxismo; pero al propio tiempo inhibiéndome de toda inclinación sectaria, de toda valoración en pro o en contra. Si por algún motivo se nos confió la difícil misión de hablar en torno al Socialismo Científico, desde esta cátedra, por la de habernos atribuído la Dirigencia de esta Universidad del Aire determinadas calidades de imparcialidad y objetividad. Trataremos en todo instante de hacer bueno y justificado ese criterio.

En mi libro "Historia Económica Universal" comienzo el tratamiento de una de las lecciones del Programa Oficial de las Escuelas Técnicas Industriales y Politécnicas de Grado Medio, relativa al "Socialismo Científico" con las palabras siguientes:

"Recordando la frase de Bernardo Lazare de que "el instinto de la revolución es el mismo genio de Israel", comienza René Gonnard una exposición sintética de "Marx y el Marxismo"; tratando quizás de ver en la ascendencia judía del creador del Socialismo Científico la raíz biológica de su ideario revolucionario. "La propaganda marxista —dice Gonnard— logró... poner tan alto el nombre de Marx, que la doctrina de éste acabó por ser considerada por muchos como la propia expresión del socialismo científico": es decir, que se han identificado "socialismo científico" y "marxismo".

Cuando Marx alcanzaba la madurez de su intelecto y de su producción, el Capitalismo había alcanzado puntos neurálgicos en el sufrimiento y miseria de las masas trabajadoras. Eran los "tiempos orgiásticos del Capital", denunciados por tratadistas tanto socialistas como liberales frente a las consecuencias sociales de la Revolución Industrial. Alexis Tocqueville, citado por mi en el libro "Historia Económica Universal", hacía una descripción del Mánchester que vió en 1835, realmente patética y sombría; y la termina así:

"Aquí está el esclavo. Ahí está el señor... Un humo espeso y negro cubre la ciudad. A través de él, el sol parece un disco sin rayos. Y en medio de ese día incompleto, trescientas mil criaturas humanas trabajan sin descanso. Mil ruidos cortan incesantemente este laberinto húmedo y oscuro... Las pisadas de una multitud atareada, el chirrido de las ruedas... el grito del vapor que se escapa, el batir monótono de los telares, el rodar de los carros... y de esa letrina infecta es de donde ha de surgir la industria humana que fertilizará el universo. De esa cloaca horrenda brota oro puro. Aquí es donde el espíritu humano encuentra su perfección y se embrutece; aquí es donde la civilización produce sus maravillas y donde el hombre civilizado vuelve al salvajismo".

Estos sufrimientos sociales alcanzaron en y tras la Revolución Industrial su clímax, pero lo cierto es que sus orígenes e inicios eran anteriores. Señala Engels que "desde su nacimiento, la burguesía se vió azotada por su propio antagonismo... y a medida que el burgués de los gremios de la Edad Media se transformaba en burgués moderno, el jornalero no agremiado se convertía en proletario. Si, en general, la burguesía, en sus luchas contra la nobleza, pudo pretender que representaba a las diferentes clases laboriosas de la época, junto a cada gran movimiento burgués estallaba también un movimiento de la clase precursora del proletariado moderno. Así se vió alzarse durante la Reforma alemana a Thomas Münzer; durante la gran revolución inglesa, a los niveladores; durante la gran revolución francesa, a Babeuf. A estas manifestaciones de rebeldía de una clase incompletamente formada correspondían manifestaciones teóricas; en los siglos XVI y XVII, las descripciones utópicas de sociedades ideales; en el siglo XVIII, teorías francamente comunistas".

Como, después de todo, el desajuste social entre ricos y páuperos es casi tan viejo como el mundo, si bien se recrudecieron hasta límites inhumanos a partir de la Revolución Industrial los antagonismos entre los dueños de los medios de producción y el proletariado, también han sido muy anteriores al Socialismo Científico aquellas teorías que han tratado de remediar los males de la Humanidad. De este modo, Harry Laidler ha clasificado las Utopías en cuatro grandes grupos: las ético-religiosas, las políticas, las socialistas y las modernas. De las primeras, recordaremos principalmente "La Ciudad de Dios" de San Agustín, así como las experiencias de Savoranola en Florencia. Entre las políticas, la República de Platón, las insurrecciones de Wicleff y Ball, la Utopía de Tomás Moro, la Nueva Atlántida de Bacon, la Oceánida de Harrington, la Ciudad del Sol de Campanella, etc. Entre las "utopías" sociales, recordaremos las ideas de Babeuf con su "conspiración de los iguales"; a Saint-Simon y su "oligarquía de capitanes de industria"; Charles Fourier y sus Falansterios; y sobre todo a Rober Owen, sus cooperativas, conquistas sociales y ensayos socialistas. De los modernos, recordamos a Wells y sus fantasías futuristas.

Pero las teorías de Socialismo Utópico tenían por fundamento (en sus vagas aspiraciones de felicidad humana, de realización siempre frustrada) la generosidad de los propietarios de quienes se esperaba la renuncia gratuita y altruista de sus privilegios e intereses. Se basaban en la convicción respecto a la bondad integral del hombre, su innata filantropía y espontánea inclinación al sacrificio de los superfluo propio en beneficio de los demás. Al propio tiempo, se ignoraba por los utopistas la capacidad del proletariado para efectuar el tránsito de un estado social a otro; y demás está decir que la Utopía era tal, de acuerdo con su raíz etimológica, por la razón de no haberse realizado o al menos consolidado ninguna de ellas en lugar alguno de la tierra.

Marx y Engels estudiaron a los utopistas, y observaron en medio de las divagaciones fantásticas de éstos algunas ideas acertadas en la crítica al sistema de la propiedad privada; así como estimaron en aquéllos los más altos y generosos sentimientos de solidaridad humana y de justicia.

En consecuencia, Marx y Engels tendieron a superar los errores y fallas del Socialismo Utópico, impartiendo al denominado "Socialismo Científico" fundamentos y caracteres distintos. Haremos un resumen de ellos:

La interpretación materialista de la Historia. Marx tomó de su antiguo maestro filosófico Hegel la Dialéctica evolutiva, si bien dándole un fundamento materialista, en contraposición con el idealismo hegeliano. Puso la Dialéctica sobre sus pies, decía Engels. Consecuentemente, el Materialismo Histórico supone que los sucesos devinentes de la Historia tienen origen mediato o inmediato, principalmente, en los intereses económicos: las condiciones de vida económicas y de clases, el progreso técnico, etc., son la estructura sobre la que se levanta la evolución histórica en todas sus fases, desde la política a la cultural; si bien consigna sobre todo Engels, en su carta a Heinz Starkenburg, escrita en 1894, que las ideas políticas, filosóficas, religiosas, literarias, etc., influyen entre sí y actúan dinámicamente sobre la base económica y sobre el desarrollo histórico, sobre el devenir.

La lucha de clases. Si bien ya de antiguo eran conocidas las pugnas entre esclavos y señores, entre patricios y plebeyos, entre maestros artesanos y compañeros y aprendices, esta lucha se intensificó y perfiló característicamente con el antagonismo de burgueses y proletarios durante el desarollo del capitalismo industrial moderno. Marx y Engels señalaron que en el fondo de la Historia actúa el motor de la lucha de clases. Según esta doctrina, la humanidad se escinde en clases: unas poderosas tratan de explotar a las otras más débiles o desposeídas, acaparando los medios de producción... Entre los explotadores y los explotados se establecen relaciones económicas de sujeción, dice un historiador; y esas relaciones son mantenidas por medio de la fuerza, la persuasión, la tradición, la costumbre de la mayoría explotada, que acaba por considerar legítima tal organización. Pero ésta no podrá desaparecer pacíficamente, según los revolucionarios dialécticos; sino que las nuevas fuerzas de producción que se van desarrollando, habrán de reaccionar violentamente contra el ya anacrónico marco del régimen de apropiación existente que las elaboró; del mismo modo —según Deville, en sus "Principios Socialistas", 1898— que

el polluelo tiene que romper la cáscara del huevo en cuyo interior se ha formado.

O sea, como lo explica Engels: "En la época de la gran revolución francesa, la forma predominante de esta producción capitalista en el Continente europeo al menos, era la manufactura basada en la división del trabajo. Pero una vez que el vapor y el maquinismo transformaron esta manufactura en gran industria, las fuerzas productivas elaboradas por la dirección de la burguesía se desarrollaron con una rapidez y una amplitud inauditas. Al llegar a cierto grado de desarrollo, la manufactura tuvo que entrar forzosamente en conflicto con las trabas feudales de los gremios; de igual manera, la gran industria, al desarrollarse por completo, habrá de entrar en conflicto con el modo capitalista de producción. Las nuevas fuerzas productivas han desbordado ya las formas burguesas de su explotación. Este conflicto entre fuerzas productivas y formas de producción no es un conflicto engendrado en la cabeza de los hombres, como el pecado original y la justicia divina; está presente ahí, en los hechos, objetivo independiente de la voluntad y de la conducta de los mismos hombres que la han acarreado. El Socialismo no es sino el reflejo en el pensamiento de este conflicto en los hechos".

Por otra parte, "el taller individual cedió el puesto a la fábrica, que exige la cooperación de centenares y miles de obreros. La producción se transformó, de una serie de actos individuales que era, en una serie de actos sociales. La colectividad había reemplazado al individuo en la producción". Sin embargo, a pesar de ser social y colectiva la producción capitalista, seguía siendo individual la apropiación de lo producido y de la riqueza. "Los medios de producción y los productos, aun cuando se habían convertido en sociales, fueron tratados como si siguieran siendo medios de producción y productos individuales. Fueron apropiados, no por los que habían puesto en movimiento los medios de producción y habían creado los productos, sino por el capitalista. Los medios de producción han adquirido un carácter esencialmente social; pero, sin embargo, se les somete a un modo de apropiación que presupone la produción individual, en la que cada cual posee sus medios de producción, en la que, por consi-

guiente, cada cual posee también su producto y lo lleva al mercado. El nuevo modo de producción se encuentra sometido a este modo de apropiación, aun cuando destruye su base. En este antagonismo, que confiere al nuevo modo de producción su carácter capitalista, radica en germen todos los antagonismos sociales modernos": o sea, en "la incompatibilidad entre producción social y apropiación capitalista".

En definitiva, "el antagonismo entre producción social y apropiación capitalista se afirma, a partir de entonces, como antagonismo entre proletarios y burgueses".

Otro aspecto del desequilibrio económico-social dentro del capitalismo, según los marxistas, es la anarquía de la producción. Werner Sombart —que no es marxista, sino como ha dicho Raúl Maestri, "el Marx del antimarxismo—, cree que el capitalismo está dominado, no sólo por el principio de lucro, sino también por el "racionalismo económico". Y agrega Sombart: "Si bien, dentro de nuestro sistema económico, toda la actividad subjetiva se orienta hacia la más alta racionalidad, por otro lado, el principio de lucro, que corresponde a la voluntad naturalista de poder y que traslada la reglamentación de conjunto del proceso económico al capricho de los sujetos económicos aislados, determina que el sistema económico, en su totalidad, resulte **irracional**"... "En esta coexistencia de la más alta racionalidad y de la más alta irracionalidad, se basan las numerosas tensiones típicas del sistema económico capitalista".

Podríamos nosotros sugerir que, como expresión de esa irracionalidad, se producen las crisis; según los marxistas, "la anarquía en la producción social".

La teoría Marxista del Valor: explica, en síntesis, que "el trabajo es... la sustancia del valor, y la medida de ésta la cantidad de trabajo empleado"; o más exactamente, "el trabajo **socialmente** necesario, es decir, el que hace falta para producir en condiciones regulares".

La teoría de la Plusvalía: según Deville, significa —muy en resumen— que la plusvalía es la producción de valor prolongada más allá de cierto límite. Si la acción del obrero dura más que hasta el punto en que el valor de la fuerza de trabajo pagada

por el capitalista es reemplazada por un valor equivalente, no habrá más que simple producción de valor; si pasa de aquel límite, habrá producción de plusvalía. Es decir, que el capitalista hace trabajar al obrero una cantidad de tiempo necesaria para producir el valor equivalente a los medios de su propia subsistencia, para merecer el salario, en suma; y además, según los marxistas, (y tal sería la plusvalía) lo hace trabajar un tiempo más, y este exceso de trabajo no lo paga el capitalista, sino que se lo apropia, enriqueciéndose con el exceso no pagado del trabajo y del valor producido por los obreros colectivamente.

Otros puntos importantes del "Socialismo Científico" son: la **acumulación creciente de capitales** y la **proletarización** creciente, inclusive de la clase media, puestos en duda por el Revisionismo de Bernstein y Vollmar.

Por último, citaremos la **tesis catastrófica** del Marxismo, que dice Gonnard: la producción capitalista arrastra su propia negación y conduce al colectivismo. Se acerca el momento en que "los expropiadores han de ser expropiados" y en que acaba la evolución en una revolución violenta, pues "la fuerza es la comadrona de las sociedades antiguos en trance de dar a luz". "El marxismo concluye, pues, en una catástrofe extensa y próxima, en la cual se hundirá nuestra sociedad capitalista; catástrofe que se complace en anunciar "el último profeta judío" (la afición a las catástrofes colosales y a las ruinas grandiosas parece responder en Marx y en muchos discípulos suyos a su doble psicología alemana y hebrea) y que despejará el sitio para que pueda constituirse una sociedad nueva: la sociedad socialista y, ulteriormente, la comunista.

Engels prevé esa sociedad futura, en que no rija la diferencia de clases ni sea necesaria ya la autoridad coactiva del Estado, con lo que los socialistas parecen coincidir siquiera sea accidentalmente con el Anarquismo, en esa etapa que estiman superior de la Humanidad: "El desarrollo de la producción —augura Engels— hará de la existencia de las clases sociales un anacronismo. La autoridad política del Estado desaparecerá con la anarquía social de la producción. Los hombres, dueños al fin de su propio modo de asociación, se convertirán en dueños de la Naturaleza, en dueños de sí mismos, en seres libres".

Con la anterior cita bibliográfica de Engels terminamos esta exposición resumida de puntos doctrinales y teóricos del "Socialismo Científico", habiendo para ello reseñado algunos pasajes de obras conocidas de los estructuradores principales de dicha tendencia político-económico-social. Demás está recordar que varios de los principios capitales del Socialismo —valga la paradoja— han sido enjuiciados a través de un siglo, destacándose entre dichos impugnadores del Marxismo los revisionistas, los anarquistas, los demo-liberales, los católicos y en general las extremas derechas. La limitación del tiempo y del espacio impide exponer esa crítica al marxismo, y la crítica a esa crítica, vale decir la polémica más apasionada de nuestro tiempo; por lo que nos hemos ajustado a la simple exposición del hecho histórico que es la aparición y formación de la doctrina socialista.

DISCUSION

DR. MAÑACH: El Dr. Masó va a iniciar las preguntas.

DR. MASO: ¿Puede precisarse alguna diferencia así que sintetice las contradicciones que hay entre socialismo utópico y el científico?

DR. MARTINEZ BELLO: El socialismo utópico se basa fundamentalmente en la pre-suposición de la bondad innata del hombre, en que el hombre filantrópica y generosamente habrá de prescindir de lo superfluo para ponerlo al servicio de la generalidad de los humanos. El socialismo utópico, además, como la misma palabra lo indica, da la sensación de que no se ha realizado, o por lo menos no se ha consolidado en ninguna parte. Utopía significa "sin lugar", sin espacio. Además, sobre todo, el socialismo utópico se basa en la fantasía, no se basa en el estudio de ciencia alguna ni de la Economía Política ni de la Sociología; en cambio, el socialismo científico, sobre todo a partir de Rodbertus, un antepasado de Marx que no es muy emocionado, se basa fundamentalmente en los estudios económicos, en la Ciencia económica, en la Economía Política y en la Sociología. Precisamente Engels, en su Anti-Duhning, señala que la interpretación materialista de la Historia, no hace lo que había hecho, por ejemplo, Hegel o lo que hicieron los utopistas, de crear un sistema abstracto de principios, para entonces encajar violentamente los hechos dentro de esos principios dialécticos; sino que lo que da carácter científico al materialismo histórico es que primero se estudian los hechos, los datos objetivos, los sucesos de la Historia y entonces, de acuerdo con los mismos, se estructuran los principios del materialismo dialéctico. Natu-

ralmente, el hecho de que se considere el socialismo científico como tal, es decir, como ciencia, no quiere decir, en modo alguno que haya de ser irrefutable y cierto en todas sus partes. Se han señalado puntos objetables dentro del marxismo; pero eso no quiere decir que prescinda de su condición científica. Actualmente existen muchas ciencias, cada una de cuyas tendencias, en pugna unas contra otras, discuten entre sí. Por ejemplo, Freud con el mal llamado "pansexualismo", es a su vez refutado por algunos de sus sucesores, como Adler, con sus complejos de superioridad y de inferioridad, o por Jung, con sus tipos psicológicos, o por Kretschmer con sus biotipos; y cada uno de esos autores crea su propio sistema científico, que en cierto modo desplaza o se contrapone a los otros; y, sin embargo, el hecho de que ciertos principios científicos sean refutados o puestos en duda, no significa en modo alguno que se anule la condición científica de ese sistema.

SR. OTTO JAHKEL: Doctor, aunque nosotros ya sabemos lo que oculta la "Rerum novarum", ¿me puede decir qué tiene de socialismo eso que se llama socialismo cristiano?

DR. MARTINEZ BELLO: En realidad, no existe tal socialismo cristiano. Existe un "movimiento social cristiano", que no es precisamente socialismo. Este movimiento ya es bastante antiguo y tiene nombres laicos destacados y religiosos, como Lanmenais, Ketteler, Buchez y Hetze, que trataban de crear un régimen de vida democrático basado sobre todo en la caridad cristiana y estructurando para ello corporaciones o cooperativas. En el orden estrictamente eclesiástico, hemos de recordar sobre todo a Gregorio XVI, que en una Encíclica "Mirari Vos" criticaba acerbadamente el liberalismo y lo que llamaba "esa monstruosidad de la libertad de imprenta". Mas tarde, Pío Nono, en el "Syllabus" de 1864, criticaba acerbamente al materialismo. Pero más exactamente fué León XIII, quien, en 1878, en su encíclica "Quod Apostolici Muneris", hace una crítica acerba del socialismo. Censuraba al socialismo como una pretensa solución de los males humanos, pero al mismo tiempo no proponía en realidad un sistema para resolver todos los dolores de la humanidad, sino que por el contrario decía o exhortaba a los obreros, como decía él, a que soportaran meritoriamente sus trabajos y dolores con resignación y que permanecieran tranquilos yapacibles; pero más tarde ya León XIII en "Rerum Novarum", en 1891, o sea, como cerca de 50 años después del Manifiesto Comunista, viendo que existía un estado de agitación sumamente profunda entre las clases trabajadoras del mundo y observando que precisamente el socialismo penetraba en el estado de ánimo de las clases trabajadoras, dictó la famosa encíclica "De Rerum novarum". En esa encíclica, León XIII, en primer lugar, hace una labor sincera y meritoria, puesto que enjuicia de manera enérgica y dura al capitalismo liberal, censurándole su espíritu desmedido de lucro y su tendencia a explotar inmisericordemente a las masas. Pero después, cuando afronta el problema del socialismo, lo impugna rotundamente. Reitera lo que antes había dicho contra el socialismo,

que, como decía él, era una "mortal pestilencia" de la humanidad. Y entonces propone una serie de medios que no son propiamente socialistas, por lo cual la denominación que se les ha dado de "socialismo" basado en León XIII y en "De Rerum novarum", es incorrecta. El proponía algunas medidas, como son las siguientes: en primer lugar, explicar, divulgar los conocimiento de la religión, los conocimientos cristianos y exhortar a la caridad entre los poderosos; al mismo tiempo conminaba tanto a los proletarios como a los burgueses a cumplir ciertos deberes fundamentales entre sí. A los burgueses los exhortaba a tratar humanamente a los obreros, y no como a cosas ni como a esclavos. Y en cuanto a los obreros, los exhortaba a cumplir pacíficamente con sus deberes, a no reunirse con ánimos de violencia ni actuar violentamente contra los patronos. Y por último, proponía un a modo de intervencionismo moderado, porque para él el Estado, las autoridades, debían intervenir a fin de cuidar de que los obreros no fuesen explotados ni maltratados por los patronos y, al mismo tiempo, para cuidar, decía él, de que se asegurase al trabajador un sallario justo; no era el salario familiar que después, en 1938, propuso Pío XI, sino que este salario justo debía de ceñirse exclusivamente a la necesidad de subsistencia, decía él, de un trabajador frugal y de buenas costumbres, de manera que si él no era frugal por ser de gran apetito, no estaba ya dentro del salario justo... El resultado es que "Rerum novarum" influyó decisivamente en todo el movimiento social ulterior; (y esto lo digo con cierta timidez, porque hay en este salón un ilustre sacerdote: el Padre Biaín) la verdad es que muy pocas veces los cristianos han cumplido esos preceptos del cristianismo, esos preceptos de la Iglesia, de que haya verdadera caridad o verdadera justicia; dado que la mayor parte de las veces los mismos patronos cristianos son magníficos ejemplares del espíritu de lucro. Así, irremediablemente se produce dentro de las clases una verdadera lucha. Nicolás Berdiaeff lo señalaba precisamente en el "Cristianismo y la Lucha de Clases", y justificaba, dentro de su espíritu cristiano, la existencia de la lucha de clases, aunque naturalmente creía que esas luchas debían desarrollarse dentro de un espíritu de moderación. Pero la verdad es que no ha habido tal moderación ni ha habido tal justicia por parte de los patronos, inclusive de los católicos, en la mayoría de las veces.

DR. MAÑACH: Perdone Dr. Martínez Bello, pero voy a tener que interrumpirlo a reserva de continuar nuestra discusión después que termine la audición.

FUERA DEL AIRE:

DR. DOMINGO RAMOS: Yo desearía que el doctor Martínez Bello se extendiera un poco más, ya que hay más tiempo, en el pase de Hegel a Marx. Y le recomiendo que siga en el socialismo científico la recomendación del Dr. Masó sobre que los más importantes son los hombres.

DR. MARTINEZ BELLO: También la pregunta que me hace el doctor Domingo Ramos es de extraordinario interés, pero es una de esas preguntas que tampoco se pueden contestar en dos palabras. Mucho he contrariado al doctor Mañach no siendo breve, pero procuraré serlo de todas maneras, aunque no se pueda contestar naturalmente con tres líneas.

La diferencia fundamental, "grosso modo", entre materialismo e idealismo, es que el idealismo parte del supuesto de que las cosas que nos rodean, el mundo objetivo, son un reflejo, hechura o determinación de nuestro pensamiento, de nuestra mente; mientras que el materialismo cree que lo primero es la materia y que entonces la idea o la mente no hace más que reflejar el redor material. Hegel desarrolló admirablemente en su idealismo objetivo el pensamiento idealista de que lo circundante, el mundo, el universo, es reflejo o manifestación del pensamiento; sólo que Hegel elevó a grado cimero de universalidad, de dimensión cósmica y divina esa posibilidad de que la materia sea un reflejo de la mente. Así, para Hegel, la mente divina, la razón universal o la idea panteísta, como se le quiera llamar, se va realizando, se va desarrollando, y a medida de ello se manifiesta en la naturaleza, en la sociedad, en el pensamiento humano, hasta culminar en el Estado, que es para Hegel el paso de Dios sobre la tierra, o sea la realización de Dios. Naturalmente, Hegel no es muy original en esto, sino que tiene sus precursores o antecesores en el orden de la dialéctica en los mismos griegos, ya Heráclito había señalado que todo fluye y todo cambia, al extremo de asegurar que nadie puede bañarse dos veces en el mismo río, puesto que el río está cambiando, está cursando, deviniendo constantemente; y al propio tiempo aseguraba que "todo sucede a través de la lucha", es decir, que ese cambio acontece mediante la lucha de los contrarios. En consecuencia, la dialéctica de Hegel, se desarrolla, pero no de una manera pacífica, sino a través de la lucha.

DR. MAÑACH: Perdón, doctor. ¿Cuál fué su pregunta Dr. Ramos? Es que yo estaba hablando con el Dr. Masó y se me escapó.

DR. RAMOS: Que explique un poco más la influencia de Hegel sobre Marx.

DR. MARTINEZ BELLO: De tal manera resulta que la evolución para Hegel sucede, no de una manera pacífica, sino también a través de la lucha. Cree Hegel que hay, por ejemplo, un desarrollo gradual o paulatino o cuantitativo, y que entonces llega un momento en que ese desarrollo paulatino o gradual se interrumpe para dar entonces paso al salto, a la mutación. Eso, llevado al estudio de la sociedad, sería la explicación dialéctica de la revolución. Marx acepta de Hegel practicamente ese aspecto de la dialéctica, es decir, ese aspecto del juego de la tríada de tesis-antítesis-síntesis, del movimiento o desarrollo de la sociedad. De tal manera, que esa es una de las influencias determinantes que hay de Marx sobre Hegel.

DR. MAÑACH: ¿Hay alguna otra pregunta? Haga una pregunta "moderada".

SR. REYNOSO: Bueno, yo pensaba ser moderado como soy siempre, lo que no puedo ser es etéreo. La historia se escribe con pasión, se hace con pasión y eso es lo único que hay...

DR. MAÑACH: Quiero decirle que no vaya a hacer una pregunta que obligue a dar todo un paseo histórico para contestarla.

SR. REYNOSO: Entonces no es mía la culpa, mi estimado profesor. Yo no pienso ir a Grecia, sino que pienso solamente hablar de Marx. Marx, se le ha pintado y especialmente por los comunistas, como el hombre materialista completamente. Yo no creo que el marxismo sea una doctrina materialista: el mismo Marx era una persona emocional, era una persona que tuvo la valentía de renunciar a una cátedra de Berlín cuando a un compañero profesor de él se le expulsó por racismo. Por lo tanto, yo quisiera preguntarle: ¿No cree el doctor, y sacándole un poco de su exoterismo, traerlo a la cuestión apasionada del momento, que el fracaso del marxismo, es a su falta de espíritu a su convicción en el hombre, en las fuerzas morales que dijera José Ingenieros, su fracaso es totalmente a querer materializar todo, hasta el espíritu?

DR. MARTINEZ BELLO: En primer lugar, faltaría por ver si el marxismo ha fracasado por completo; esa una problemática que está por dilucidar. En segundo lugar, tampoco creo que a Marx se le haya pintado como un tipo absolutamente materialista. Claro que, cuando se habla de materialismo, mucha gente está pensando en un individuo apegado a las cosas materiales, pero esa no es la verdad. Marx creía en la existencia de los valores morales y espirituales, tanto es así, como explica Engels, los valores morales, espirituales, filosóficos o religiosos actúan a su vez sobre la economía y sobre el desarrollo histórico. Por último, yo no creo en el materialismo a utranza de algunos líderes socialistas, yo creo que muchas veces ellos son verdaderos idealistas en el sentido de que son capaces de dejarse sacrificar y hasta morir por un ideal. Yo creo que mucho más idealista puede ser un marxista capaz de morir por su ideal, de sacrificarse en aras de él, aunque se estime que está equivocado, que un señor por ejemplo, un comerciante, un banquero, un vendedor de salchicas o algo por el estilo, que en nombre del idealismo y en nombre del anti-materialismo, defienda la existencia del capital y de su interés.

SR. HART: Bueno, mi pregunta viene bien ahora que Ud. ha hablado del fracaso o del no fracaso del marxismo.

DR. MARTINEZ BELLO: Yo no lo he afirmado ni negado.

SR. HART: Lo ha dejado entrever. Hay un hecho evidente: Carlos Marx anunció, como usted dijo, una catástrofe; esa catástrofe no se ha producido, ¿no es éste un evidente fracaso de Carlos Marx? Hay que tener en cuenta que en esa catástrofe él cifraba el éxito de su doctrina.

DR. MARTINEZ BELLO: Marx, en efecto, había previsto la catástrofe, aunque no había señalado exactamente para cuando. Y como ni

usted ni yo somos profetas, no podremos asegurar si esa catástrofe se habrá de producir o no en el futuro. Por otra parte, esa misma observación que usted ha hecho la había formulado Bernstein, cuando señalaba, en su "revisionismo", que no se había producido la catástrofe augurada por Carlos Marx. Pero usted sabe también que existe una nueva corriente de marxismo que es la de los "neo-marxistas", como por ejemplo la de Hilferding, Sternberg y Rosa de Luxemburgo, que tratan de explicar el hecho de que el capital no se haya derrumbado: y lo justifican mediante la teoría de la supervivencia del capital a través del imperialismo. Marx presuponía, porque en aquella época no existía definidamente el imperialismo, que el capital habría de desarrollarse dentro de los límites nacionales y con "el dominio seguro del mercado", y que luego habían de producirse las crisis, la sobre-producción, el infraconsumo. Pero después resulta que se ha producido el fenómeno imperialista; y, como señala Rosa de Luxemburgo, el capital financiero, es decir, el capital bancario, de los valores, etc., actuando decisivamente sobre el Estado y sobre los políticos, ha propiciado una política comercial extranjera a virtud de la cual el capital interior puede vender ventajosamente sus productos fuera del ámbito nacional. Y no solamente eso, sino que suponen ellos, y ésa es una tesis que ha desarrollado también Lenin, que el capitalismo ha irrumpido en otras tierras violentamente, inclusive mediante todas las armas, unas veces diplomáticas económicas y otras veces las de fuego, para apropiarse de los mercados, de las materias primas. En consecuencia, de esa manera creen ellos que el capitalismo ha prolongado su subsistencia merced al imperialismo.

DR. DE LA MATA: Yo siento mucho que no haya, no el tiempo que nos queda, sino mucho más porque el tema realmente lo merece. Sin embargo, hay una cuestión fundamental que creo debe de tratarse un poco más a fondo. El fracaso del marxismo es un hecho para mi no posible, o probable, o futuro, sino real y efectivo en los momentos actuales. Hay un país: Rusia, donde se ha impuesto o se ha intentado imponer el marxismo, y el marxismo en Rusia realmente ha fracasado. Este es un hecho que me parece innegable; me parece innegable por lo siguiente: el marxismo se separa del socialismo utópico porque intenta llegar a sus consecuencias a través de la conquista del poder. Parece que esa conquista del poder haría posible la transformación de la sociedad capitalista en una sociedad propiamente socialista. Pues bien, los marxistas apoderados del poder, desde el poder, se han transformado en unos capitalistas de Estado y no han realizado la socialización de los valores humanos transformando la sociedad. Este es un hecho real y efectivo: en Rusia lo que hay, después de tantos años de socialismo, no es socialismo, es un super-capitalismo de Estado, es un sistema totalitario. No hay socialismo en Rusia después de haberse establecido en el poder, que es lo que diferencia al socialismo científico del socialismo utópico; para mi, esencialmente la diferencia está en esto: el socialista utópico intenta destruir el Estado como manera

de liberar la sociedad y de hacer una revolución social, cambiando del capitalismo al socialismo; pues bien, una revolución política que lleva a los socialistas, a los marxistas, al poder y una vez en el poder, asentados de forma dictatorial, no realizan las transformaciones y establecen una sociedad que lleve al hombre hacia la libertad, sino por el contrario a una dictadura, no es más que un fracaso del marxismo. Tenemos además este hecho: actualmente en Inglaterra hay un Partido Laborista en el poder que es marxista y, sin embargo, la socialización total y completa no se ha realizado. Se está pensando en la defensa de ciertos intereses de carácter esencialmente capitalista, no de tipo socialista; luego la conquista del poder por los marxistas para realizar el cambio de capitalismo a socialismo no es más que un rotundo fracaso. Aparte de eso: en España tenemos un ejemplo magnífico. Cuando, después de implantada la República y poco antes del movimiento liberticida de Franco, los socialistas lograron ocupar cargos destacados en el poder, aquellos individuos que se habían señalado siempre como máximos representantes del orden fueron los que crearon el desorden y hundieron precisamente aquellas manifestaciones de libertad, y cada vez que el marxismo se acerca al poder, hay reacciones de fuerza en contra de ese acceso al poder que los marristas intentan lograr, no por medios revolucionarios sino por medios puramente electorales, etc., o sea, puramente legales. Precisamente la tercera Internacional comunista se separó de los marxistas porque estimó que ese paso gradual hacia el poder daba lugar a reacciones de fuerza por parte del capitalismo e impedía el ocupar el poder. Precisamente vemos que cualquiera de los dos sistemas: el llegar al poder por medios graduales de la segunda Internacional o sea de la Internacional marxista, o de la tercera, de tipo comunista, no ha llevado más que a aquellos individuos que se dicen socialistas a transformarlos en super-capitalistas de Estado. ¿No es esto un fracaso esencial y rotundo del socialismo marxista? Para mi no hay que esperar mucho; es una realidad ya este fracaso. Siento contradecir las opiniones del disertante, pero para mí ese socialismo utópico al cual él se refería anteriormente es el que todavía no ha fracasado, los demás socialismos sí han fracasado. Y en contra de las opiniones también del disertante, he de manifestar que el socialismo es utópico, como todos los ideales son utópicos, porque si no, no serían ideales, porque para ser un ideal tiene que se utópico, es decir, irrealizable total y plenamente, pero la bondad humana es también un ideal utópico y, sin embargo, no por eso nos negamos a ser cada día mejores, es decir, caminamos hacia esa bondad suprema y magnífica, y máxime sabiendo que no llegaremos a ella nunca. Vamos a caminar también hacia una sociedad donde el hombre sea humano, donde el hombre no tenga necesidad de luchar con otro hombre. Por ejemplo, el anarquismo, compañero, claro está que sí. Si usted quería sencillamente hacerme manifestar esta opinión, sepa que no tengo rubor de ninguna clase, ni tampoco, en manifestar que estimo que una sociedad donde cada hombre fuera su propio dirigen-

te y no fuera dirigido por los demás, donde cada hombre hubiera llegado al máximum de perfección, que es lo que yo aspiro, es decir, a una sociedad donde no hubiera necesidad de alguien que nos impusiera sus criterios desde el poder o desde otro lugar, sería para mí una sociedad mucho más perfecta que la actual.

DR. MAÑACH: Desgraciadamente tenemos que dejar el Estudio ahora, porque hay otro acto aquí. No podemos prolongar más esta discusión que, por otra parte, pudiéramos continuarla durante años sin llegar a ninguna conclusión.

Rafael García Bárcenas

Darwin y los Rumbos del Pensamiento

EL despertar de las ciencias biológicas había tenido lugar en el siglo XVII, época en que se producen la invención del microscopio y el descubrimiento de la circulación de la sangre. En el XVIII cobra importancia el estudio de la embriología y se multiplican las investigaciones biológicas de toda índole. Había llegado el momento de ordenar y denominar todo ese cúmulo de descripciones orgánicas, y tal fué la obra de Linneo (1707-1788). De acuerdo con su concepción, que coincidía con la de la Biblia, las especies, después de ser creadas por Dios, permanecieron fijas e inmutables. Linneo contribuyó, sin embargo, hasta cierto punto, a la aparición de las ideas transformistas que habrían de tener en Lamarck, y sobre todo en Darwin, su momento culminante, al asignar al hombre un lugar entre los demás animales y comprenderlo, como una especie más, dentro del mismo género de los monos antropomorfos.

Con Cuvier (1769-1832), el fijismo de la especie se erigió en principio inapelable. Al fundar la paleontología de los vertebrados y descubrir que las faunas de las sucesivas capas geológicas son tanto más diferentes a las de nuestra época cuanto más inferior es el nivel de que proceden, atribuyó la desaparición de esas faunas a **revoluciones del Globo** o violentas catástrofes geológicas, y su sustitución por otras especies, a posteriores emigraciones de otros animales hacia las regiones devastadas.

Las tesis transformistas comenzaron a aparecer a finales del siglo XVIII. Fué Goethe uno de sus primeros expositores en su

trabajo sobre las **Metamorfosis de las plantas,** publicado en 1790, donde sienta el principio evolucionista de que todos los órganos de un vegetal proceden de un solo órgano: la hoja; y aplicando la misma concepción a la zoología, creó la teoría vertebral del cráneo, al considerar a éste como una vértebra más que hubiese sufrido transformaciones especiales. Goethe llegó a afirmar que la causa de tales transformaciones había que buscarlas en la influencia del medio ambiente. Cuatro años después, Erasmo Darwin (1731-1802),abuelo de Carlos Darwin a quien éste no llegó a conocer, enunciaba en su libro **Zoonomía** concepciones transformistas como la de que las homologías observadas entre el ala de un ave y el brazo de un hombre constituían una manifestación del parentesco real entre dichas especies. El abuelo de Darwin entendía que Dios había creado en su origen una sustancia viviente, de la cual se desarrollaron, a partir de formas muy simples de seres orgánicos, todos los animales y plantas. Carlos Darwin consideraba esta teoría de su abuelo, lo mismo que la de Lamarck, como muy fantásticas.

Pero es sin duda Lamarck (1744-1829) el primero que da una expresión científica al transformismo de las especies. Lamarck, que introdujo por primera vez la división de los animales en vertebrados e invertebrados, dice que las especies nos parecen invariables porque sólo las observamos durante el breve espacio de tiempo de nuestra existencia, aunque sufren en realidad una constante transformación por efecto del medio. Las afirmaciones transformistas de Lamarck pueden sintetizarse en los siguientes puntos: 1º **Teoría de la necesidad:** La producción de un nuevo órgano o parte de una planta o animal resulta de una necesidad del organismo frente al medio; 2º **Teoría del uso y del desuso:** Un órgano permanece activo tanto tiempo como es usado, pero desaparece gradualmente con el desuso; 3º **Teoría de la herencia:** Todo lo que ha sido adquirido o transformado durante la vida de un organismo, es trasmitido por herencia a sus descendientes. Con Lamarck, por primera vez, se establece que los animales y plantas actuales descienden de otros animales y plantas diferentes; por cuya concepción hay muchos que le tienen como el mayor genio entre los investigadores de la Naturaleza. La obra funda-

mental de Lamarck fué publicada en 1809. Esta fecha ha quedado marcada con piedra blanca en los anales de la ciencia biológica, porque en ese año ocurrieron dos grandes acontecimientos en la historia de las ciencias naturales: la publicación de la Filosofía **Zoológica,** por Lamarck, y el nacimiento de Carlos Roberto Darwin, autor del **Origen de las especies** y la más destacada figura del evolucionismo biológico.

Contando sólo veintidós años se embarcó Darwin en un buque equipado por el gobierno inglés para explotar científicamente las costas sudamericanas. El viaje duró cinco años, y al regresar, ya había germinado en su espíritu la doctrina de la descendencia, que sin embargo no expuso sistemáticamente hasta 1859, en que da a la luz su celebérrimo libro **Origen de las especies.** Continuó desarrollando sus tesis transformistas en **Variaciones de las plantas y de los animales** (1868), en **El origen del hombre** (1871) y en **La expresión de las emociones** (1872). La obra del naturalista inglés tuvo una acogida muy diferente a la de su predecesor en la doctrina transformista, el francés Lamarck. La **Filosofía Zoológica** de Lamarck fué recibida con patentes desdén e indiferencia en todos los círculos científicos, porque el ambiente cultural no estaba preparado para recibir ninguna doctrina de evolución biológica. Pero medio siglo más tarde, en el momento en que Darwin publica su libro capital, en todos los círculos se esperaba la **ópera magna.** Huxley y otros biólogos amigos habían preparado al público para recibir su libro, y por ello la primera edición del **Origen de las especies** estaba completamente vendida el día de su publicación. La segunda edición apareció un mes después; la tercera al año, y otras muchas posteriormente. La prueba de que hacia la segunda mitad del siglo XIX, el mundo occidental estaba preparado para recibir la doctrina de la transformación de las especies, es que, conjuntamente con Darwin, y más concretamente, un año antes, en 1858, Alfredo Russell Wallace expuso la doctrina de la selección natural, inspirado también, como Darwin, por el trabajo de Malthus **Ensayo sobre la población,** que vió la luz en 1798, y que expresaba su alarma por la superpoblación humana sobre la faz de la tierra. Wallace envió su obra sobre el origen de las especies a Darwin, rogándole que diera los pasos pertinentes para su

publicación, en los momentos en que el célebre naturalista inglés estaba preparando su propia obra, lo cual le produjo una gran contrariedad, al ver roturados los caminos que estaba a punto de recorrer.

La doctrina de Darwin puede sintetizarse en los siguientes puntos fundamentales: 1º **Lucha por la existencia:** Darwin, opuesto a las definiciones, lo mismo que se resistía a definir la especie por causa de las tantas formas irregulares transitorias, se negaba a definir la **lucha por la existencia.** La lucha de dos animales caninos en tiempos de escasez, para decidir cuál ha de obtener comida y sobrevivir, la lucha contra la sequía de una planta al borde del desierto, la lucha entre sí de varios brotes del muérdago parásito del manzano, en todos esos casos —dice Darwin en el tercer capítulo del **Origen de las especies**— "utilizó, por comodidad, el término general de **lucha por la existencia**". La perra —dice Darwin—, por lo general, pare más cachorros de los que puede criar. El amo ahoga algunos de los recién nacidos, y por la muerte de sus hermanos, los supervivientes crecen y se desarrollan. Análogos procedimientos reinan en la Naturaleza. No todos los descendientes de plantas y animales pueden sobrevivir. Gran número de ellos desaparecen antes de alcanzar la edad madura. Epidemias, parásitos, hambre, tiempos desfavorables destruyen huevos y semillas y hacen perecer a muchos organismos jóvenes; 2º **Selección natural:** La consecuencia de esa lucha por la existencia es la selección natural de los mejor adaptados al medio. Supongamos —dice Darwin— que en un lugar donde los lobos capturan sus presas por su fuerza, destreza y agilidad, habite un lobo dotado de una particular ligereza en sus movimientos. El lobo de más velocidad se procurará más rápidamente el alimento y se reproducirá con mayor facilidad. Al cabo de cierto tiempo, una raza de lobos veloces habrá reemplazado a sus antecesores más lentos; 3º **Herencia de las variaciones de los mejores adaptados:** Las variaciones individuales, producidas por casualidad, constituyen los puntos de partida para nuevas variedades que, al ser trasmitidas por herencia, conducen a nuevas especies. Después de varios millones de años, una sola forma o muy pocas formas originales habrán desarrollado la serie completa de los seres vivientes.

Uno de los principales factores de la preponderancia del evolucionismo en la segunda mitad del siglo XIX, se debió a la aplicación de los principios darwinianos, no solamente a la Biología y a otras ramas del mundo natural, sino también al mundo del espíritu.

Los conceptos de lucha por la existencia, selección natural, herencia, atavismo, degeneración fueron transportados de la Biología a los campos más diversos de la vida intelectual y social. Se hicieron intentos para introducir en la química la teoría darwinista, sentando que las electricidades positivas y negativas constituían las unidades fundamentales de la materia, de las cuales se ha formado a través del tiempo todo elemento químico, o también que los elementos más pesados fueron los primeramente constituídos, y de ellos derivaron los m;s ligeros, por lo cual el hidrógeno fué el último en formarse. También se aplicó la teoría darwinista para explicar la visión de los colores, partiendo de que el hombre, originariamente, era ciego para los colores; pero sucesivamente su retina se fué haciendo sensible a los diferentes estímulos cromáticos, y de aquí se alimentó la esperanza de que en un futuro lejano el hombre llegara a ser capaz de registrar las radiaciones ultravioletas. Mayor importancia tuvo la aplicación del darwinismo a la ciencia del lenguaje. Partiendo de que los lenguajes son entidades sujetas a nacimiento, desarrollo y muerte como cualquier organismo viviente, la ciencia del lenguaje fué clasificada como una ciencia natural. Se entendió, a la luz del darwinismo, que las palabras de los lenguajes existentes habían evolucionado a partir de raíces definidas que existieron originalmente como palabras aisladas. También fué considerable la influencia de la teoría de la descendencia en la pedagogía. El objeto de la educación era producir nuevas cualidades heredables, las cuales deberían ser ventajosas para la raza, tanto física como psicológicamente. Y en cuanto a la práctica pedagógica, se estableció que, puesto que todo evoluciona, los alumnos comprenderían mejor a su maestro si éste explicaba genéticamente, es decir desde sus orígenes, el objeto del estudio, en vez de proceder de lo conocido a lo desconocido. También ejerció el darwinismo una profunda influencia en las ideas referentes a la naturaleza de la sociedad

humana. Así como el organismo viviente es un conjunto de células, la sociedad resultaba un conglomerado de individuos o de familias. Para el sociólogo darwinista, la lucha por la existencia y la selección natural tenían lugar tanto en la sociedad como en la naturaleza, y el progreso de una sociedad consistía en la adaptación de los individuos integrantes a las condiciones prevalecientes en la misma. La influencia del darwinismo en la filosofía se echa de ver, sobre todo, en Spencer, influído originalmente por concepciones lamarckistas, pues ya en 1852, siete años antes de la publicación del **Origen de las especies,** exponía sus teorías evolucionistas, aunque también utilizó ampliamente la doctrina darwinista como base para sus concepciones sociológicas. También se advierte en Nietzsche, donde una exacerbada tendencia darwinista de selección natural conduce a su aristocrática concepción del Superhombre. Y en criminología, César Lombroso relacionó la configuración anatómica del criminal nato con formas atávicas colindantes con las estructuras corporales de los cuadrumanos.

En cuanto a la oposición que encontró el darwinismo en diferentes círculos intelectuales y sociales, antes y ahora —lo que implica la crítica del mismo en sus aspectos más negativos—, las oposiciones más importantes pueden reducirse a las provenientes de la Iglesia y de la moderna ciencia biológica. En lo que respecta a la Iglesia, el choque con Darwin se hizo patente desde la publicación del **Origen de las especies,** a pesar de que Darwin no negaba la existencia de Dios. Para Darwin, una sola cosa hizo Dios por el mundo en que vivimos: crear las primeras formas orgánicas, que después evolucionaron por sí propias. No faltó, sin embargo, quien como el jesuíta Erich Wasmann, intentara conciliar la doctrina de la Iglesia con la de Carlos Darwin, admitiendo que la teoría de la evolución puede aplicarse al hombre, pero estableciendo la intervención de Dios en el inicio de la vida y en la creación del alma humana.

La ciencia biológica moderna ha revalorizado las doctrinas de Darwin, lo mismo que las de su glorioso precursor Lamarck. Dos grandes tendencias se ponen de manifiesto en las corrientes evolucionistas de la biología moderna: el neodarwinismo y el neola-

marckismo. Lo que caracteriza fundamentalmente a los neolamarckistas es la tendencia a dar una mayor importancia a la acción del medio, colocando la influencia de éste por encima de los factores de predeterminación germinal. Lo que tipifica las corrientes neodarwinistas es la tendencia a colocar en primer plano las variaciones **innatas**, las modificaciones que vienen predeterminadas desde el plasma germinal y que son producidas por azar.

Las más de trescientas mutaciones comprobadas experimentalmente por Morgan y otros en la **Drosophila** melanogaster o mosca de los frutales y las observadas por Hugo de Vries en la OEno**thera Lamarckiana** o hierba del asno, donde de una especie vegetal surgieron súbitamente, por mutación, quince nuevas especies, con diferente número de cromosomas (y ya se sabe que idéntico número de cromosomas es característica de todos los organismos de una misma especie), al mismo tiempo que sirvieron para comprobar que unas especies orgánicas pueden provenir de otras diferentes, como afirmaba Darwin, han evidenciado que esta transformación se produce, no gradualmente como la entendían Darwin y Lamarck, sino por mutaciones súbitas cuya causa constituye uno de los grandes misterios que la ciencia contemporánea no ha podido arrancarle todavía a la Vida. Con ello ha quedado revelado además que el axioma **Natura non facit saltum** (la Naturaleza no procede por saltos), establecido desde Linneo y que constituía la base del transformismo gradual de Darwin, se sustituye en la biología actual por el **Natura facit saltum** (la Naturaleza procede por saltos).

La biología organísmica, estructuralista, por boca de von Uexkull, dice que cada organismo nace ya adaptado a su medio, formando con él una unidad según plan, por lo que la investigación del medio ambiente no puede ser una investigación causal, sino estructural. Lecomte du Nouy afirma que la adaptación y la selección natural no tienen que ver con la evolución más que el albañil con los ladrillos de la casa que fabrica. Las pruebas de la precipitación de la sangre, precipitación que es tanto más marcada cuanto más afines son las especies cuya sangre se mezcla, han constituído también una prueba de laboratorio a favor del transformismo de las especies, aunque no necesariamente en la

forma preconizada por Lamarck y por Darwin. Por último, la sociología actual, por boca de Mac Iver, sostiene que la simple adaptación al medio social puede significar tanto el progreso como el retroceso y que cuanto más elevada es la vida humana, menor es su plasticidad orgánica a la acción del medio; que en la sociedad civilizada, la lucha no es por la vida, sino por una clase determinada de vida; que los más altos valores se consiguen, no por lucha, sino por cooperación con los demás y que el desenvolvimiento armonioso de la sociedad depende más de una selección racional, artificial de los mejores que de una selección natural.

A casi un siglo de publicado el **Origen de las especies**, el nombre de Darwin es acreedor a la gratitud de la humanidad, por todo lo que significó para las ciencias naturales del siglo XIX y por cuanto —a pesar de haberse sobrepasado su doctrina de la descendencia como principio general de explicación— significa aún hoy para la ciencia biológica de nuestros días.

DISCUSION

DR. MAÑACH: La Dra. García Tudurí va a iniciar el interrogatorio.

DRA. GARCIA TUDURI: Dr. García Bárcena, en primer término he de felicitarlo por su magnífica disertación, pero quería primeramente hacerle una aclaración. Usted expone que ha sido dogma de la Iglesia Católica la tesis contraria al darwinismo; quiero decirle que en eso no hay verdadero dogma en la Iglesia, y que los Padres de la Iglesia, como San Agustín, ya fueron, hace siglos, precursores de ese evolucionismo, puesto que el propio San Agustín presenta la Teoría de las Razones Seminales, que son como gérmenes que Dios pone en la materia primitiva y que habrán de evolucionar después, dando lugar a las especies. Pero, aparte de eso, mi verdadera pregunta era ésta: Yo creo que, según usted ha expuesto, el darwinismo transforma la Pedagogía en una mera Eugenesia; puesto que el darwinismo, en contra del lamarquismo, pone su acento en una selección que se engendra por razones germinativas y nunca por adaptación al medio, y la educación como usted sabe, tiene en primer término el deseo de orientar al educando a esa adaptación al medio necesaria para la vida, o sea, el darwinismo, según se expone por usted, parece sólo Eugenesia en el campo de la educación; yo quisiera que me aclarara ese punto.

DR. GARCIA BARCENA: En primer término, aquí en la conferencia no se dice que haya una contradicción entre los dogmas de la Iglesia y el darwinismo, al extremo que se cita el caso de un jesuíta que intentó conciliar esos extremos aparentemente opuestos; pero sin duda provocó un gran escándalo en la época en que se produce "El origen de las especies", porque la obra estaba matizada de cierto anticlericalismo y de cierto materialismo. El hecho es que la Iglesia fué lo que más ostensiblemente salió al frente del darwinismo; pero...

DR. MAÑACH: ¿No sería más exacto decir, en lugar de la Iglesia, "las iglesias"?

DR. GARCIA BARCENA: Sí, las iglesias, claro.

DR. MAÑACH: Porque la resistencia del protestantismo fué tremenda. Lo es todavía hoy.

DR. GARCIA BARCENA: Podemos decir la iglesia genéricamente. No me refiero a la Iglesia Católica. En segundo lugar, desde el punto de vista de la Pedagogía, vaya la influencia del darwinismo en la Pedagogía, es decir, de los pedagogos que aplicaron el darwinismo a la Pedagogía; no quiere decir necesariamente que ellos la entendieran en un sentido de Eugenesia, sino que como prevalecía esa concepción evolucionista, se entendía que desde el punto de vista técnico, de los métodos, del procedimiento, debía procederse del origen al término, no de lo conocido a lo desconocido, y por otra parte se entendía también que debíamos tratar de constituir en los educandos, caracteres que fueran susceptibles de ser transmitidos por herencia a los descendientes. Es eso ya una cosa demasiado superada, la cuestión de la transmisión de los caracteres adquiridos, aun cuando haya algunos aspectos que puedan abonar en algún sentido esa teoría; pero, sobre todo, lo que no cabe poner en duda es que aquello que se le transmite a un educando no es trasmisible por herencia.

SR. DIONISIO DE LARA: Primeramente para felicitar al conferencista Dr. García Bárcena por su magistral disertación. Yo quisiera intercalar una observación de orden filosófico que se hace contra el darwinismo, y es la siguiente: Darwin sostuvo que el progreso de la Naturaleza, pudiéramos decir, se efectúa a través de la selección natural, por medio de la cual se van perfeccionando las formas orgánicas de la vida; pero a esto se le ha hecho la objeción filosófica de que no es posible que a través de la selección natural se suscite el progreso, dado que la selección no hace más que tomar cosas que ya existen, como son las cualidades mejores, las que mejor se adaptan al medio, por lo tanto son estas cualidades mejores las que en los seres, en los órganos, en las distintas funciones, las que suscitan el progreso, el desarrollo orgánico, y no la selección natural. Si es selección natural tiene que seleccionar algo, y estos algos son las cualidades más adaptables al medio, esto, es según algunos filósofos contrarios al darwinismo, lo que Darwin no explica, las cualidades que mejor se adaptan al medio.

DR. GARCIA BARCENA: Entonces la pregunta suya concretamente Dr. Lara Mínguez, se refiere a cuáles pueden ser esas cualidades que constituyen una óptima adaptación al medio según Darwin y que, efectivamente Darwin, no estableció. Por supuesto, cuando se trata solamente de sobrevivencia, las cualidades mejores son aquéllas que ayudan al individuo a mantenerse vivo, y las cualidades negativas serán aquéllas que conducen al individuo hacia la muerte, puesto que se ha hablado de cualidades que conducen hacia la muerte en Biología, así que desde ese punto de vista se puede entender que las cualidades positivas serían las que mantendrían en pie la vida mediante una adaptación al medio, eso dentro de la concepción darwiniana; las cualidades negativas, aquéllas que aparecerían por variación en los individuos y que más bien constituirían una inadaptación o un desajuste con el medio, es decir, que serían nocivas para sobrevivir en el medio.

DR. LARA: ¿Luego la objeción filosófica es válida? ¿No es la selección natural la que suscita el desarrollo de las formas vivientes?

DR. GARCIA BARCENA: La selección natural para el simple mantenimiento de la vida puede tener alguna validez, aun cuando se ha dicho que intervienen factores de azar en el hecho de que se conserven algunas semillas y otras se destruyan, en que algunos individuos sobrevivan y otros perezcan. Pero en la ley de la selva no cabe duda que en el mantener la vida puede estar vigente la selección natural de Darwin. Ahora bien, desde el punto de vista de la sociedad, ya la cuestión es otra y no sé si esa es la intención del Dr. Lara Mínguez...

DR. LARA: Claramente entiendo las palabras del Dr. García Bárcena, pero me parece que no podemos decir con Darwin que la selección natural es el medio de que se vale la Naturaleza para el progreso orgánico, para la perfección de las formas orgánicas. Esa es la objeción que se le ha hecho a esta teoría del orden filosófico, puesto que, rigurosamente hablando, no es la selección natural, la selección ya supone algo que va a seleccionar y ese algo, el origen de eso es lo que Darwin no explica científicamente.

DR. GARCIA BARCENA: Bueno, yo he citado en mi conferencia las objeciones de Lecomte Nouy, donde él dice que la adaptación, la misma selección natural, no son instrumentos seguros de la evolución del progreso de la especie. Puede constituir tanto un retroceso como un progreso; así que, desde ese punto de vista, puede entenderse que la selección natural para mantener la vida sí puede constituir uno de los instrumentos positivos de conservación de la vida, aunque reconociendo esas objeciones que han hecho los biólogos de que hay veces que muchos factores de azar son los que determinan que sobrevivan individuos y no simplemente la selección natural, es decir, el prevalecimiento de los más fuertes.

DR. LARA: Me parece que lo que sucede es que, como Darwin era un biólogo, un hombre de ciencia, y no un filósofo, los filósofos han ido, pudiéramos decir, a lo medular de la cuestión y han dicho que no es la

selección natural, puesto que la selección natural tiene algo dado que selecciona, que son las cualidades mejores; esas precisamente son las que suscitan el progreso y no la selección natural.

DR. GARCIA BARCENA: Pues no hay progreso, sino solamente la sobrevivencia desde el punto de vista del medio. Surge una cualidad espontáneamente, por casualidad. Si esa casualidad que ha surgido por mutación es favorable a una combinación con el medio, el individuo sobrevive, y si es desfavorable el individuo se muere, y por lo tanto no se reproduce, no perpetúa esa variación. En ese sentido hay que entender la llamada selección natural. El propio Darwin, en escritos posteriores, en "El origen del hombre" por ejemplo, dice que quizás él haya exagerado algo el poder de la selección natural.

DR. LARA: Bueno, yo creo que la ha exagerado bastante.

DR. GARCIA BARCENA: Además aquí citaba yo lo de MacIver donde dice que la selección racional artificial es naturalmente lo más importante desde el punto de vista social, que es lo que predomina en nuestra mente casi siempre en estas cosas.

DR. DE LA MATA: Quisiera hacer una pregunta muy concreta, ya que hoy el tiempo ha sido abundante en opiniones. Sencillamente ésta: en las pruebas últimas de Bikini se ha descubierto la aparición de nuevas especies. Habitualmente no se aparece en la realidad humana un cambio de medio tan profundo como el de la aparición de radiaciones en estas aguas que han cambiado totalmente muches especies, dando origen a...

DR. GARCIA BARCENA: Perdone, Dr. de la Mata, yo quisiera saber hasta qué punto se puede afirmar que las explosiones de Bikini o cualesquiera otras explosiones atómicas hayan producido la aparición de nuevas especies. ¿Por qué aparición de nuevas especies? Hay un experimento, en Genética, que consiste en emitir radiaciones de Rayos X de tal manera que los genes experimenten esas radiaciones y entonces se producen mutaciones, mutaciones que son de tipo teratológico, es decir, monstruos en donde una flor de "pensamiento" aparece con las hojas dentadas, es decir, aparece lesionado el plasma germinal, y probablemente las explosiones atómicas lesionen el plasma germinal; pero una mutación semejante no me parece que autorice a hablar de una nueva especie. Nuevas especies sí se ha comprobado que existen, desde otro punto de vista y en otras comprobaciones; pero no me parece que en las explosiones atómicas se pueda dar origen a nuevas especies por el hecho de que haya mutaciones, mutaciones que lo único que revelan es que se ha lesionado el plasma germinal y que esas lesiones que están en el genotipo aparecen en lo que se llama el fenotipo, es decir, en la estructura corporal del individuo.

DR. DE LA MATA: Bien, esto supondría lógicamente cambios o evoluciones.

DR. GARCIA BARCENA: Bueno, cambio. Pero cambio no significa siempre evolución. Puede ser un cambio teratológico, monstruoso, un

cambio de retroceso, incluso; por ejemplo el labio leporino, que es una tara, no se puede decir que sea una evolución, aunque es un cambio ¿no? y ese labio leporino es el producto de ciertos gérmenes que han afectado el plasma germinal, por lo tanto, ya sean radiaciones, ya sean gérmenes, lo que lesione los genes en el plasma germinal, no se puede hablar de cambios de especies cuando las mutaciones revelan una transformación en los descendientes. Esa transformación en los descendientes es simplemente una mutación que puede transmitirse a las sucesivas generaciones; pero no es una nueva especie, es una alteración teratológica, es decir, una monstruosidad, un fenómeno, no en la manera como esta palabra se entiende en filosofía, sino como se entiende aquí en criollo.

DR. DE LA MATA: Temo que no haya tiempo para contestar una pregunta que sería ésta: si en la Biblia aparece la formación del hombre del limo o fango de la tierra a través del soplo de vida de Dios, ¿cómo podría eso coordinarse con la evolución de Darwin?

DR. GARCIA BARCENA: Como no estoy afiliado a ningún partido político ni religioso, no tengo ninguna creencia dogmática respecto a eso; veo la Biblia y la aprecio en su valor, y no trato de compaginar, ni violentar sobre todo, las afirmaciones de la ciencia con las afirmaciones que haga la Biblia. Las estudio como dos cosas aparte.

Mercedes García Tudurí

El Evolucionismo y Spencer

1.—En este recorrido que por el campo de la cultura viene haciendo la Universidad del Aire, hemos llegado a un tema que toca por igual la esfera de la filosofía, de la ciencia biológica y de la sociología: es el tema del evolucionismo.

Como el término es un tanto equívoco, y su connotación y denotación han cambiado con el tiempo, lo examinaremos brevemente para puntualizar los diferentes alcances que ha tenido, y evitar que se tome una acepción por otra.

Evolución quiere decir desarrollo y cambio del estado de las cosas. **Evolutivo** significa, en consecuencia, la capacidad de una cosa para desenvolverse y modificarse por sí misma. Contraria es la trayectoria del cambio que indica la palabra **involución,** que nombra el acto de envolver, y que en el campo biológico señala el retroceso de un objeto al estado que tenía antes del cambio, como sucede con la involución uterina.

Por evolución ha de entenderse, pues, el desenvolvimiento de algo que estaba envuelto, y por ese motivo, manifestación y realización completa de lo oculto y latente. Ese concepto puede ser aplicado lo mismo a la materia que al pensamiento: en el primer caso, el ente material desarrolla su ser a través de etapas sucesivas; en el segundo, el análisis racional de un principio permite deducir sus consecuencias lógicas.

Pero a los conceptos, como a las cosas naturales, se les insertan con el tiempo nuevos elementos, y acaban por modificar su prístino significado. Así el evolucionismo, que tenía prestigio milenario, puesto que había sido mantenido en la Antigüedad por filósofos de las escuelas jónicas, estoica y alejandrina, por Padres de

la Iglesia, como San Gregorio de Nisa, San Hilario, San Ambrosio, San Agustín, por escolásticos, como Alberto Magno y Santo Tomás en la Edad Media, y por pensadores modernos, como Bacon, Pascal y Leibniz, sufre la incorporación de elementos axiológicos y se transforma en **progreso;** se ensancha a todas las dimensiones de la objetividad, abarcando la materia, la vida y el pensamiento, y llega, por último, a transmutarse en un concepto metafísico, encubriendo, bajo el mismo término, un radical **monismo materialista.**

Como progreso, el evolucionismo no es ya el mero desenvolvimiento de las cosas, sino que constituye su acontecer un **cambio valioso,** el paso de un estado menos perfecto a otro más perfecto. Con este contenido pasa al campo histórico y social.

Como monismo materialista, el evolucionismo remontó los límites de la ciencia y de la historia, y se ensanchó hasta las insondables profundidades del mundo metafísico, pero seguía manteniendo la pretensión científica, amparado por el origen del término.

Ese fué, a grandes rasgos, la evolución del evolucionismo. Actualmente intenta recogerse a sus márgenes originarias, y se tiende a separar de él los conceptos de proceso y progreso.

2.—Los últimos cincuenta años del siglo XVIII constituyeron un vivero de ideas evolucionistas, influenciados por las inquietudes del pensamiento romántico. Schelling y Hegel abren el camino a la concepción de la evolución general, bajo la acepción de progreso del espíritu. Dicha idea, aplicada ya con más rigor al mundo orgánico, produce la formulación científica del darwinismo.

Otras anticipaciones, de carácter sociológico y económico, también concurren e influyen en esas formas de pensamiento. No en vano vemos a Darwin citar con frecuencia a Malthus y aceptar, en su tesis de la selección, el principio de la desproporción entre la multiplicación de los seres vivos y los medios de subsistencia. La imagen materialista del mundo que la física había ido desarrollando a lo largo de la Edad Moderna hasta culminar en la ley de la correlación de la fuerza y conservación de la energía, aporta su concepción mecanicista y determinista, que asimismo toma la ciencia biológica.

Por otro lado, y lejos de lo que había sido su intención, la filosofía kantiana redujo las posibilidades del conocimiento a dos únicas salidas: o afrontaba la realidad fenoménica con los procedimientos exclusivos de las ciencias, y desechaba todo otro camino para investigarla; o buscaba en los principios plasmadores de las categorías la explicación de dicha realidad. Ambas posibilidades fueron desenvueltas por las dos grandes corrientes filosóficas del siglo XIX: el **positivismo** y el **idealismo.**

El primero hizo de la filosofía una síntesis de las ciencias particulares; el segundo se convirtió en un estudio genético de la evolución de las ideas. Positivismo e idealismo fueron los antípodas del pensamiento europeo del pasado siglo.

En este cuadro de circunstancias aparece Herbert Spencer, quien se impone la tarea de sistematizar el **positivismo evolucionista,** y realizar el acercamiento, mediante su Sistema de Filosofía Sintética, de aquellas divergentes direcciones filosóficas.

Nacido en Inglaterra en 1820 y muerto en 1903, Spencer vive plenamente el siglo XIX, y es tal vez el hombre que mejor puede representar esa inquietante centuria. De profesión ingeniero y de gran erudición científica, se dió pronto a los temas económicos, políticos y filosóficos. Se adelanta a Darwin en la idea de la evolución, y concibe el plan de un "programa de filosofía sintética", que desarrolló en sus obras: Primeros Principios, Principios de Biología, Principios de Sociología y Principios de Etica, sin contar los numerosos ensayos en que completó su pensamiento.

3.—**El Sistema de filosofía sintética recoge** todas las inquietudes de su tiempo, y se organiza alrededor de dos teorías fundamentales: la concepción de lo **Incognoscible** y la de la **evolución universal.**

Para desenvolver sus doctrinas, comienza Spencer distinguiendo entre la realidad **dada** y la **absoluta.** La primera está constituída por los fenómenos, y es la única que puede ser objeto de nuestro conocimiento, y por ello, de la ciencia positiva. De aquí que postule la **relatividad** necesaria del conocimiento.

Lo absoluto último es inaccesible al pensar, de ahí que lo denomina **incognoscible.** Hay algo del nóumeno kantiano en esta concepción cuando, considerándolo fondo de las cosas, lo denomina

Fuerza. Nada se puede, dice, enunciar de su realidad, sino que es inconcebible y fundamento de la realidad universal. Todo lo que es dado resulta ser manifestación de ese ser inconcebible, y está regido por una ley de evolución a la que nada escapa. A la ciencia le corresponde el conocimiento parcial de esa realidad evolutiva; a la filosofía su conocimiento total y sintético. Como aquella ha de ser positiva y ésta es la síntesis, tiene que ser también positiva, de ahí la denominación que dió a su sistema.

Spencer vió en su teoría de lo Incognoscible, el medio de conciliar a la religión con la ciencia, algo parecido a las pretensiones de Hamilton y Mansel. Quizás Spencer había reconocido el apotegma de Bacon: "Poca ciencia aparta de Dios; mucha ciencia acerca a El".

La audacia del pensamiento spenceriano no se limitó a postular la evolución como ley universal, sino que llega a su formulación precisa. Desde el mundo inorgánico y el orgánico, hasta el psíquico, espiritual y social, desde "la nebulosa hasta el hombre", según frase ambiciosa, todo está sometido a la ley que define como "la integración de la materia y la disipación concomitante del movimiento por la cual la materia pasa de un estado de homogeneidad indeterminada e incoherente a un estado de heterogeneidad determinada y coherente". Esta enunciación constituía la extensión de la ley de la conservación de la materia y de la energía a dimensiones no físicas de la realidad.

Comienza aplicando la ley al campo astronómico, donde parece cumplirse rigurosamente en la formación del sistema solar, según la hipótesis que Laplace le ofrece. En el mundo biológico se aplica el principio siguiendo la tesis transformista de Darwin: todo el proceso biológico es para él una constante adaptación de lo interno a lo externo, en lo que se va cumpliendo el paso de la homogeneidad indeterminada a la heterogeneidad determinada. Se traslada después a la esfera de la psicología, y considera a esta ciencia tomando los puntos de vista objetivo y subjetivo: desde el uno expone la adaptación de lo interno a lo externo, representando lo primero por la conciencia y lo segundo por los fenómenos fisiológicos; desde el otro trata positivamente del espíritu como ente subjetivo, lo que hubiera escandalizado a Comte, y explica

los más altos fenómenos de la psique siguiendo la propia ley de evolución. Cuando después aplica este principio al campo social y ético, desemboca en un individualismo radical, al que llega consecuentemente, dado que unos hombres logran mejor que otros su adecuación a lo externo. La adecuación justa constituye para él lo verdaderamente moral. La superioridad mental y moral consistirá, pues, en la mejor reacción frente al medio. El bien es el correcto ajuste a sus condiciones, y el placer el resultado del equilibrio entre el organismo y sus circunstancias ambientales. Y concluye exponiendo como la religión del futuro consistirá en una pasiva contemplación del Incognoscible —de cuyo "poder inescrutable" nada sabemos— por el hombre moral evolucionado.

Todo el proceso evolutivo que Spencer señala se caracteriza por ser **inconcluyente** y **mecánico.** La realidad es una máquina en marcha que no puede parar. Si el ciclo de la evolución y disolución terminara algún día, sería sólo para dar lugar a uno nuevo, que volvería a repetirse interminablemente. He aquí cómo de la nebulosa de Laplace hemos llegado al "eterno retorno" de Nietzsche.

La profesión de Ingeniero debió influir en la filosofía de Spencer e inclinarlo a aceptar teorías como la de Laplace, grata a su mentalidad de físico. Asimismo su fórmula de evolución, al reducirse a desplazamientos materiales regidos por leyes de la mecánica, no es otra cosa que una nueva versión de la ley de la conservación de la energía, siendo éste, en el fondo, el único principio que aparece, aunque inversamente tomado, pues todas las teorías de la evolución presenta lo dinámico y vital como la realidad primera, y lo mecánico como una segunda realidad. Spencer hace lo contrario, e incluye toda la evolución biológica, psicológica, moral y social en una fórmula donde no aparecen más que actos mecánicos.

Se le ha objetado también en el sentido de que entre el darwinismo que este filósofo admite, y el progreso, en heterogeneidad de su fórmula de evolución, no hay verdadera consecuencia, pues puede ser muy bien que esta forma de variación no sea la que mejor se adapte al medio.

Las críticas más fuertes han sido, quizás, las que se le hicieron, a raíz de publicados "Los Primeros Principios", tildando su sistema de materialismo metafísico. El niega esa impugnación y proclama que siempre queda en el fondo de toda realidad un misterio último, afirmando que no puede ser materialista una tesis que afirma el conocimiento relativo del mundo, que, como tal, es sólo conocimiento de relaciones.

4.—A pesar de que la doctrina de Spencer aparece ser la síntesis de las más heterogéneas ideas —no siempre correctamente acopladas— poseyó un poderoso atractivo en su época, proveniente, por un lado, de la audacia de su pensamiento, y por el otro, del carácter positivo que dió a su sistema, escudándose en el prestigio científico de las leyes de la mecánica que aparecen regirlo.

Cuando Spencer muere en 1903 había expuesto el temor de que su obra se hubiere ejecutado en vano. Mas nunca es vana la labor de un hombre sincero que busca la verdad.

Como el evolucionismo spenceriano conmovió al mundo al final del pasado siglo y provocó largas polémicas, sobre todo por lo que podía afectar con sus pronunciamientos a los principios de la religión cristiana, especialmente la católica, ha sido muchas veces aclarado por voceros autorizados de ésta, que la religión católica no se opone al evolucionismo, en cuanto transformismo, ni aún en cuanto forma general de explicación de la realidad, ni tampoco como progreso, sino cuando esas explicaciones se transforman en monismo materialista, desconociendo la existencia de Dios como ser trascendente, y al alma como algo distinto y no proveniente de la materia.

La teoría del origen del hombre mediante la evolución de las especies podrá ser impugnada por otras razones, pero en nada afecta los principios de la religión ya citada, si reconoce aquellas limitaciones. El Cristianismo sabe que Dios hizo al hombre, pero desconoce cómo lo hizo y pudiera ser la evolución el procedimiento empleado para ello.

Cuando el evolucionismo spenceriano expone el concepto de lo Incognoscible, está salvándose, a nuestro juicio, de su aparente monismo materialista. Lo Absoluto está en el fondo de todo, y es

la causa última; la evolución no viene a ser, consecuentemente, más que la causa segunda.

En nada se afecta la grandeza de Dios porque se le estime principio y no medio, pues como dice el propio Santo Tomás: "Es de más gloria crear causas que crear efectos".

DISCUSION

DR. MAÑACH: ¿Desea el Dr. García Bárcena hacerle alguna pregunta a su compañera de disertación?

DR. GARCIA BARCENA: Le voy a hacer una pregunta cuya respuesta hasta cierto punto dejó esbozada, pero quizás no categóricamente respondida. La Dra. García Tudurí es una católica militante, no solamente desde el punto de vista teórico sino práctico. Me interesaría saber hasta qué punto ella considera que el evolucionismo como principio general de explicación pueda estar de acuerdo con su doctrina católica y hasta qué punto puede estar en contradicción con ella.

DRA. GARCIA TUDURI: Con mucho gusto voy a contestar al Dr. García Bárcena. El evolucionismo, como cambio, no se opone a ninguna religión, a mi juicio, y menos a la religión católica. Ya dije y repito ahora que estuvo siempre en la mente de los Padres de la Iglesia, de los propios escolásticos, de los pensadores católicos modernos y contemporáneos, la tesis del cambio, la tesis llamada evolucionista en ese sentido amplio. De modo que no tengo ninguna objeción que hacer a ella. En cuanto al transformismo, que es el punto al que él se ha referido en su disertación, claro, hay un poco de repugnancia siempre en la aceptación del puro transformismo, y me he preguntado muchas veces por qué los transformistas han puesto tanto énfasis en el parecido órganico y morfológico de los seres para establecer la escala zoológica, y no, por ejemplo en el parecido psíquico. Han desconocido completamente la esfera psíquica en este caso. Yo encuentro que hay más parecido entre ciertos animales que no están inmediatamente unidos al hombre y el hombre mismo, por ejemplo, entre el pitirre y algunos hombres, que entre los monos antropoides y él. De modo que como tesis científica es muy interesante, pero tiene para mí siempre grandes objeciones, desde luego, mucho más serias, que hacerle en todo momento.

DR. MAÑACH: ¿Eso significa, Dra. García Tudurí, que usted se inclinaría a una interpretación figurativa o simbólica del Génesis, del libro del Génesis?

DRA. GARCIA TUDURI: Seguramente.

DR. BEGUEZ CESAR: Yo quisiera que usted me estableciera una diferencia sustancia, de fondo, entre el monismo del idealismo alemán que

se forma alrededor de la doctrina de Darwin y ese monismo materialista a que usted hace referencia.

DRA. GARCIA TUDURI: El monismo materialista sostiene como tesis la existencia única, exclusivamente, de la materia y que todo lo que deviene después es una evolución de esa materia última, de modo que no existe más que la materia y las demás cosas son consecuencias de ella. Esto figuró en la mente de casi todos los naturalistas del siglo pasado. En cambio, para el idealismo alemán no había materia como origen, sino más bien era la idea lo que se desenvolvía. En vez de ser un monismo materialista, debió ser un monismo idealista en ese caso, porque no era la materia el origen de todo, sino la idea. Supongo que eso es a lo que usted se ha referido.

DR. DE LA MATA: He sentido siempre profunda simpatía por la obra filosófica de Herbert Spencer, porque me ha parecido que ha sido uno de los filósofos más honrados, más sinceros. Esta sinceridad quizás es la que le lleva a hablar de lo incognoscible y pienso que no hay un sentido religioso en eso. Creo, sencillamente, que Spencer señala un límite al conocimiento del hombre y acepta condiciones no conocidas por el hombre; pero que no tiene por qué dársele una interpretación de tipo religioso.

DR. BEGUEZ CESAR: Dra. García Tudurí, usted nos ha hablado varias veces de un monismo realista, ¿es cierto?

DRA. GARCIA TUDURI: De un monismo materialista.

DR. MAÑACH: No es una pregunta, pero es un comentario muy interesante.

DR. DE LA MATA: Es una pregunta: si ella piensa que en ese sentido hay una filiación religiosa en la obra de Spencer o no?

DR. MAÑACH: Está bien. Esa es una pregunta, pero no la había formulado el Dr. de la Mata, hasta ahora.

DRA. GARCIA TUDURI: Le quiero contestar al Dr. de la Mata diciéndole que todo hombre que reconoce un absoluto (porque no es cuestión de nombre, Dr. de la Mata, la fiebre no está en la ropa sino en el enfermo) todo hombre que señale un absoluto está señalando a Dios, llámele como le llama después a ese absoluto.

DR. DE LA MATA: Yo no había pensado en ningún momento que Herbert Spencer habla de un absoluto, sino de lo incognoscible.

DRA. GARCIA TUDURI: Es que el Dr. de la Mata no debe haber leído a Spencer, porque él dice en muchas ocasiones que ese incognoscible es lo absoluto.

DR. GARCIA BARCENA: El habla de lo absoluto y dice que tenemos que pensar en lo absoluto por lo mismo que vivimos en un mundo de relatividades. Y entonces, claro, es incognoscible ese mundo absoluto; él se declara agnóstico, pero reconoce lo absoluto.

SR TEOBALDO PASCUAL: Felicito a la Dra. García Tudurí y me congratulo de haber oído su magnífica disertación, lo mismo que por haber oído al Dr. García Bárcena, a quien también felicito. Yo quisiera

que se hablara de un biólogo a quien mencionó el Dr. García Bárcena: Lecomte de Nouy, sobre estos asuntos de la evolución y una hipótesis que él presenta del télesis finalismo, en la cual parece que Dios está en el principio de la evolución dirigiéndola hacia el final de ella; esperándola y, en el mismo proceso, manejándola. Yo quisiera oir. hablar de eso.

DR. GARCIA BARCENA: Como esa es una pregunta para mí, yo se la voy a contestar. Lecomte de Nouy dice que la evolución tiene su línea, que desemboca justamente en el ser humano. Es decir, que los demás seres vivientes, todos los animales que conocemos, que no han evolucionado y que no corresponden a la línea del hombre, son, según la expresión de él, "fósiles vivientes", que es una expresión muy gr.fica; son fósiles vivientes, no están en la línea de la evolución. La línea de la evolución es el hombre, y justamente él critica el darwinismo diciendo que la adaptación y la selección natural y la herencia de variaciones adquiridas son instrumentos de la evolución, pero pueden no serlo y por lo tanto no pueden hacerse sinónimos de evolución.

Emeterio S. Santovenia

Lincoln y la Guerra de Secesión Norteamericana

EN el año de 1860 el Partido Republicano, en formación desde hacía mucho tiempo, tenía adquiridos crecimiento y fuerza que le permitieron entrar en la lucha electoral con posibilidades y esperanzas de triunfar del Partido Demócrata, viejo usufructuario del poder público en los Estados Unidos de América, muy arraigado en la conciencia nacional, pero a la sazón sujeto a las consecuencias de profundos trastornos internos. En el Partido Republicano militaba Abraham Lincoln, quien, de origen humildísimo, varias veces miembro de la Legislatura de Illinois y durante un período de la Cámara de Representantes de la Unión, había alcanzado reputación nacional en 1858, cuando, discutiendo con el famoso político Stephen A. Douglas la dignidad senatoria de Illinois, sostuviera un gran duelo oratorio acerca de la soberanía de los Estados y la naturaleza y el alcance de la esclavitud de las razas de color. En esta ocasión Lincoln había mordido el polvo de la derrota comicial, logrando su vigoroso rival, el gigantuelo Douglas, continuar en el Senado de la Unión, mas el abogado salido de las praderas de Illinois quedó en posesión de muy sólidos prestigios.

La Convención Nacional del Partido Republicano, reunida en Chicago, adoptó acuerdos favorables a estos fines: a) rechazar la pretensión que atribuía a la Constitución la responsabilidad de extender la esclavitud a los Territorios como consecuencia de la índole de los mismos; b) establecer que la condición normal de los Territorios era la libertad de sus pobladores; c) negar

que el Congreso u otras personas jurídicas o naturales tuviesen potestad para dar carácter legal a la condenable institución donde previamente ella no existiera. Abraham Lincoln, notificado de que la Convención lo había nominado candidato presidencial, meditó durante dos días, al cabo de los cuales redactó y firmó el documento de aceptación, en el que aprobó la declaración de principios y sentimientos acordada en Chicago, invocó los derechos de los Estados, de los Territorios y del pueblo de la Nación, recordó la inviolabilidad de la Constitución, encareció la unión, armonía y prosperidad perpetuas de todos e imploró la asistencia de Dios para que su vida y sus empeños llegasen a ser factores determinantes de tan elevados anhelos. Las opiniones prevalecientes en la Convención Nacional del Partido Republicano y las de su candidato coincidían en moderadas aspiraciones acerca del candente conflicto suscitado por el mantenimiento de un régimen social que desconocía la letra y el espíritu de la Declaración de Independencia, según la cual todos los hombres salían iguales y libres de las manos del Creador. Esas moderadas aspiraciones se dirigían a estorbar la expansión del trabajo servil de parte de la población, pero sin llegar a contemplar la total abolición de la esclavitud.

La división del Partido Demócrata hizo posible la elección presidencial de Lincoln, que, aunque no obtuvo la mayoría absoluta de los votos emitidos, alcanzó, en cambio, más que cualquiera de sus dos contendores. La victoria de Lincoln produjo una conmoción general, no ya en sus adictos, sino, tanto como en éstos o más que en ellos, en sus adversarios, que se vieron abocados a la ruina de los privilegios y abusos sociales añejos a su larga prepotencia política. En el Sur, asiento de la esclavitud de la raza africana, muchos tenían a Lincoln por un simple radical, enamorado de la igualdad de todos los hombres, o por un mero republicano, conductor de un partido cuyo programa incluía el aislamiento de las tierras esclavistas. En realidad, el propio Lincoln nutría la idea de que la diferencia esencial entre sus contrarios y su grupo consistía en que ellos consideraban que la esclavitud era un sistema muy conveniente y digno de extenderse y él y los suyos la veían como un mal que debía ser restringido y al cabo extinguido.

En la elección de Lincoln culminó un viejo pleito nacional, en el que las partes litigantes eran las dos principales secciones geográficas de los Estados Unidos, históricamente conocidas por el Sur y el Norte. Ciertamente, no era la esclavitud el único motivo de la discordia. También se hallaban en discusión —una discusin tan antigua como el advenimiento de la Unión— graves intereses económicos. El Norte era industrial. El Sur, agrícola. El antagonismo entre la industria y la agricultura —entre una industria creciente y pujante y una agricultura basada en el trabajo servil— resultaba no menos peligroso que el agrio debate movido por la subsistencia de la esclavitud y el deseo de extinguirla. De todas suertes, el triunfo del Norte, vinculado en Lincoln, fué un acontecimiento llamado a ser decisivo, como se vió, poco más de un mes después de los comicios, cuando la Carolina del Sur, por medio de sus órganos constitucionales, declaró disuelto el pacto federal, contenido en la ley de leyes de la Unión. Con semejante rebeldía, frente a los Estados Unidos de América, empezaron a formarse los Estados Confederados de América. La secesión de la principal nación del Nuevo Mundo, una de las primeras potencias del Universo, se hallaba en marcha.

El predecesor de Lincoln en la presidencia de los Estados Unidos de América nada hizo para confunidr o dispersar a los enemigos del pacto federal. La conspiración secesionista trabajó sin cortapisas. Con ella enseñoreada del Sur, bajo el régimen pautado por la constitución de Montgomery y bajo el gobierno presidido por Jefferson Davis, asumió Lincoln, el 4 de marzo de 1861, la máxima magistratura de la Unión. En su discurso inaugural, monumento de prudencia política, el Presidente sostuvo la constitucionalidad de sus deberes y la inconstitucionalidad de la actitud de quienes se rebelaban contra un pacto que ellos por su sola voluntad no podían romper y anunció que no se hallaba en su ánimo atacar directa ni indirectamente la institución de la esclavitud en los Estados donde existía. Pero no ocultó su decisión de defender los derechos y las propiedades de los Estados Unidos de América, tales como se encontraban integrados en el momento de su elección, por todos los medios a su alcance. En el ejercicio de esta fundamental obligación —resuelto, sin embargo, a que el

primer disparo no partiese de sus filas— se mantendría con inalterable firmeza hasta conseguir que recobrase su total cohesión la obra de los padres de su patria.

Una de las primeras providencias adoptadas por Lincoln al quedar instalado en la Casa Blanca fué la enderezada a dar nuevo tono a las relaciones internacionales. Respeto de Europa, comprendió —y empezó frenando impulsos del Secretario de Estado— que debía proceder con extremada prudencia, dada la gravedad de la situación que creaba la secesión. Cuanto a América, trazó normas de conducta destinadas a inspirar confianza en las naciones latinoamericanas, que, maltratadas hasta fechas entonces recientes por ciudadanos y gobiernos de los Estados Unidos, él quería que de éstos fuesen tan amigas como vecinas. El caso de México, amenazado en su territorio por una invasión armada de Europa y en sus instituciones políticas por la importación de una monarquía, sirvió para evidenciar la buena ley de las convicciones interamericanas de aquel que a mediados del siglo había levantado su voz en el Capitolio de Washington para condenar severamente la guerra de agresión de su país contra la república limítrofe.

Como Lincoln había previsto, el primer disparo fratricida salió de la gente del Sur. En la mañana del 12 de abril de 1861 el cañonazo anunciador de la guerra civil hizo blanco en el Fuerte Sumter, en la bahía de Charleston, caído al cabo de varias horas en poder de los rebeldes al pacto federal. Ya se sabía cómo iba a reaccionar el Presidente: él había dicho con claridad que las fuerzas materiales y morales de la Unión serían empleadas en defender su integridad. Lincoln se apresuró a asumir las funciones de Comandante en Jefe, que le estaban atribuídas por la Constitución, y empezó llamando a las armas a los hombres que consideró necesarios para repeler la fuerza con la fuerza.

En el desarrollo del conflicto bélico Lincoln tuvo que afrontar con pareja energía la secesión del Sur y la incapacidad de muchos de los jefes militares que le debían obediencia. Durante semanas y meses que parecieron años interminables se hallaron sometidas a recia prueba la paciencia y la comprensión del triste contra quien dirigían reproches y acusaciones los inconformes por la lentitud

o la inhabilidad de los encargados de conducir las tropas de la Unión. Por otra parte, no estaba en manos del Presidente evitar la malquerencia de las potencias europeas, empeñadas en crear dificultades al Norte, como se vió en la burla del bloqueo de los puertos del Sur decretado por Lincoln, abiertamente favorecida por las autoridades españolas de Cuba.

Aunque la lucha entre el Sur y el Norte se mantenía en torno al pacto federal, negado por los rebeldes, llevaba en sí la cuestión de la esclavitud. Lincoln iba meditando insistentemente sobre esto, ganoso de llegar a una solución acorde con sus ideas acerca de la libertad humana. Pero el estadista necesitaba sopesar los diversos factores comprendidos en el conflicto bélico. El famoso periodista Horace Greeley, atacándolo, le ofreció ocasión propicia a la exposición de sus opiniones. Lincoln fué explícito. Quería salvar la Unión por el camino más corto dentro de la Constitución. Si había quienes no aspiraban a salvar la Unión sin acabar con la esclavitud simultáneamente, él no se hallaba de acuerdo con ellos. Su objetivo esencial consistía en salvar la Unión, y no en salvar o destruir la esclavitud. Si podía salvar la Unión sin emancipar un solo esclavo, lo haría. Si podía salvarla emancipando a uno y dejando a otros como estaban, lo haría. Si podía salvarla manumitiéndolos en su totalidad, lo haría. Lo que hacía respecto de la esclavitud y de las razas de color era fruto de la creencia de que ayudaba a salvar la Unión. Las restricciones a que sometía las posibilidades emancipadoras eran hijas de honda reflexión y cabal sabiduría. Lincoln manejaba una gran verdad, la verdad de que era menester conservar la Unión para poder llegar a la extirpación de la inicua lacra social.

El desarrollo de la guerra civil, transida de hondísimo conflicto social, facilitó la ejecución de los mejores planes de Lincoln. desde mediados de 1862 él, en conmovedor diálogo con el Todopoderoso, acarició la idea de dar un enorme paso hacia adelante en la necesidad de romper las cadenas que arrastraban millones de seres humanos. Se había prometido celebrar con un acto de misericordia la esperanza de que la Unión no pereciese, y el 22 de septiembre, tras la victoria por sus tropas logradas en Maryland, firmó la proclama que, entre otros pronunciamientos, conte-

nía el de que a partir del 1º de enero de 1863 todos los esclavos existentes en cualquier Estado en guerra contra el pacto federal quedarían libres. Esto constituyó el principio del fin total de la que pareciera servidumbre perpetua de parte de la población nacional. A semejante victoria moral sucedió la de carácter político representada por el breve discurso pronunciado por el Presidente en Gettysburg, definidor de la democracia como el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Y aquel avance social y esta afirmación política quedaron solidados el día en que el Comandante en Jefe, poniendo a la cabeza de los ejércitos federales a Ulysses S. Grant, elevado a la categoría de Teniente General, dió con el hombre insigne que durante casi tres años había buscado para asegurar el triunfo de sus armas.

El cruento conflicto bélico no interrumpió el ritmo constitucional de los Estados Unidos. En la ocasión en que los poderes públicos de la Unión debían renovarse el Partido Republicano de nuevo nominó a Lincoln candidato a la Presidencia. La jaculatoria enderezada a obtener de Dios que bendijese a Abraham Lincoln era expresión entreveradas en la política del Norte. Lincoln llegó a creer en agosto de 1864 que él sería vencido por George B. McClellan, su contrincante en los próximos comicios. Entonces el clarisimo varón adoptó una actitud grandiosa: firmó, lacró y guardó un documento, que sus colaboradores constitucionales, sin leerlo, se comprometieron a respetar y cumplir, por el cual su gobierno, en siendo él derrotado, trabajaría anhincadamente al servicio del llamado a la sucesión. Al cabo, Dios bendijo a Lincoln, y la Nación lo mantuvo, por votación superior a la de 1860, en la máxima magistratura.

En los primeros meses de 1865 Lincoln sancionó la ley contentiva de la enmienda constitucional que proscribió la esclavitud y el trabajo forzado no impuesto por sentencia judicial en los Estados Unidos y en cualquier otro lugar sujeto a su jurisdicción, inauguró su segundo período con palabras que hablaron del anhelo de seguir trabajando sin malicia para nadie, con caridad para todos, y vió cómo las huestes acaudilladas por Grant precipitaron la rendición de las conducidas por Robert E. Lee, el gran general del Sur. Así terminaba la guerra de secesión norteamericana,

la más costosa y sangrienta de cuantas la Historia conocía. Al Presidente quedaba la doble tarea de acelerar la reconstrucción material del país, en muchas partes enteramente devastado, y de curar las profundas heridas morales de su población, sacudida hasta en sus entrañas. Era lo adecuado para completar los magnos esfuerzos que habían culminado en tres soluciones fundamentales: el mantenimiento de la integridad de la Unión, la total abolición de la esclavitud de millones de humanos y el nuevo trato ideado para acendrar las relaciones de los Estados Unidos con las naciones de que ellos debían ser tan amigos como vecinos.

Como dijo uno de los más fieles seguidores de Lincoln, ya éste sólo podía ofrecer a la Patria y a la Humanidad un sacrificio adicional: el de su vida. Y la Providencia le otorgó tamaño privilegio permitiendo que una mano alevosa, la mano de un insano, disparase la mortífera bala que se alojó en la noble cabeza que había albergado infinitos pensamientos henchidos de amor y misericordia. De esta manera llegó a insospechada glorificación, por lo extremo del sacrificio, la historia de Lincoln y la guerra de secesión de los Estados Unidos de América.

DISCUSION

DR. MAÑACH: ¿Desea alguno de ustedes interrogar al Dr. Santovenia? Mientras se acerca el micrófono al Sr. Dumois, yo voy a hacerle una pregunta. La tesis marxista sostiene que todas las grandes mutaciones históricas son fundamentalmente el producto de condiciones de orden económico. ¿Cree Ud. Dr. Santovenia que una interpretación rigurosa de la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos corrobore esa tesis?

DR. SANTOVENIA: Tengo para mí que la abolición de la esclavitud de la raza de color en los Estados Unidos fué precipitada por la presencia en los altos destinos de esa nación de Abraham Lincoln, y basta conocer la índole del pensamiento y del sentimiento de Lincoln para comprender que sus acciones y reacciones humanas respondieron siempre, más que a intereses materiales, a conceptos morales. Indudablemente, en esa contienda famosa y sangrienta intervinieron factores materiales, y cabría en este caso aplicar, sino el materialismo histórico propugnado por Carlos Marx, sí la interpretación económica de la Historia, pero esencialmente, en lo que de Lincoln dependió y creo que Lincoln fué el factor determinante del aceleramiento de la abolición de la esclavitud. Fueron factores esencialmente espirituales los que dieron la solución final.

DR. MAÑACH: A parte de la actitud y de la acción de Lincoln, doctor, ¿cómo compararía usted el relieve que tuvo el movimiento abolicionista de tipo romántico, espiritual, con la presión de esas fuerzas económicas a que usted se refiere? ¿Cuál de los dos factores considera usted que fuese más decisivo?

DR. SANTOVENIA: Creo que en ese momento fué más decisivo el abolicionismo que el Dr. Mañach llama "romántico".

SR. FRANK DUMOIS: Dr. Santovenia, ¿hay algún movimiento anti-esclavista en los Estados Unidos anterior al de Lincoln, en la Guerra de Secesión?

DR. SANTOVENIA: Desde luego, un largo movimiento, tan antiguo como la propia independencia. Es sabido que en la Convención de Filadelfia, donde se discutió y adoptó la Constitución de los Estados Unidos de América, uno de los motivos de mayores discordias, que llegaron hasta a comprometer la Constitución de la nación, fué la esclavitud, y un hombre tan notable en la creación de los Estados Unidos como Jefferson, se anticipó, en dos tercios de siglo o más, a Lincoln en buscar fórmulas para dar por terminada la esclavitud de la raza africana en los Estados Unidos. Lincoln concibió, cuando ya se vió clara la abolición, la idea de no someter a la población de color de los Estados Unidos a vejámenes que desgraciadamente aún hoy sufre por incomprensión de los blancos, y tuvo la idea de sacar a la población de color, en aquella parte en que así lo quisiera, del país y fomentar colonias en otras partes de América y hasta en Liberia. Ensayó una colonia en Haití y quiso ensayar otras en la América del centro. A todo eso se había anticipado Jefferson. La idea no era genuinamente original de Lincoln, sino de Jefferson, y era natural que fuese de él y de otros que fueron continuadores suyos en las ideas democráticas y liberales, porque como Jefferson había sido el redactor de la declaración de Independencia, no podía él, ni lógica ni humanamente, sostener la supervivencia del trabajo servil de parte de la población en un país donde se declaraba que todos los hombres habían sido hechos por el Creador, absolutamente libres e iguales.

DR. BEGUEZ CESAR: Dígame, doctor Santovenia, ¿qué consecuencias morales, políticas y sociales, deduce usted del Discurso de Gettisburg, en relación con la política actual que se sigue en los Estados Unidos con la raza de color?

DR. SANTOVENIA: Creo yo que el Discurso de Gettisburg tuvo más carácter político que social, y que miró, más que a la subsistencia de los Estados Unidos, a la convivencia de las naciones, y dentro de las naciones, al imperio de ese tipo democrático que Lincoln definió empleando conceptos muy antiguos de fuera de su país y de su país, como el de gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Creo que la política que el Presidente Truman ha querido seguir en los Estados Unidos, con sus llamadas Leyes civiles, restauradoras de los derechos de la raza de

color en la Unión, responde a los ideales supremos de Lincoln, que, desde luego, están dentro de las ideas universales del discurso de Gettisburg, pero sin que crea yo que este discurso fuese concebido para prohijar o amparar las ideas de Lincoln favorables a la abolición de la esclavitud. En aquel momento se estaba discutiendo la soberanía de los Estados, se estaba discutiendo el Pacto federal; el Pacto Federal respondía a la voluntad de la mayoría de los Estados, y Lincoln desde siempre sostuvo que el Pacto Federal no podía ser disuelto sino por la voluntad de la mayoría de los que lo habían acordado.

DR. DE LA MATA: Dr. Santovenia, tenía pensado hacerle dos preguntas a propósito de este tema tan interesante, pero una ha sido hecha ya por el Dr. Mañach, a propósito de otras causas que no fueran de tipo económico dentro de la Guerra de Secesión. La otra pregunta es ésta: ¿Qué importancia tuvo la actividad de Cuba en la Guerra de Secesión? ¿De qué forma pudo intervenir Cuba en la Guerra de Secesión?

DR. SANTOVENIA: Cuba pudo intervenir en la Guerra de Secesión de dos maneras, e intervino. Una, por la vía oficial, que estaba en manos, naturalmente de las autoridades españolas de la Isla, amparando como ampararon el refugio de los barcos del Sur que burlaban el bloqueo decretado por Lincoln. Esto dió motivo a una grave controversia entre España y los Estados Unidos, al extremo de que en el año de 1862 estuvo a punto de surgir la Guerra entre las dos naciones, porque España sostenía que las aguas jurisdiccionales de Cuba se extendían a 6 millas, y el gobierno de Washington sostenía que estaban limitadas a 3 millas, como el Derecho Internacional generalmente reconocía. La otra vía por la cual pudo Cuba influir en la Guerra de Secesión, aunque parezca un poco jactancioso decirlo, en boca de un cubano, fué por el aliento que los liberales de Cuba, cubanos y algunos españoles, como el director de "La Prensa" de la Habana, dieron a Lincoln con una propaganda intensa que se hizo en la Isla y que Lincoln conoció, favorable a la causa del Norte y a las soluciones que Lincoln iba dando a la preservación de la Unión y a la abolición de la esclavitud.

SR. OTTO JAHKEL: Dr. Santovenia, por causalidad Lincoln alguna vez se enteró de todos los desmanes que contenía el plan que se llamaba "Anaconda" de las tropas del Norte, que cometían arrasando ciudades en el Sur?

DR. SANTOVENIA: Seguramente que se enteró y que trató de corregirlo, pero Lincoln fué, como Jefe de Estado, quizás el más atormentado en sus funciones públicas, porque tenía que vencer a los adversarios declarados, que eran los secesionistas, además la incomprensión y las demasías de hombres de su propio bando.

DR. MAÑACH: Bien, con esto podemos ya dar por terminadas las preguntas. Muchas gracias, Dr. Santovenia.

José Manuel Pérez Cabrera

El Proceso de Hispano América

América Latina después de la independencia: el caudillismo y la organización y el desarrollo de los Estados

CONCLUIDA la guerra de emancipación —la rota decisiva de Ayacucho tuvo lugar el día 9 de diciembre de 1824— los pueblos de América Latina, divididos y rivales a pesar de los esfuerzos unificadores de Bolívar, pasan por una época común de duros trastornos intestinos —pronunciamientos, golpes de estado, guerras civiles— de más o menos duración y amplitud según los diversos países, situación que desemboca casi siempre en ásperas dictaduras ejercidas a menudo por los propios héroes de la gesta libertadora, "los generales de la independencia", como los llamó, con frase que ha hecho fortuna, Clement R. Markham.

Las causas profundas de esos trastornos, de esa situación de peligrosísima anarquía política, podemos y debemos buscarlas en el **pasado histórico,** en el **complejo racial** y en la **influencia de los factores geográficos y culturales** que gravitan sobre la integración y el desarrollo de los pueblos de América Latina.

La **lección del pasado,** europeo y americano, era propicia al establecimiento de la opresión y de la violencia como normas de gobierno. Emperadores y caciques indígenas; reyes absolutos y virreyes y capitanes generales revestidos de amplísimas facultades, eran los únicos modelos respetados y conocidos. Alejados de la administración y del manejo de los negocios públicos, esa grave **falta de tradiciones políticas** puso además a los recién emancipados colonos en el duro trance del gobierno propio sin aquella preparación cívica, aquel adiestramiento paulatino que permitió

a los pobladores de las colonias inglesas superar, en breve plazo, las confusiones y los desórdenes inevitables en todo cambio substancial.

Durante la larga y mortífera guerra de independencia, los caudillos militares se habían habituado asimismo a proceder sin la intervención y la vigilancia de un gobierno regular; de ahí que, lograda la emancipación, los generales victoriosos quisieran y lograran detentar el poder sin trabas ni cortapisas embarazosas, y los héroes populares y aclamados se convirtieran, muy pronto, en dictadores odiados y combatidos.

El **complejo racial** de los pueblos latinoamericanos fué también fuente de disturbios y de dificultades. Blancos criollos, en franca minoría en casi todas partes, y numerosísimos indios, mestizos, negros, mulatos y zambos, componían la población de los diversos países, impidiendo con su heterogeneidad y sus distintas y a veces antagónicas aspiraciones el establecimiento de una vida políítica ordenada y regular.

Los **factores geográficos y culturales** —enormes y empinadas cadenas de montañas, desolados desiertos, llanuras dilatadísimas, selvas impenetrables, falta casi general de instrucción y fanatismo de las masas populares—, favorecen y explican lo que se ha dado en llamar el **caciquismo, personalismo o caudillismo,** en otras palabras, la existencia y multiplicidad de jefes y jefecillos locales o regionales. Los factores geográficos y culturales —factores negativos que tendían al aislamiento— imposibilitaron la integración y el desarrollo inmediatos de comunidades políticas fuertes y resistentes, y dieron nacimiento en cambio a numerosas agrupaciones locales, que se constituyen alrededor de un hombre audaz (el **caudillo**), al cual únicamente respetan y siguen las masas ignorantes y fácilmente sugestionables.

Esa dura, patente realidad transforma la vida política en una áspera y a veces sangrienta **lucha de individuos,** generales y civiles ambiciosos y sin escrúpulos que le dan tono y matiz a esta época inicial de las flamantes repúblicas latinoamericanas.

Ahora bien, apresurémonos a consignarlo, esas luchas de personas solían encubrirse y disimularse bajo la máscara de pugnas de partidos o de principios. Más, como ha escrito Luis Alberto

Sánchez, "no nos equivoquemos con los marbetes, ni nos dejemos enredar por las palabras". Conservadores y liberales, centralistas y federalistas, no son sino "distingos casuísticos para disfrazar la voluntad caudillesca", y **colorados** y **blancos**, en el Uruguay de Rivera y Oribe, y **pipiolos** y **pelucones**, en Chile, "encubren ante todo propósitos personalistas".

Pero ciertos rasgos comunes, fácilmente acusables, animan y mueven las tendencias o agrupaciones políticas. Los conservadores representan y defienden los cuantiosos intereses de los grandes terratenientes y de la aristocracia blanca, los privilegios e inmunidades de la religión y del clero católico y son opuestos a la inmigración de los extranjeros, que estiman peligrosa e indeseable; los **liberales**, a su vez, propugnan la igualdad social, las libertades políticas y de culto, la creación de instituciones progresistas y democráticas y la apertura de los países a la inmigración extranjera, que no temen. Los **federalistas** reclaman el establecimiento de una forma de gobierno análoga a la que rige los Estados Unidos; los **centralistas** o **unitarios** prefieren el sistema francés, que concentra en la capital los elementos y organismos de gobierno.

Por lo general, los conservadores fueron centralistas y los liberales, federalistas; pero hubo numerosas y señaladas excepciones. En la República Argentina, por ejemplo, la ciudad de Buenos Aires, que era liberal, fué también centralista o unitaria; de ahí la larga y ardua pugna que sostuvo con las provincias, celosas partidarias del régimen federal.

El caudillo —el caudillo poseído de su misión o de su papel— gusta de presentarse como el salvador de su país y se hace dar o acepta pomposos títulos de reconocimiento: **Protector de la Constitución, Restaurador de las Leyes, Pacificador**, Libertador. Instruído o inculto, instintivo y brutal a menudo en sus acciones y en sus reacciones, con frecuencia fanático, por lo general impresionable, de carácter voluble en ocasiones, el caudillo despliega, a juicio de Francisco García Calderón, una audacia heroica y una perpetua y viril vigilancia que le permiten manejar y conducir a su pueblo y hasta ser endiosado por él, a la par que, producto de su intolerancia y de su fanatismo, alcanza sus victorias,

como los reyes antiguos, con el exterminio implacable de sus adversarios.

A veces el caudillo, como el Dr. Gaspar Rodríguez de Francia en las páginas de **El Supremo**, la gran novela de Edward Lucas White, cree que la obligación del gobernante está en procurar a su modo la felicidad y el bienestar de su pueblo, dándole, no lo que el pueblo quiere y reclama, sino aquello que el propio dictador considera bueno y provechoso para su país, y maravillándose a la postre de que el pueblo —su pueblo— no quede satisfecho y agradecido.

Pero a pesar de sus evidentes desaciertos y de sus imperdonables crímenes sería contrario a la verdad y a la justicia de los hechos, no reconocer que los caudillos han desempeñado un preeminente papel en la organización y progreso de las nacionalidades latinoamericanas. "Personalidades potentes y originales, enérgicos conductores de hombres como Napoleón, y, como él, organizadores y fundadores de instituciones perdurables", les ha llamado un conocido y bien documentado historiador francés. Y un distinguido profesor y publicista cubano, muerto en plena floración de su talento, Juan Clemente Zamora y López-Silvero, que examinó con criterio materialista la ardua pugna sostenida entre la dictadura burguesa, nacionalista y centralizadora, y el caudillismo regionalista y feudal, en tierras americanas, no vacila en escribir que las dictaduras del siglo XIX, que no debemos confundir con otras situaciones de fuerza más recientes y sin excusas, "tienen la misma génesis que los monarcas absolutos de Europa" y han cumplido "la misma misión histórica que Luis XIV en Francia, Enrique VIII en Inglaterra, Yoritomo en el Japón, o Amenemhet I en Egipto".

Tales fueron, en México, López de Santa Anna; en Venezuela, Páez; en Colombia, Santander y Mosquera; en Ecuador, Flores; en el Perú, Gamarra; en Bolivia, Santa Cruz; en Chile, Freire y Portales; en Argentina, Rosas; en Uruguay, Rivera y Oribe; en Paraguay, el Dr. Francia; cuyas dramáticas y poderosas existencias aún apasionan y dividen la opinión de los historiadores y de los pueblos.

Luis Alberto Sánchez, para quien sería un grave error "pretender encasillar el lapso que sigue a la consolidación de la independencia entre dos fechas exactas", se ve precisado sin embargo a admitir, como límite prudencial de esta época interesantísima —la época del **caudillismo nacionalista**— el año crítico de 1848, que marca, a su juicio, el comienzo de una nueva etapa histórica, a lo largo de la cual los países americanos definen y desarrollan su peculiar fisonomía como estados.

La nueva era que se abre, y que podemos extender hasta 1868, el propio notable escritor reconoce que es "el medio siglo más fecundo de la historia americana". A las encendidas pugnas de partidos ya las enconadas guerras civiles que le siguen, súmanse ahora graves conflictos internacionales que amenazan la integridad territorial y aún la propia independencia de los países americanos. Nuevas ideas y reivindicaciones desconocidas hasta entonces, van a informar y animar la segunda mitad del siglo XIX; pero a pesar de las frecuentes disensiones y de las guerras, el movimiento en pro de la solidaridad continental, ambición legítima de los más avisados y generosos espíritus americanos, toma cuerpo y vigor a fines del período.

Grandes figuras, disímiles en sus opiniones y en sus procedimientos, van a perseguir, con noble afán, objetivos fundamentales y semejantes. La pasión del nacionalismo estatal, que apunta el maestro Sánchez, alienta vigorosamente en las obras y en los programas de gobierno de estos hombres, y Juárez, en México; Rafael Núñez, en Colombia; Guzmán Blanco, en Venezuela; García Moreno, en el Ecuador; Castilla, en el Perú; Montt, en Chile; Sarmiento y Mitre, en la Argentina; Solano López, en el Paraguay; y el emperador D. Pedro II, en el Brasil; buscan, por distintos pero convergentes caminos, edificar y consolidar sus estados dentro de fuertes moldes nacionales.

A Benito Juárez, fundador del México moderno, le tocó la ingente tarea de despertar las dormidas energías de su pueblo y en una hora crítica de su historia, en la que corrían serios peligros de naufragio la integridad y hasta la independencia nacionales, supo "insuflarle la voluntad de vivir y de vivir libre", y frente a los quiméricos proyectos de Napoleón III, que quiso res-

taurar la monarquía mexicana en la persona del archiduque Maximiliano de Austria, se alzó, enérgico y magnífico, para demostrar a las potencias europeas y al mundo entero que las tierras vírgenes y codiciadas de América habían dejado de ser, de una vez y para siempre, gajes de desapoderadas ambiciones y de torcidos propósitos intervencionistas.

Una nueva agresión europea, el conflicto provocado por España con el Perú (1864) y después con Chile (1866), dió lugar a una corta guerra, que agrupó, en estrechísima colaboración, a los países de los Andes (Perú, Chile, Ecuador y Bolivia), frente a las absurdas pretensiones españolas, y a la que puso término feliz la prudente mediación de los Estados Unidos, y que sirvió para llamar otra vez la atención de las potencias europeas sobre la pujante voluntad americana de mantener, al precio de cualquier sacrificio, la soberanía y la libertad de los pueblos del Continente.

Por estos mismos años, un pequeño país americano, el Paraguay, sostiene él solo, durante casi cinco años, una lucha sin tregua y sin cuartel contra tres pueblos hermanos: la República Argentina, Brasil y Uruguay, dirigido y sostenido por un hombre de extraordinaria energía y de indudables talentos militares, Francisco Solano López, cuya loca aventura tuvo trágico final a orillas del Aquidabán, el día primero de marzo de 1870.

Otro conflicto interamericano, la guerra del Pacífico (1879-1883), donde Chile logra a la postre vencer a la coalición perúboliviana, y que tuvo por causas inmediatas un problema de frontera y una áspera cuestión económica, la cuestión del salitre, puso de nuevo en peligroso trance la paz y la seguridad americanas.

En 1889, el vasto imperio del Brasil, merced a un pronunciamiento sin resistencia y sin trastornos, se transformaba en una república federal y democrática. El Emperador, el sabio y comprensivo don Pedro II, fué embarcado para Europa en unión de la familia imperial. Dos notables poetas cubanos, Julián del Casal y Manuel Serafín Pichardo, cantaron, en sentidas estrofas, la despedida del Brasil a Don Pedro II y el melancólico adiós del depuesto emperador a su prodigioso y progresista país, que tanto le debía.

Un último acontecimiento, la pérdida de los últimos magníficos restos del gran imperio español (cese de la soberanía peninsular en Cuba y Puerto Rico), le pone fin al período que, lo hemos apuntado ya, tuvo sus inicios el año crítico de 1848, tan fecundo en agitaciones políticas y sociales europeas y americanas.

Pero a pesar de tantos conflictos internacionales y de tantas disensiones intestinas, la solidaridad latinoamericana, puesta de manifiesto cada vez que la soberanía de uno cualquiera de los países del Continente se ha creído amenazada o en peligro, y la más reciente y no menos animosa doctrina panamericanista, que aspira a la aproximación y al mutuo entendimiento de todos los estados americanos entre sí, cuentan, hoy por hoy, con entusiastas partidarios y celosos propugnadores, y en congresos y conferencias vibra y da vigorosas señales de vida la voluntad de América, de todas las Américas, de cumplir a plenitud los altos e importantes empeños que le tiene reservado el porvenir.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Supongo yo que, por lo pronto, el Sr. Reynoso querrá hacer alguna pregunta. El Sr. Reynoso tiene el micrófono.

SR. REYNOSO: Muchas gracias; tenía bastante urgencia de hacer esta pregunta. Con el mayor respeto hacia el Dr. Pérez Cabrera, vengo observando que casi todos los historiadores de Cuba, cuando tratan el problema de la América Latina, lo enfocan mirando desde el Caribe a través de Venezuela, de Colombia, de Ecuador, y se detienen casi todos en el Perú. Así que en el juicio que así se hace de la América, nos confunden a todos. Se dice que los generales victoriosos de la Independencia se erigen en dictadores, y el ejemplo máximo de renunciamiento es San Martín. Se dice que Rosas ha traído progreso a la Argentina, y no solamente acabó con el que ya existía sino que acabó hasta con las casas. Nos hierve la sangre cuando se nos juzga así, de una manera tan a lo Luis Alberto Sánchez, muy de biblioteca. La América Latina ha de estudiarse como lo hace el amigo Santovenia, como lo hacen casi todos los grandes historiadores, viajando. Nada más.

DR. PEREZ CABRERA: Yo no he mencionado a San Martín de exprofeso, por su renunciamiento, como tampoco he hecho el elogio de Rosas.

DR. REYNOSO: Cuando se hace el enjuiciamiento de que los Generales victoriosos de la Independencia se erigen en dictadores, y no se

hace la observación de que San Martín renuncia, que casi es el único que hay en toda la América, está comprendido que San Martín también es un dictador, y el San Martín, único General o único hombre civil que se puso las botas y supo renunciar a tiempo, no puede estar nunca enjuiciado entre los libertadores que empuñaron las espadas para someter a los pueblos.

DR. PEREZ CABRERA: Perdón, decía yo en mi conferencia lo siguiente: "Situación que desemboca casi siempre, no siempre, en ásperas dictaduras ejercidas a menudo, no siempre, por los héroes de la gesta libertadora.

SR. REYNOSO: Agradezco el "casi".

SR. CARLOS MARTINEZ: Doctor, usted ha hablado de varias guerras, sobre todo cuando Europa ha tratado de invadir América. Sin embargo, los Estados Unidos, cuando se han puesto en contra de Europa, quizás hayan sido un poco injustos, porque ellos mismos invadieron a México en una guerra. ¿No es así?

DR. PEREZ CABRERA: Desde luego, no tengo ningún inconveniente en reconocer que la Guerra del 46 contra México fué una guerra injusta y codiciosa, que mermó el territorio mejicano. Ya aludí aquí a otros episodios; son tantos los conflictos que seleccioné los más llamativos nada más.

SR. VAZQUEZ MENDEZ: Doctor, ¿cree usted que debemos agradecer a la previsión de Martí, en su posición sobre el gobierno civil, el hecho de que en Cuba, tras la Guerra de Independencia no surgiera, por lo menos en una forma tan aguda, este problema del gobierno de los Generales.

DR. PEREZ CABRERA: A José Martí y a Máximo Gómez se les ofreció la Presidencia de la República, que la hubieran podido ejercer con mucho decoro y dignidad, y nunca quisieron aceptarla.

SR. NOEL ENRIQUEZ: Dr. Pérez Cabrera: al escuchar su interesante conferencia, me ha parecido que más que una reseña histórica, para censurar las dictaduras americanas, parece haber implícitamente en su discurso un ditirambo a favor de las dictaduras que crean obras de bien público a lo largo de su existencia, y queremos saber qué diferencia hay entre dictadura y tiranía, y cuál de éstos que ha indicado en su conferencia es un dictador sin ser un tirano, y cuál es un tirano sin ser un dictador además, por qué, al hacer su reseña histórica, ha omitido dictaduras americanas actuales, que tienen un interés social inaplazable en estos tiempos: Santo Domingo, Nicaragua y Venezuela.

DR. PEREZ CABRERA: Empiezo la contestación por lo último. A mí se me fijó como límite del tema: 1898. No podía entrar, por consiguiente, en el Siglo XX. En cuanto a que hiciera elogio de dictaduras, yo creo que distinguí claramente dos períodos en la América: antes de 1848 y después de 1848. Además, creo que he mencionado en diversos

aspectos que he ido tocando del tema, lo que fué el dictador y lo que fué el tirano. Dictador en el sentido romano de la palabra, es el salvador de la patria en momentos de peligro; se le dan poderes extraordinarios para que salve el país ante una situación difícil. Estos Generales de independencia salvaron muchas veces el país en momentos de peligro: después, su ambición de poder, su deseo de permanecer en el cargo público, los llevó por caminos distintos. Pero usted encuentra, de cualquier hombre de los que yo he mencionado (del mismo Santa Ana, que es el ejemplo más típico, once veces Presidente de México, héroe y villano, traidor y patriota) que según el momento histórico en que usted lo mire, es un héroe o un villano. En un momento representa, una orientación y hasta una apetencia popular; unos días después, ya son tiranos odiados y repudiados.

DR. MAÑACH: Doctor, continuando un poco ese hilo de pensamiento suyo ¿no existe hoy día una tendencia o un tipo de historiografía objetivista que trata de apartarse de consideraciones de orden moral y que simplemente contempla el hecho histórico tal cual se dá, el hecho de que un Luis XIV, monarca absoluto, construye la Francia clásica, el hecho de que Bismarck construya a Alemania y el hecho, que creo que muchos historiadores argentinos han presentado, de que Rosas es el constructor de la unidad Argentina? Desde luego son tesis perefectamente debatibles todas ellas, pero existe sin duda alguna, doctor, una corriente histórica...

DR. PEREZ CABRERA: Aunque yo no comparto esa escuela, esa opinión. Yo creo haber citado aquí una frase de un amigo mío, lamentablemente muerto, el Dr. Juan Clemente Zamora, que con criterio materialista examinó este problema. Con ese criterio sí llega a esa afirmación. Para él significan estos dictadores igual que Luis XIV, o igual que Enrique VIII en Inglaterra o que los Reyes Católicos en España, fundadores de pueblos, creadores de nacionalidades.

DR. MAÑACH: Yo le preguntaría por ejemplo a nuestro amigo Reynoso. Tengo entendido que uno de los historiadores más eminentes de la Argentina hoy día es Don Ricardo Levene. ¿No es cierto?

SR. REYNOSO: Conocido servidor de Rosas y de los que auspician el regreso de los restos de Rosas a la Argentina, sirviente de Perón.

DR. MAÑACH: Ya usted ha pre-juzgado mi pregunta, y tal vez al Sr. Levene.

DR. PEREZ CABRERA: Una defensa a Don Ricardo Levene con cuya amistad me honro; lo conocí personalmente en Buenos Aires. Don Ricardo Levene formó parte de un gobierno transitorio contra Perón, tengo entendido ¿no?

DR. MAÑACH: Bueno, y qué diría el Sr. Reynoso si yo le dijera que conversando en Buenos Aires una vez con Don Alfredo Palacios, nada menos que con el romántico socialista Don Alfredo Palacios...

SR. REYNOSO: A quien admiro y sigo.

DR. MAÑACH: A quien usted admira y sigue, me confirmaba la tesis de que Rosas había sido, a su juicio, el constructor de la Argentina moderna.

SR. REYNOSO: Bueno, a pesar de que yo admire y siga a Don Alfredo Palacios, gran profesor también, no creo que Juan Manuel de Rosas haya sido el pacificador, unificador y creador de la Nueva Argentina. Ese papel le queda reservado a Sarmiento, si no, para evitar el apasionamiento mío, que es lógico, le rogaría al Dr. Santovenia que dijera unas palabras sobre eso.

DR. MAÑACH: El propio Sarmiento, Sr. Reynoso, en el "Facundo", con todo y ser una obra tremenda, ¿no sugiere esa misma tesis?

SR. REYNOSO: Mi recuerdo de provincia afirma que, al contrario, el Sr. Rosas lo único que ha unificado es la estancia, la oligarquía y la desgracia argentina.

DR. MAÑACH: El Dr. Pérez Cabrera quería interponer nada más que un comentario.

DR. PEREZ CABRERA: Un breve comentario. ¿Quién le regaló un sable famoso a Rosas?

SR. REYNOSO: ¿Me permite contestar?

DR. PEREZ CABRERA: Escuetamente. Nada más que me diga el nombre.

SR. REYNOSO: No, si le voy a decir el nombre, pero no se olvide usted que las agencias noticiosas tardaban 6 días...

DR. PEREZ CABRERA: Bueno, pero quién fué el que lo regaló.

SR. REYNOSO: Permítame. Eso lo están explotando hoy también los señores que usurpan el poder en la República Argentina. Pero el que a San Martín, desde lejos, se le haya hecho creer que el Sr. Rosas había salvado la independencia argentina, eso no es óbice para que los señores que aplastaron, derrotaron y aniquilaron la cultura, las libertades y todo lo que tenía la Argentina de creador, estén utilizando ahora el nombre de San Martín para justificar a Rosas.

DR. PEREZ CABRERA: Yo no justifico a Rosas ¿eh?

SR. REYNOSO: El sable de San Martín se lo obsequió a Rosas cuando tuvo la actitud, no de unificación de Argentina, sino de defensa frente a la invasión de los señores franceses. Es la misma posición que tienen hoy día los argentinos todos, de oposición frente a los yanquis. Odiamos todos los argentinos bien nacidos a los yanquis. El Sr. Perón no puede, en ningún momento, justificar que él es el creador de la Argentina antiyanqui.

R. SANTOVENIA: Voy a responder digamos a la intercalación del Sr. Reynoso en cuanto al concepto de la unidad argentina. Es decir, si fué promovida por Rosas con hechos, o por Sarmiento con ideas y con hechos. Ciertamente Sarmiento dijo, creo que en "Facundo", que si se

cambiaban los papeles y él ocupaba la Presidencia de la Argentina y se quedaba de mero ciudadano Rosas, él no dejaría salir del país a Rosas, porque estaría interesado en aprovechar sus grandes conocimientos y sus extraordinarias experiencias para el mejor servicio de la nación. Desde luego, se puede leer entre líneas en la obra de Sarmiento la exaltación de la obra de Rosas por reacción. Sarmiento cree que Rosas produjo hechos que culminaron en la unidad argentina y en la grandeza argentina, porque logró unir a todos los defensores de la libertad en la Argentina.

DR. MAÑACH: A lo bruto, ¿no doctor?

DR. SANTOVENIA: A lo bruto, sí. Lo logró por reacción. Pertenece nada menos que a un cubano: José Martí, la expresión de que Sarmiento es el constructor de la nación argentina.

DR. MAÑACH: Me interesa que no quede flotando en el aire que en la Universidad del ídem se ha hecho ninguna apología de dictadores y de tiranos. Sencillamente, ésta es una institución de cultura y no es una institución en que tratemos de ver las cosas a través de prismas de tipo circunstancial, político, etc., estamos tratando de ver las cosas tal como los maestros en las respectivas disciplinas nos enseñan a verlas. Yo tengo la mayor repugnancia por la figura de Rosas: el Rosas de la mazorca, el Rosas de las escarapelas, el Rosas abominable, derramador de sangre y hombre de una crueldad incalificable. Los que alguna vez hemos tenido contacto con situaciones de ese tipo, aunque sea en menor escala, no somos sospechosos en absoluto de cohonestar semejante estado de cosas. Pero los hechos históricos, vistos en más larga perspectiva, tienen una determinada significación, ajena completamente a nuestras actitudes de tipo político, moral, sentimental, etc., y eso es lo que estamos tratando de ver aquí, sin que eso signifique en absoluto la cohonestación de los aspectos siniestros de una tiranía. ¿Alguna otra pregunta?

SR. TEOBALDO PASCUAL: Yo quisiera, si se me permite, variar un poquito la atmósfera de la discusión. En la conferencia sobre "El Proceso de Hispano-América" y en la otra conferencia en que se nos presentó un momento del proceso de la otra América, se mencionó en un lugar el fanatismo popular, y en otro lugar el espíritu acendradamente religioso, ajeno por completo a toda actitud que pudiéramos llamar fanática, de catequismo, etc., del hombre que entra en diálogo con el Todopoderoso. Yo quisiera saber qué influencia tienen las distintas modalidades religiosas en el desarrollo de las dos Américas.

SR. JAHKEL: Negativa.

DR. MAÑACH: ¿A quién le pregunta usted, al Sr. Jahkel o a los profesores...?

SR. PASCUAL: Realmente quizás la respuesta correspondería al Dr. Mañach que está entre los dos.

DR. MAÑACH: Bueno, yo traslado esa respuesta al Dr. Santovenia, porque no soy aquí más que un árbitro.

DR. SANTOVENIA: Yo me he referido al sentido profundamente religioso, si se quiere místico, del pensamiento y de la obra de Lincoln. Lincoln no estaba abiertamente afiliado a ninguna confesión religiosa, pero era un profundo creyente, un conocedor igualmente hondo de las Sagradas Escrituras, y quizás por eso y naturalmente, sin dejar de tener presente su propio temperamento, se produjo el hecho insólito, que yo no sé en conductores de pueblos que tenga semejante más que en José Martí, de ser un hombre que no sólo no persiguió, no odió al enemigo, sino que lo llegó a amar. El sentido místico, religioso, de Lincoln, privó durante la Guerra de Secesión y fué quizás uno de los factores que contribuyeron a salvar la Unión. Si Lincoln hubiera sido un hombre de odios, de persecuciones, su pensamiento hubiera perdurado y quizás no se hubiera logrado la obra de reconstrucción y consolidación que él quiso, en los últimos días todavía, seguir adelante con aquellas palabras de "sin rencor ni envidia para nadie, con amor para todos".

Nicolás Bravo

Prusia y Bismarck

DURANTE siglos —escribe el Príncipe von Bülow— había juzgado Europa imposible la unión política y nacional de los pueblos alemanes; cuando menos, había hecho esfuerzos para impedirla. Contra ella trabajaban lo mismo el Emperador Nicolás, que Lord Palmerston; así Metternich, como Thiers".

No cabría explicar mejor que con esas palabras el espectáculo que ofreció la Alemania desunida, dividida en 27 Estados, de la primera mitad del Siglo XIX. Pero habría que añadir, para describirlo mejor, que contra la unificación de Alemania trabajaban también los propios Estados alemanes y sus príincipes. Sólo el pequeño Estado de Bade veía a mediados de la pasada centuria con simpatía la idea de la integración de un nuevo Imperio germano bajo la hegemonía de Prusia. Y si a ésto se agrega que los herederos dinásticos de Federico el Grande mostrábanse parejamente reacios a ceñirse la antigua Corona imperial alemana, se echará de ver que todo conspiraba, así en lo exterior como en lo interior, contra la reedificación del poderoso reino de los germanos de un milenio atrás.

Conviene destacar, sin embargo, que a pesar de los recelos que inspiraba en los Estados alemanes del Oeste y el Sur el poderío militar prusiano, latía larvado en las reconditeces del alma germánica el anhelo de la unificación política de los pueblos alemanes. La leyenda de Barbarroja que espera, sepulto en la gigantesca mole pétrea del castillo de Kyffhausen, el resurgimiento del antiguo Imperio teutón, era recitada con melancolía, con añoranza, y a la vez con vagarosos sentimientos esperanzadores, desde las verdegueantes colinas del Rhin hasta las áridas costas del Báltico,

desde las tierras bajas del Mar del Norte, hasta las pantanosas orillas del Vístula. El recuerdo, aún reciente, de la Batalla de las Cuatro Estaciones, había creado al mismo tiempo una fuerte subcorriente nacionalista, mientras el cálido soplo de libertad de la Revolución Francesa animaba en varios Estados alemanes un movimiento liberal que propendía románticamente a unificar el país.

Prusia, baluarte conservador de aquella Alemania, estaba haciendo entre tanto del pueblo alemán una nación bajo la dura escuela del Estado de Federico. "La conciencia de la nacionalidad y el sentimiento de cohesión política —decía Treitschke, el historiador— ya era una sola cosa en Prusia a comienzos del siglo XIX". Pero la resistencia al prusianismo hízose en casi todos los demás Estados alemanes tanto más recia y firme, cuanto que el rígido espíritu de casta de los "Junkers" prusianos chocaba con la idiosincrasia de otros pueblos alemanes y, particularmente, con la de los bávaros.

No cabe duda, pues, que la unificación de Alemania bajo la hegemonía prusiana, realizada a contrapelo de los intereses particulares de los distintos Estados germanos y de sus principales zonas de opinión, constituyó una sorpresa que desconcertó a las potencias europeas. Y es que la integración del Imperio alemán subvirtió, como quien dice de la noche a la mañana, el equilibrio europeo y torció los rumbos de la historia mundial.

La fundación del Imperio alemán, obra erizada de dificultades punto menos que insuperables, la realizó un solo hombre y, para realizarla, siguió inflexiblemente a través de cuatro décadas una sola máxima: "Debe aspirarse a lo posible, no a lo deseable". He ahí, reducida a una breve sentencia, la concreción cabal de la "Realpolitik", de la política de realidades, que entronizó en el mundo occidental Otto von Bismarck fundador del nuevo Imperio alemán.

¿Cómo es posible, preguntarán algunos, que un solo hombre, que nunca pasó de ser, con todo el poder que llegó a disfrutar, un servidor de la realeza, es decir, un subalterno que en cualquier momento podía ser despedido como un criado, fundara un Imperio de 41 millones de habitantes, convirtiéndolo en la primera

potencia militar de Europa? ¿Cómo es posible, se agregará, que ese Imperio lo consolidara y lo gobernara autocráticamente, durante 28 años, y que toda esa obra formidable la llevara a cabo luchando contra la voluntad de la mayoría de los gobernados y venciendo, por añadidura, la resistencia de los monarcas a quienes servía? ¿Cómo, en conclusión, pudo un solo hombre, abandonado a sus propias fuerzas, hacer tanta historia grande? Sería trivializar la cuestión si dijéramos que fué un genio de la diplomacia y de la política, pues ni aún siéndolo —y conste que la posteridad lo consagra como tal— hubiera podido desplegar el tremendo poder que ejerció sobre dos generaciones de alemanes. Reyes y Emperadores delegaron su autoridad en Herr von Bismarck, pero esa autoridad refleja, llamémosla así, la potencializó él comunicándole, transfiriéndole, su propia e íntima fortaleza de ánimo. No en balde comenzaron a llamarle después de 1871 el "Canciller de Hierro", pues que férrea era la voluntad de ese gigante de ojos azules, que jamás vaciló a la hora de tomar una decisión y que, torciéndose sus pobladas cejas, solía proclamar que tenía a orgullo ser el hombre más impopular y más odiado de Alemania.

En el plano de la Historia Universal, sólo ha habido dos Prusias que valgan: la de Federico el Grande y la de Bismarck. En un sentido histórico entrañable, en un sentido cabal de historicidad, puede decirse que ambas épocas prusianas se funden y consubstancian de tal modo con sus figuras determinantes, que sin éstas no cabría hablar de aquéllas. Y, siendo esto así, es decir, siendo la biografía de Bismarck y la historia de la Prusia bismarckiana una y la misma cosa, pasemos a examinar, en apretada síntesis, quién era Bismarck, el hombre.

Nacido en Schönhausen el año en que Blücher, el general prusiano, decidió a favor de la Santa Alianza la batalla de Waterloo, pasa Bismarck su niñez en la heredad de sus mayores en Kniephof, Pomerania. De puro y antiguo abolengo prusiano, no maravilla que, andando el tiempo, blasonara el futuro Canciller de Hierro, con su soberbia peculiar, de ser de más rancio linaje que los Hohenzollern, la dinastía reinante. De su padre, que muestra más afición por las letras que no por las armas, hereda el joven aristócrata su afición a los estudios. Rencoroso desde sus

mocedades, jamás olvidará la espartana disciplina que regía en el Instituto Plamman, "aquel presidio donde —son sus palabras— nos despertaban a golpe de florete", y es este recuerdo, sin duda, el que le mueve a rehuir el servicio de las armas a pesar, ¡oh paradoja!, de que siempre se mostró partidario de los métodos de fuerza, de las decisiones enérgicas, de los procedimientos drásticos y radicales. Graduado en Derecho en Gottinga, donde sostuvo 25 duelos estudiantiles, fué designado sucesivamente asesor en el Tribunal Supremo de Berlín, refrendario en Aquisgrán y, más tarde, en Potsdam. En aquellos años de su juventud caracterizóse por su rebeldía ante sus superiores, por su indisciplina. Su renuencia a acatar jerarquías superiores fué, en verdad, uno de los rasgos dominantes de su carácter. Mujeriego, inconstante y bohemio, gasta más de lo que el bonachón de su padre, con sus exiguas rentas, le puede pasar. Y así, retorna al predio pomerano de los Bismarck, donde pasa nueve años entregado a la vida holgada y cachazuda de un modesto hidalgo de provincias. Allí lée ávidamente —Byron, Schiller, Goethe, Spinoza, Cicerón— y se adentra en el estudio de la Historia y la Sociología.

En 1847 contrae Bismarck matrimonio con Juana von Putkammer, la que, durante el noviazgo, había logrado atraer al rudo hidalgo prusiano al pietismo. Fué ésta una concesión transitoria que, en lo religioso, hizo Bismarck, cuya cosmovisión era eminentemente panteísta, como lo es, en el fondo, la de todo el pueblo alemán. Se explica, así, el profundo fervor que experimentaba el futuro Canciller por la Naturaleza. "Desconfío —dice en sus Recuerdos y Pensamientos"— de los individuos que la aman". Las cartas que, a lo largo de cerca de medio siglo, escribió a su esposa, describen en un estilo poético que nadie había igualado en Alemania desde Goethe, el ambiente apacible de la vida rural. El, que despreciaba ceñudamente a los hombres, fué hasta sus últimos días un amigo de los árboles y de las plantas. Penetrar en un bosque, en sus amadas selvas de Virzam y Friedrischsruhe, proporcionábale la misma sensación de paz espiritual y de bienestar moral que la que obtiene un devoto creyente en el templo de Dios. Más que su voluminosa correspondencia oficial, en la que ningún estadista alemán le superó nunca en cuanto a elegancia,

precisión y dominio de las ideas (cuenta Thiedemann, su secretario, que una vez dictó de un tirón un complejo informe que dió 50 páginas impresas, sin una repetición, ni un error de fondo ni de forma) revélase la íntima personalidad de Bismarck en su copiosa correspondencia familiar. En ésta, aflora a la superficie toda la ternura, toda la exquisita espiritualidad, todo el trasfondo de delicados sentimientos líricos que su alma cobijaba.

¿Cómo se compagina, es cosa de preguntarlo, una sensibilidad tan fina con un temperamento tan violento y pugnaz? ¿Cómo se concilia su romanticismo de puertas para adentro con su implacable realismo en la vida pública? El hombre que fríamente encarcela a miles de opositores políticos; que odia, hasta físicamente, a los ideólogos que osan hablar de democracia; que con fruición dicta leyes que refuerzan de tal modo el poder del Estado que a éste lo convierte en gendarme y que, de un manotazo aplasta cuanto se opone al orden autoritario que él establece, es incapaz de aplastar un insecto. ¿Contradicción? ¿Incongruencia? No; estamos, sencillamente, ante el dualismo, ante ese desdoblamiento del ser, que hace del alemán un poeta y un guerrero al mismo tiempo. Y es que conviene hacer hincapié en que no es un mito ese de las dos Alemanes. En último análisis puede ser una palabra el signo diferenciador de un pueblo, aquélla que resuma y refleje más certeramente su carácter. Y la que mejor le cuadra en este sentido definidor al pueblo prusiano y, por extensión, al alemán, es el vocablo "Gründlichkeit", que viene a significar afán de hacer las cosas bien hechas, si por hacerlas bien hemos de entender que hay que acometerlas con perseverante empeño, con verdadero ahinco, con la firme voluntad de darle cima a la tarea apasionada y amorosamente, puesta en ella toda la energía y devoción que podemos concentrar en un solo quehacer. Uno de nuestros literatos más sensibilizados para los matices psíquicos, esto es, para los fluctuantes estados del alma, Luis Rodríguez Embil, hízonos una definición de la idiosincrasia alemana que vale por todo un tratado de caracterología. Decíanos, en efecto, que la palabra compuesta alemana "Gegenstand" (objeto) significa, literalmente traducida a nuestra habla, "contra" y "Posición" yuxtapuestas. Y estos dos vocablos unidos nos dan la clave de la

actitud alemana ante la vida, actitud en la que el objeto está en posición contraria o, por mejor decir, hostil, al sujeto, al "yo profundo", de lo que se infiere que para el alemán radica el sentido más hondo del individuo en la militancia contra el mundo de los objetos en que está inserto. Esto, claro, nos facilita despejar el enigma de que, siendo escéptico, cínico y aún despótico en el terreno de la acción, siempre dispuesto a sacrificar en él toda consideración moral en su voluntad de vencer en la tarea que se había impuesto, se mantuviese viva en Bismarck, en el mundo del pensamiento, la llama de una honda comprensión de las flaquezas humanas.

Ya corre el año de 1847. El barón Otto de Bismarck lleva cumplidos los treinta. Pronto, va a ser diputado en la Dieta; pronto entrará en la historia alemana para penetrar, poco después, por la "puerta ancha", como maestro en el tablero de la diplomacia, en la historia de Europa. En el 48, púsose resueltamente al frente de la Contrarrevolución y, mientras en Berlín hay vientos de fronda como eco de los sucesos sangrientos de París, lucha Bismarck en vano porque marchen sobre la capital prusiana las tropas de la guarnición de Potsdam. Logra, en cambio, que el débil monarca prusiano haga frente a liberales y socialistas en el Parlamento, en el que Bismarck no tarda en ser portavoz y campeón de la nobleza. En su larga carrera parlamentaria, jamás dejó de despreciar el parlamentarismo. "Estos señores —comenta desdeñosamente— nunca están de acuerdo en los extremos en que coinciden". Gran escéptico, concentra toda su capacidad para odiar, que no era poca, en la burguesía, ya que ésta abogaba por el libre desenvolvimiento de la inteligencia, en la que veía Bismarck una fuerza disolvente. Citando a Goethe, según el cual "consiste el primer deber del gobernante en mantener el orden", cae Bismarck, el estadista conservador y autócrata, en la paradoja de buscar en el socialismo un aliado contra el centro. De ahí su acercamiento a Lasalle e incluso su singular intento de atraerse a Carlos Marx, hábiles maniobras que cristalizan con el tiempo en reformas que ponen a Prusia a la cabeza del movimiento social europeo.

Cuando el Príncipe Guillermo es nombrado Regente —estamos en el año de 1858— designa aquél a Bismarck Embajador en

San Petersburgo, donde hace la predicción de que en el Imperio de los Zares está abonado el terreno para una revolución socialista; dos años más tarde, al ser proclamado rey Guillermo, hízose Bismarck cargo de la Embajada prusiana en París. Allí, al conocerle, exclama la Emperatriz Eugenia: "Pero si parece un parisién!" Siendo ya, en el 62, Presidente del Consejo de Ministros y Ministro del Exterior de Prusia, desarrolla en el tablero internacional un habilísimo y sutil juego de posición y de combinación basado en la premisa de que la lucha contra las resistencias de Europa, era uno de los elementos esenciales para la solución del problema de la unificación de Aemania. Y, con su característica tenacidad, inicia la maniobra de preparar la guerra contra el Austria manteniendo neutralizadas a las demás potencias. Pacientemente, sigue moviendo sus peones hasta provocar el conflicto con Dinamarca y, dos años después, la guerra contra el Emperador Francisco José. Vencidos los austríacos, consigue Bismarck que se firme una paz sin humillaciones para los Habsburgos, y funda la Confederación de Alemania del Norte. Sigue, a poco, la guerra con Francia y, en Sedán aboga Bismarck, esta vez en vano, por una paz sin anexiones.

Al cabo de dos décadas de porfiada lucha, llega, ¡al fin!, el día más glorioso en la existencia de ese titán de la voluntad. En el Salón de los Espejos, en Versalles, en presencia de todos los príncipes de Alemania, queda fundado el nuevo Imperio Alemán. Y así se inicia, bajo la férula del Canciller de Hierro, una era de paz. Y es que Bismarck, que se convirtió en enemigo de las guerras desde que vió la de Bohemia, labora sin tregua por darle al nuevo Imperio la seguridad de sus fronteras. Consumado negociador, recurre a las intrigas más audaces e inescrupulosas para proteger a la Alemania unificada contra el "revanchismo" francés. Y mientras en lo exterior sigue una política contemporizadora de guantes de seda, a pesar de que dos millones de bayonetas la respaldan, empecinándose en la idea de que a la revolución de los derechos hay que oponer la revolución de los deberes. Nadie, ni el Emperador, osa contradecirle abiertamente. La represión, que no por incruenta resulta menos cruel, sofoca toda manifestación oposicionista, todo movimiento que pueda poner en peligro los proyec-

tos de engrandecimiento del Reich alemán tal como Bismarck, el autócrata, los concebía.

En 1890, al ser destituído por Guillermo II, siente toda Alemania un alivio inefable ante la caída del hombre que había encarnado un estatismo opresor. Mas, a poco, echa de menos el pueblo al anciano Canciller que con mano maestra había creado el Imperio. Echa de menos su experiencia diplomática y su profundo conocimiento de la problemática germana. Y, cuando a los ocho años de su destitución, el 30 de julio de 1898, abate la muerte a aquel gigante, a aquel personaje niebelúngico, comprendió la nación entera que con el Príncipe de Bismarck moría el hombre que pudo fundir en uno solo todos los Estados de Alemania porque el destino quiso que en él se fundieran, en síntesis admirable, el espíritu de Weimar y el de Potsdam, el idealismo y el realismo que conviven, en patético y forzado maridaje, en los hondones del alma alemana.

En cuanto a la obra que creó Bismarck, ya la ha juzgado la Historia, gran niveladora de preconceptos y pasiones: el Imperio alemán de 1871 coadyuvó poderosamente al auge de la civilización. Y si primó en él un severo ordenancismo y una doctrina estatal inequívocamente hegeliana, apoyánrose ésta y aquél en la concepción moral que Goethe llamó de "los tres respetos —respeto a Dios, respeto a la Naturaleza, respeto a la sociedad— concepción con la que coincidió en no poca medida, como ha apuntado sagazmente Jorge Mañach, el pensamiento ético central de Kant, aún vigente en la época bismarckiana.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Para iniciar las preguntas tiene la palabra el Dr. de la Mata, compañero de disertación del Sr. Bravo.

DR. DE LA MATA: Quiero felicitar al disertante por su brillante conferencia y al mismo tiempo se me ocurre una pregunta: A través de su conferencia parece justificarse, hasta cierto punto, que "el fin justifica los medios"; es decir, que la obra realizada por Bismarck, desde el momento en que logró la unidad alemana, fué una buena obra a pesar de los medios empleados para lograrla. Quisiera que el disertante me aclarase un poco más, o quizás si he comprendido mal este concepto.

SR. BRAVO: Con muchísimo gusto, Dr. de la Mata. Desde luego yo no trato de defender la tesis de que "el fin justifica los medios", aunque tal vez la Historia se encargue de sostenerla. En cuanto a la segunda parte de su pregunta, Bismarck obró, actuó, en todo momento, como un patriota que perseguía el engrandecimiento de Alemania.

DR. DE LA MATA: A la manera del patriotismo de Maquiavelo, porque también se ha dicho que Maquiavelo fué un gran patriota...

SR. BRAVO: Tal vez.

DR. MAÑACH: ¿Preguntas del público?

DR. BEGUEZ CESAR: Dígame, señor, usted nos ha hablado acerca del romanticismo de Birmarck, ¿tiene algo de Hugo?

SR. BRAVO: No veo yo qué relación pueda haber entre Hugo y Bismarck.

DR. BEGUEZ CESAR: No es el hecho de la relación, es el hecho de la formación cultural.

SR. BRAVO: ¿La formación cultural? ¿Cómo va a tener algo de Víctor Hugo? Me permito pedirle que medite algo más su pregunta; quizás usted se la pueda contestar a sí mismo.

DR. BEGUEZ CESAR: En cuanto a la formación cultural de Bismarck, ¿tiene algo que ver la Escuela Histórica de Savigny?

SR. BRAVO: Hasta ahí no ha llegado mi profundización en el estudio de la época de Bismarck.

DR. MAÑACH: (Al Locutor). Hágame el favor de no dejarme el micrófono a la merced del Sr. Béguez César. ¿Alguna otra pregunta?

SR. PEDRO ROMAÑACH: ¿Quisiera usted aclararme un poco más la idea sobre la contraposición sujeto-objeto que dice usted caracteriza al pueblo alemán?

SR. BRAVO: Es un asunto tan complejo que nos llevaría mucho tiempo abundar en el tema. Creo que he sido bastante explícito al tratarlo como de pasada ¿no?

DR. MAÑACH: Es realmente una cuestión filosófica, más bien que propiamente histórica. De manera que queda al margen de los propósitos de esta disertación. ¿Alguna otra pregunta?

SR. REYNOSO: Yo antes quería hacer una aclaración. El domingo pasado adelantándonos como un entremés, el Dr. Jorge Mañach nos previno de su magnífica conferencia, diciendo que usted traería el nuevo tipo de análisis histórico, es decir, ver la Historia desde el punto de vista frío y constructivo. Ese es el Bismarck que nos ha presentado. En realidad, para la Humanidad, que es para lo único que se hace Historia, ¿ha servido de algo tantos asesinatos, tantos atropellos y tantas faltas de respeto a la dignidad humana, la obra "constructiva" del Sr. Bismarck?

SR. BRAVO: La pregunta envuelve una cuestión difícil de dilucidar. Pues cabría entonces preguntar si las Guerras Púnicas han sido beneficiosas para la humanidad o no.

SR. REYNOSO: Veo que el Sr. Bravo es bastante bravo para escapar a las preguntas, escapó a tres. Yo tengo miedo justamente a los historiadores estos, historiadores de gabinete...

DR. MAÑACH: Un momento, Sr. Reynoso, estamos en trámite de preguntas, no de disertación.

SR. REYNOSO: No, no es disertación, pero es que quiero primero una pregunta aclarada. El alumno tiene que ser una parte combatiente en la Universidad, porque el alumno y el profesor son los que hacen la cultura. Yo quisiera que el Sr. Bravo que nos ha presentado a Bismarck tan fríamente, en nuestro concepto, como representante típico del Dictador, del hombre sin profundidad, a pesar del dualismo que nos quiso presentar el Sr. Bravo nos dijera si en realidad ha dejado algo de beneficio o no para Alemania, si no para la humanidad. Bismarck tenía dos cosas esencialmente: era el hombre fuerte que tenía inteligencia, ¿esa inteligencia, la puso al servicio del pueblo en el sentido humano, o la puso nada más que al servicio de su ambición personal?

SR. BRAVO: La pregunta es bastante escabrosa, pero la voy a contestar diciendo que durante la época bismarckiana, el pueblo alemán progreso, así en el orden cultural como en el científico y político.

DR. MAÑACH: Amigo Bravo, no quiero yo suplantarlo a usted, Dios me libre, en la respuesta, pero ¿no le parece a usted que sería cuestión de deslindar entre dos cosas completamente distintas, lo que hizo Bismarck y lo que después hizo Alemania con lo que Bismarck hizo? Bismarck se encontró con una Alemania atomizada, con una Alemania que era una expresión geográfica, una Alemania cuya cultura estaba siendo frustrada por esa atomización política. Bismarck unifica a Alemania. No estamos juzgando ahora cómo la unificó al menos, yo tengo la impresión de que el Sr. Bravo no ha intentado hacer una conferencia de tipo valorativo, sino más bien descriptivo; ha estado presentando los hechos históricos. Esa Alemania construída por Bismarck y después dominada por Prusia, adoptó determinadas orientaciones políticas que resultaron, según el punto de vista en que uno se sitúe, más o menos saludables para el progreso de la humanidad y para la paz de Europa. Pero a mí me parece que no se puede borrar con ninguna frase de tipo apresurado el hecho de que Bismarck se encontró con una Alemania atomizada y construyó esa cosa enorme, que tuvo una influencia, para bien o para mal, trascendente en Europa qu efué Alemania. ¿No es cierto?

SR. BRAVO: Como no, doctor. Perfectamente.

SR. JORGE ARTEL: De Colombia.

DR. MAÑACH: Tengo mucho gusto en saludar aquí la presencia del distinguido escritor y periodista colombiano Sr. Artel.

SR. ARTEL: Muchas gracias. Es para preguntar al Sr. Bravo si él, al referirse a la Historia, quiso aludir a la crítica histórica, porque él dijo

que la Historia era una gran niveladora de pre-conceptos y pasiones. Yo creo que quiso referirse a la crítica.

SR. BRAVO: Tiene usted razón. Me refería a la crítica.

SR. ARTEL: Porque la Historia es una cosa fría, la Ciencia de las narraciones, y la Crítica histórica sí entra ya en el ámbito del análisis.

SR. BRAVO: Perfectamente aclarado.

SR. ARTEL: Muchas gracias.

DR. MAÑACH: ¿Alguna otra pregunta?

DR. AVELINO CAÑAL: Para hacer una aclaración al conferenciante, mejor dicho, una pregunta. He observado que esta clase de conferencias terminan en una especie de diálogo casi de tipo socrático, en cuanto a cierto sentido de las preguntas. Dentro del cuadro de las primeras preguntas que aquí se hicieron, cabría inclusive hacer hasta una pregunta irónica, con ironía, desde luego, elevada y constructiva, y es la siguiente: ¿Qué habría sido de Alemania sin Bismarck? Claro, ésta es una pregunta que no pretendo que el conferenciante me la responda íntegramente, pero sí que trate de imaginarse qué hubiera sido Alemania sin Bismarck. Hago esta pregunta en respuesta a otros tipos de preguntas que aquí se han hecho, casi partidistas, en cuanto al aspecto político de la obra de Bismarck.

DR. DE LA MATA: Mezclándome en una cuestión que realmente no me incumbe de una manera directa, aunque aquí todos colaboramos o procuramos colaborar con la obra de cultura que supone la Universidad del Aire, quiero recordar al que ha preguntado últimamente, al Sr. Avelino Cañal, que ya antes de Bismarck el pueblo alemán había intentado realizar esa unidad, y que hubo un rey alemán, un emperador autócrata y orgulloso, que despreció esa Corona por considerarla de fango y de madera y no la Corona que él quería, de autocracia, de gobierno y de despotismo y de poder. Es decir, que la unidad alemana, muy posiblemente sin Bismarck, hubiera logrado una unidad mucho más valiosa que la unidad a base de tiranía y de despotismo.

DR. MAÑACH: Ha terminado el interrogatorio que hoy ha tenido caracteres de debate. Oigamos un momento a nuestro locutor.

SR. SUSINI DE ARMAS: Yo quiero hacerle una pregunta solamente al Sr. Nicolás Bravo, a quien aprecio porque también apreciaba mucho a su señor padre. ¿Cómo explica usted la conducta del pueblo alemán, odiando a Bismarck, como usted mismo lo ha dicho? Esa conducta ¿no era impropia de un pueblo que ignoraba por completo lo que era la libertad y la democracia, como siempre ha sido el pueblo alemán?

SR. BRAVO: Esa afirmación me parece excesivamente generalizadora. Yo no creo que el pueblo alemán haya sido contrario, por temperamento y naturaleza, a la libertad; es más, hasta Goethe acuñó una frase, genial a mi juicio, y es la de que si no hubiese libertad habría que inventarla y si la palabra libertad no existiese, habría que inventarla también.

SR. SUSINI DE ARMAS: Bueno, pero no me ha dicho cómo era el pueblo alemán, qué clase de sentimientos tenía un pueblo que odiando a un hombre, lo soportaba.

SR. BRAVO: Lo soportaba porque el régimen de Bismarck era duro, enérgico, se combatía toda oposición que se pasara de los límites establecidos por el gobierno.

SR. SUSINI DE ARMAS: Quiero hacerle otra pregunta breve.

DR. MAÑACH: La última Sr. de Armas, porque estamos demorados.

SR. SUSINI DE ARMAS: Quiero hacerle esta pregunta: Bismarck ofendió gravemente a los franceses con la, perdónenme la palabra, la grosería propia de un déspota. Ha habido escritores, y si mal no recuerdo, ha sido Emilio Castelar en sus "Semblanzas", que dicen que cuando fueron allí, no recuerdo bien si Julio Berry o Joe Gleby o alguno de esos grandes patriotas franceses, lo recibió tan mal que lo recibió con las piernas levantadas, puestas sobre una mesa y lo despidió violentamente. ¿Puede ser un hombre grande, a pesar de todos sus sentimientos poéticos y de que no podía matar ni un bicho chiquito? ¿Puede ser grande ese hombre o nada más que pertenece a la cadena de déspotas que siempre ha habido en el mundo?

SR. BRAVO: Ese hombre se opuso tenazmente a que en la guerra del 71 Alemania se anexara el territorio de Lorena. El era partidario de una paz sin humillaciones, como la que había pedido para Austria...

DR. MAÑACH: Bien. El Sr. Bravo es partidario de los puntos suspensivos. Esa es su técnica.

Manuel de la Mata

La Rusia de los Zares

PARECE increíble que la Historia pueda enfocarse desde ángulos tan disímiles y múltiples. Hay quien piensa que una lista dinástica y la colección de guerras provocadas por ella, es la historia de un pueblo. Otros creen que el estudio independiente de cada actividad humana a través de su cambio dinámico o genético constituye el estudio de la Historia. Algunos señalan que la interacción del hombre y el medio influyéndose mutuamente son su finalidad y hay quien piensa que los hechos objetivamente considerados, sin emoción humana, sin valores, midiéndolos por el logro de su objetivo constituyen el ideal histórico.

Creo por el contrario que los hechos históricos carecen completamente de valor y no cumplen su papel aleccionador si no ponemos en ellos emoción viva e intensa, vitalidad valorativa de agrado o repugnancia ante ellos. La Historia para mí ha de ser más una vivisección que una autopsia. ¿Es ésto una justificación de las polémicas, más que preguntas, que se han suscitado en esta Universidad del Aire? Puede que sí; pero, en todo caso es una justificación de la presente conferencia.

Desde Iván el Terrible, creador del zarismo en Rusia, pasando por Pedro el Grande y Catalina hasta llegar a través de Alejandro I a la primera Guerra Mundial y hasta la caída de Nicolás II para en seguida pasar al zarismo rojo podemos reaccionar ante los hechos de acuerdo con aquella frase de Federico el Grande en sus "Diálogos de los Muertos".

"Los golpes de estado no son crímenes, y todo lo que dá gloria es grande... Sabed, señor filósofo, que es menester no tener la conciencia estrecha cuando se gobierna el mundo".

En cuyo caso la historia de los zares, de esa autocracia insuperable, será algo ejemplar y digno de repetirse permanentemente en la vida de los pueblos o por el contrario, invirtiendo los términos no diremos que todo lo que dá gloria es grande sino que todo lo grande dá gloria en cuyo caso tendríamos que suprimir a muchos el calificativo que se dió a Pedro de Rusia y a Federico de Prusia.

Si es necesario no tener conciencia para gobernar, éstos han sido "grandes inconscientes".

Veamos rápidamente los hechos de cuatro siglos de zarismo.

Es el 5 de diciembre de 1533. La gran campana del Kremlin anuncia la muerte del Gran Duque Vassili III.

Elena Glinski, su esposa, será la regente y un niño de 3 años, Iván IV hereda el mando de Moscovia. En marzo de 1538 muere envenenada Elena después de haber ejecutado a todos los que fundada o infundadamente puedan intrigar con el propósito de arrebatar el poder a su hijo Iván. Un niño de ocho años queda solo en medio de una pugna de boyardos, de nobles sin escrúpulos que luchan por el poder ignorando por completo al niño Gran Duque.

Los Bielski y los Chuiski no se apartarán nunca de la mente de Iván IV. Mucho más tarde escribió: "A la muerte de nuestra madre Elena, quedamos huérfanos en el sentido más absoluto de la palabra. Viendo el país sin amo, nuestros súbditos no pensaban sino en satisfacer sus propios deseos. Ni nos miraban y, rivales en la persecución de las riquezas se querellaban entre ellos".

A los trece años, la paliza y destierro de su amigo Vorontsev, deciden el comienzo del reinado de Iván. Un grupo de jóvenes encargados de dar la comida a sus perros recibe y cumple la orden de asesinar a Chuiski.

Moscú comprende que tiene un amo.

El 12 de abril de 1547 un terrible incendio destruye Moscú y el zar teme a Dios.

El metropolitano Makari y la zarina Anastasia van a regir los impulsos del Zar.

El cambio de título de Gran-Duque a Zar no será nominal.

El fenómeno de lucha contra el feudalismo en Europa tiene en Rusia caracteres puros: el soberano se apoya en el pueblo.

A los boyardos les dice: malditos rebeldes, infieles administradores. ¿Cuántas lágrimas no habéis hecho correr? ¿Cuánta sangre habéis derramado?

Y al pueblo: Expulsemos el odio y la enemistad y vivamos juntos en el amor cristiano. Desde hoy, seré vuestro juez y vuestro defensor".

Es así como nombra a Alejo Ardachev, elegido entre el bajo pueblo para que recoja las peticiones de los pobres y de los afligidos.

No es sólo Iván el que lucha contra los boyardos y los hace sufrir terribles castigos, todos los zares de los primeros tiempos sobre todo, emplean el knut, el terrible látigo que es símbolo del gobierno ruso.

En 1551 se asemeja a Lutero intentando secularizar los bienes del clero a favor de la corona. Claro está que, aunque los monjes habían muerto para el mundo, no aceptaron esta medida y aunque se estableció que no podrían hacer nuevas adquisiciones y volvió a promulgarse la ley en 1580 no se cumplió pero no fué obstáculo para que el Zar, tan piadoso, se incautase varias veces de los bienes del clero.

La religiosidad de Iván queda patente en la toma de Kazán que tiene caracteres de una cruzada contra los infieles. En el instante mismo del último asalto el soberano está en el oficio religioso y sorprende ver, con toda la fogosidad impulsiva de un temperamento como el suyo, como se posterna mientras su ejército lucha y logra colocar el águila bicéfala en la torre más alta de Kazán.

De regreso de la victoria una noticia le llena de felicidad: la zarina le ha dado un hijo. Antes de abrazarlo, a su llegada a Moscú, el pueblo abrazando a su soberano parece tener la clara visión de que las puertas de la Historia se han abierto a los moscovitas con la conquista iniciada. Era la revancha sobre Tamerlán, sobre Gengis Khan, sobre el Asia. La Catedral de Vassili en la plaza Roja es el tributo a Dios por su ayuda.

Parece cierto que no hay dicha duradera y así una epidemia se desarrolló en Novgorod y Pakov, a pesar de la gran cantidad de agua bendita especialmente preparada que se mandó perecieron medio millón de personas.

A la vez ocurrieron levantamientos en el distrito de Kazán y a éstos siguieron derrotas que hicieron pensar a los boyardos en la conveniencia de abandonar las conquistas realizadas y así lo aconsejaron. Por si esto fuera poco el Zar se enferma gravemente y todos esperan su muerte.

Iván se dispone, en esta situación, a asegurar a su hijo el trono. Un hecho inaudito se produce: la negativa de los boyardos a jurar su apoyo al sucesor. Semilla terrible que dará sus frutos más tarde.

El Zar ha hecho una promesa, si cura, irá a San Cirilo y en efecto, la curación se produce y el viaje se realiza pero pagando elevado precio, el zarevitch muere en el camino.

Tantas desdichas son encajadas por Iván con una resignación ejemplar. Ni siquiera se venga de los nobles que en su lecho de muerte traicionaron sus propósitos para apoyar al príncipe Vladimir.

Pacifica la región de Kazán y en el verano de 1553 el "Buenaventura", buque propiedad de Chancelor ancla en el mar Blanco cerca de la desembocadura del Dvina e Iván al conocer la noticia ordena que se faciliten caballos y trineos a los viajeros para su viaje a Moscú que finaliza en diciembre del mismo año, iniciándose una relación comercial con Inglaterra de gran trascendencia histórica.

El control del Volga y la conquista de Astrakán marcan para el Zar una era de expansión y prosperidad. Su dulzura hizo que las facciones y las intrigas no prosperasen.

Es en este momento cuando Rusia mira hacia Europa. Al llegar los embajadores de Segismundo Augusto, rey de Polonia, con la finalidad de firmar un tratado de "paz perpetua" se olvidan dar el tratamiento de Zar de Rusia y siguen usando el de Gran Duque de Moscú y lejos de la firma del tratado se encuentran con la petición de devolver las tierras del ducado de Lituania.

El Khan de los tártaros de Crimea es derrotado y Livonia gobernada por la orden de caballeros teutones cuyas riquezas han debilitado su carácter tentaron la codicia de los rusos que también se encuentran en guerra con Suecia por ciertas usurpaciones a orillas del Báltico. La semilla que fructificará con Pedro el

Grande fué sembrada concienzudamente por Iván el Terrible. El año 1560 ha culminado para las armas rusas no ya en cruzada contra infieles mahometanos sino en guerra cruenta entre cristianos. A pesar de todo en 1558 un viajero occidental podía decir: "Creo que ningún príncipe de la cristiandad es más querido que él".

Un nuevo hijo Iván y otro más Fedor, sustituirán al muerto Dimitri.

En noviembre de 1559 habiendo acudido a orar al monasterio de Mozhaisk Iván y Anastasia la zarina se enfermó gravemente y murió después de un segundo ataque, el 7 de agosto del año 1560.

El Zar ha sido hasta este instante un ser dulce y transigente que ha sabido perdonar y ha engrandecido a Rusia hacia el este, el sur y el oeste, en bien de su pueblo.

Van a perdonarme amables oyentes esta autopsia histórica, que, en contra de lo dicho al principio, acabo de hacer; si continuase así hasta el fin no tendría perdón ni posibilidad de desarrollar el tema. No voy a cansar a ustedes con el relato de todos los espantosos crímenes de la fiera que desata la muerte de la zarina, desde la venganza de Novgorod al asesinato de su propio hijo.

Hagamos algunas consideraciones.

Los autócratas rusos, de Iván a Nicolás II gobiernan por impulsos sin signo apreciable de racionalidad, hacer el bien o el mal inconscientemente y en su época parece vivirse de alucinaciones, en un mundo de locos. Sin transición se pasa del gesto más noble y elevado de amor al pueblo, de democracia y suavidad ejemplares a los extremos más abominables e inhumanos de ferocidad y salvajismo tolerados y soportados por el pueblo con un fatalismo, estupidez o fanatismo que asombran. Estoicamente el pueblo piensa que muy grandes deben ser sus pecados, no los del Zar cuya mano besan, cuando Dios les envía castigos tan terribles. Esta es la vileza en que cae un pueblo sometido a la dictadura. Ni el perro lame con tanto servilismo la mano del que lo castigó.

Hay una consideración que podemos esgrimir aleccionados por la Historia de la Rusia de los Zares: ninguna dictadura es deseable ni siquiera la del déspota ilustrado que favorece el engrandecimiento del país puesto que la castración espiritual y de iniciativas

de los ciudadanos es un precio demasiado caro y además hace que el rebaño se deje conducir lo mismo cuando el pastor sea un loco.

Si dejamos a Iván el Terrible y enfrentamos la figura del "reformador" Pedro "el Grande" la realidad es que no encontramos grandeza por parte alguna.

No hay en ninguno de sus actos un atisbo de plan, organización u objetivos definidos. Si vemos los resultados parece que su mentalidad ideó una magnífica política exterior en la cual la grandeza de Rusia está en su salida al mar que él parece perseguir conscientemente creando una flota, conquistando Azov, edificando Petersburgo. Si en lugar de los hechos realizados observamos su génesis veremos a Pedro de niño jugando a los soldados descubrir una barca y encapricharse en su restauración, trabajar de carpintero y crecer en él la afición al contacto con los europeos del barrio de refugiados, la Sloboda. Es un gran imitador pero a la vez un bárbaro. Sus visitas a las cortes europeas están repletas de anécdotas en las cuales el ridículo es el menos malo de los barnices que lo cubren.

Parece el resultado de una testarudez imitativa toda su obra y es quizá este tipo de perseverancia su única virtud. Quiere civilizar a Rusia. Para él civilizado será todo lo que se le parezca. ¡Hasta en eso hay mimetismo! Y desgraciado el que se oponga. La muerte de su propio hijo es el mejor ejemplo.

La construcción de Petersburgo en el peor lugar y sólo buscando que se pareciese a Amsterdam es otro ejemplo de su afán imitativo.

Su personalidad esquizofrénica se nos aparece con rasgos típicos e indudables. Reacciona cediendo a impulsos unas veces humanitarios y otras salvajes.

Piensa redactar cuatro códigos, para lo cual no tiene tiempo, pero le sobra para hacer el enorme reglamento del crapuloso "Concilio de la Gran Bufonada".

Firma un ukase en el que prohibe el uso de clavos en los zapatos para evitar que destruyan los pisos y se ocupa personalmente del arreglo de sus cocinas moviéndose alrededor de las cacerolas como un pinche cualquiera de cocina recibiendo humildemente los insultos de su cocinero Felten.

Hay un hecho en la historia de Pedro el Grande que parece y es muy expresivo: la batalla de Poltava en la cual el poder de Suecia quedó malparado.

Indiscutiblemente el prestigio de Rusia creció mucho ante las cortes europeas que desconocían la situación del ejército sueco cuando tuvo lugar esta batalla. Una traición hizo que los abastecimientos faltasen al ejército de Carlos que agotado por las marchas y el invierno, reducido a unos tres mil soldados y con su rey dirigiendo las hostilidades desde la camilla en que se encuentra herido con la gangrena subiendo hasta la rodilla. No ha vencido sino al fantasma del héroe y más que él han sido el invierno, el hambre, las enfermedades, la falta de municiones, la traición de Maseppa los vencedores. A pesar de esto Poltava será una gloria adjudicada a Pedro el Grande.

Estas glorias no modifican para nada favorablemente la vida del pueblo ruso antes al contrario tantas guerras y planes descabellados que se inician y se abandonan consumen toda la riqueza del erario público y el pueblo soporta pacientemente impuestos y más impuestos, miseria y hambre con una mirada en sus ojos triste e inexpresiva donde parece asomarse un alma incapaz de rebeldía.

Seguimos sin encontrar grandeza en estos autócratas aunque quizás haya menos en el fatalismo de este pueblo convertido en rebaño.

Y así monótona y uniformemente transcurre la historia hasta que un día la figura trágica de Nicolás II es borrada en el despertar de un pueblo que asiste estupefacto al asesinato de Rasputín, a la rebeldía de la Duma, a los desórdenes callejeros de Peterburgo y Moscú, al derrumbe final... que no es el final de su esclavitud puesto que va a sustituir sus cadenas y va a cambiar sus tiranos por otros que cubren más sutilmente, con métodos más refinados y con cadenas más remachadas la púrpura de un despotismo que nunca podrá llevar a la libertad.

No queremos terminar en un día como hoy, 30 de Septiembre, en que conmemoramos la muerte de uno de nuestros luchadores, Rafael Trejo, que dió su vida en holocausto glorioso frente a la autocracia, sin rendir el tributo que se merecen los hombres y los

pueblos que reaccionan frente a toda tiranía con la nobleza y valor que él lo hizo y mostrando toda la repulsa que el régimen que acabamos de considerar y todos los que se le parecen con cualquier nombre que se oculten, se merecen.

DISCUSION

DR. MAÑACH: El Sr. Bravo, para iniciar el interrogatorio.

SR. BRAVO: Quería primeramente felicitar al Dr. de la Mata por su brillantísimo trabajo, en el que me ha llamado principalmente la atención el aserto de que el pueblo ruso es "fatalista". ¿Cree usted, Dr. de la Mata, que el pueblo ruso podrá salir alguna vez de ese "fatalismo"?

DR. DE LA MATA: Pienso que en la situación en que se encuentra el pueblo ruso, el fatalismo está siendo o intentando ser combatido basándose esencialmente en la filosofía de tipo marxista adecuada a las finalidades que le presta el gobierno actual. No soy partidario de que un pueblo pueda salir de una posición filosófica de tipo fatalista a otra de tipo materialista que a fin de cuentas no le va a resolver, ni mucho menos, puesto que es otra forma de fatalismo, el problema.

SR. OTTO JAHKEL: Dr. de la Mata, ¿no es cierto que todos, se puede decir que todos los intelectuales rusos, desde el movimiento aquel de Cabrista, se pusieron de parte de la libertad; que no hubo ningún traidor a la libertad entre los intelectuales rusos?

DR. DE LA MATA: Bueno, la denominación de intelectual es una cosa tan elástica, tan poco susceptible de ceñirse a una norma estricta, que casi no me atrevo a dar una contestación defintiva. Sin embargo, en términos generales, puede afirmarse que en Rusia el individuo intelectualmente más preparado ha sabido sacudir ese fatalismo, ha sabido ponerse en marcha hacia una superación y enfocar su actividad hacia la libertad.

UN OYENTE: Dr. de la Mata, señaló usted las ventajas que reportaron para Rusia las ideas civilizadoras de Pedro el Grande. Sin embargo, yo quisiera que usted me dijera si ese proceso de occidentalización que siguió él en sus visitas por las demás cortes europeas, no tuvo también ventajas positivas para el pueblo ruso?

DR. DE LA MATA: Todo cambio, toda evolución, toda revolución inclusive, requiere, para que sea efectiva y valiosa, un estado de latencia espiritual en el individuo que va a sufrir ese cambio. No se puede imponer una reforma; por muy buena que sea, si se la impone, pierde totalmente el carácter valioso que pueda tener. El hecho de mandar a cortar y cortar él mismo las barbas a los rusos, no creo que los civilizase más, ni el hecho de crear escuelas donde analfabetos, completamente analfabe-

tos, se les daba una teoría, por ejemplo, de Literatura Latina. Me parece que esas no fueron reformas valiosas para el pueblo ruso; fué, sencillamente, una imitación servil del Occidente, sin tener presente el espíritu y el valor, la realidad de su pueblo, por eso fueron completamente absurdas e inútiles estas reformas. Este tipo de reformas son las que hicieron Pedro el Grande, en términos generales, y Catalina de Rusia, y ésas no son reformas.

SR. REYNOSO: ¿Usted no cree que el fatalismo en los pueblos se supera por medio de la cultura y que no es una cuestión arraigada de los pueblos?

DR. DE LA MATA: Creo que la única manera de superar un pueblo es a través de la cultura, no a través de la fuerza ni de la tiranía, ni de ningún otro procedimiento. Es la cultura la base del progreso.



Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.